This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL5267.1.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

POESIAS

DE LA SEÑORA

D.ª MERCEDES MARIN DE SOLAR

POESIAS

DE LA SEÑORA

D.ª MERCEDES MARIN DE SOLAR

DADAS A LUZ

POR SU HIJO

ENRIQUE DEL SOLAR

SANTIAGO
IMPRENTA ANDRES BELLO
PLAZUELA DELA MERCED

1874

SAL5267.1.2

Harvard College Library
Gift of
Archibald Carv Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

AL SEÑOR DON

JOSÉ MARIA DEL SOLAR,

HOMENAJE DE CARIÑO

de su amante hijo

ENRIQUE.

INDICE.

PÁJ.

DEDICATORIA V
DOS PALABRAS..... XI

POESIAS

La existencia de Dios..... 1
Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales..... 2
Elejía..... 13
Al periodista Mr. Hipólito Belmont..... 15
Marcha a la salida de la Espedicion libertadora del Perú.... 16
A Bolívar..... 19
Brindis en un convite patriotico..... 20
Himno patriótico a la batalla de Yungai..... 23
A un ciego..... 26
A Laura..... 27
La muerte del justo..... 30
Canto a la Patria..... 31
Al mar..... 54
A Valparaiso..... 55
A un niño..... 56
A Ferretti..... 60
La Caridad..... 61
A don J. M. Arlegui, en la muerte de su esposa..... 67
En el álbum de mi amiga I. Z. de Hunneus..... 68
A la hermosura..... 76
Los jugadores..... 77
A la poetisa cubana doña J. G. de Avellaneda..... 79
Pensamiento..... 80
Ternura maternal..... 82
La Novia i la Carta..... 83
A una rosa..... 113

PÁJ.
A la memoria de la señora doña M. C. de O..... 114
En el álbum de una hermosa boliviana..... 115
A mi hija Luisa, en sus dias..... 117
Falso presentimiento..... 118
A un niño que murió en el instante de nacer..... 121
A José Romero, en el dia de sus exéquias..... 122
Mi Patria (en febrero de 1859)..... 132
Al indulto de cuatro reos de conspiracion..... 133
Impresiones de la ópera..... 138
A la distinguida cantatriz doña Teresa Rossi..... 140
Al sueño..... 141
A una jóven relijiosa, enviándole un regalo..... 143
Marcha que cantan los relijiosos mercenarios de Chile..... 144
A una madre..... 147
A mi hija Elena, en su partida..... 148
¡Adios!..... 149
A Washington..... 152
Canto a la Caridad..... 153
Himno de la "Casa de María"..... 171
A la señora doña M. H. de Toledo, en la muerte de su hija... 174
Tus ojos..... 179
Al Iltmo. señor don Rafael V. Valdivieso, Arzobispo de Santiago, a su vuelta de Roma, Oda..... 180
Al mismo..... 183
A S. E. el señor don José J. Perez, presidente de la República de Chile, Oda..... 184
A mi hija Carolina..... 187
A la Purísima Concepcion..... 188
Al Iltmo. señor don I. Cienfuegos..... 196
A la sepultura del Iltmo. señor don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la iglesia chilena..... 197
A Manuel Rodriguez, en la inauguracion de su monumento.. 198
A una amiga..... 200
A don Manuel Urréjola..... 201
El arroyuelo..... 202
A R..... 204
Al señor don V. Blanco Encalada..... 205

PÁJ.

La Anunciacion..... 206
A mi hermana, en la sensible muerte de su esposo..... 210
Al eminente patriota don Mariano Egaña..... 211
Himno..... 212
A San Luis Gonzaga..... 215
A la memoria de la señora doña A. S. de Aldunate..... 216
A una amiga, en la ausencia de su esposo..... 217
A la misma..... 219
Epitafio..... 220
Al jeneral arjentino don Juan Lavalle..... 221
En un álbum..... 225
A E. Eléspuru..... 226
El desengaño..... 227
A la Union Americana..... 229
Al señor don Ignacio Gomez..... 230
En la muerte de mi yerno don W. Vial..... 231
Al célebre pianista don L. M. Gotschalk..... 233
A dos amables niñas..... 234
A un amigo..... 236
Al señor don Andres Bello, en la muerte de su hijo don Juan. 237
A E., en el dia de su compromiso matrimonial..... 238
Al doctor don L. Sassie..... 240
A A. Caamaño, poetisa guayaquileña..... 241
A C. Caamaño..... 242
Al retrato de mi marido..... 246
A Celina..... 247
Al 18 de setiembre de 1865..... 249
Al pié de la Cruz, Plegaria..... 250
Dulce es morir..... 259
A la muerte del ilustre sabio don Andres Bello..... 26
A un niño, regalándole un buen libro..... 268
Tributo de doler a la memoria del doctor don L. Sassie..... 269
El mejor recuerdo..... 274
A mi hija Matilde..... 276
El escéptico moribundo..... 277
NOTAS..... 285
APÉNDICE..... 299

DOS PALABRAS

A principios de julio de 1837 perecia a manos de bárbaros asesinos el célebre ministro don Diego Portales.

La nacion entera regó con lágrimas el sepulcro de aquel grande hombre; i acallando sus rencores políticos, los chilenos a una voz protestaron contra un crímen, por ventura sin ejemplo en los fastos de nuestra historia.

En medio del lamento jeneral se dejó oir el canto de un poeta desconocido que se alzaba, sobre aquella tumba trájicamente gloriosa, para llorar al mártir de la patria i lanzar tremendos anatemas contra sus verdugos.

¿Quién era ese poeta?

Su entonacion, la valentia de las imájenes, alguna palabra atrevida, tal cual jiro nuevo en las frases, no bastaban a descubrirlo. Bello i Felipe Pardo no habian escrito esas estrofas; fuera de estos eminentes literatos no habia en Chile persona alguna a quien atribuirlas.

Bien pronto el público supo con la mayor sorpresa que esos versos que tanto admiraba eran obra de una mujer, i el nombre de la señora doña Mercedes Marin de Solar corrió de boca en boca, adquiriendo en momentos una popularidad sin ejemplo en nuestra literatura.

Muchos dudaban de que el canto fúnebre a la memoria de Portales hubiera brotado de aquella pluma; otros se sorprendian del suceso i entre los que mas lo estrañaban, podia contarse al autor, que, habiendo escrito aquella pieza con el solo ánimo de desahogar su alma herida por los infortunios de la patria, no alcanzaba a acostumbrarse a los aplausos que a una le tributaban los amigos i aun los adversarios del malogrado ministro.

La señora Marin era poeta por la intelijencia i el corazon i habia cultivado el comercio de las musas mucho ántes de dar al público su obra maestra:

pero, adornada de una modestia sin límites, no se habia preguntado jamas hasta donde llegaban sus facultades creadoras.

De este modo no es de estrañar que ella fuese la mas sorprendida de su propio éxito, i que, convertida de repente en autor, no se creyese (ella misma lo dice) mas que «una poetisa improvisada para aquel momento» cuya voz no era otra cosa que «el eco de uno de esos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los lábios de la inocencia i que tanto peso tienen en la balanza de la justicia.»

No pretendemos aquí ni hacer la biografía de la poetisa ni el el elojio de sus obras, trabajos ámbos que requeririan mayor meditacion; sin embargo, no estará de mas que demos una idea de sus antecedentes i carácter, que servirá de mucho para formar un juicio exacto sobre sus producciones.

La señora doña Mercedes Marin abrió su ojos a la vida poco ántes de la revolucion de la independencia. Fueron sus padres don Gaspar Marin i doña Luisa Recabárren, secretario el primero de la Junta Gubernativa de 1810, i la segunda una de las damas mas virtuosas instruidas de su época, cuyos sacrificios por la causa de la libertad han dejado su huella en la historia de aquellos tiempos gloriosos.

Ambos esposos, fervorosos cristianos i exaltados patriotas, inspiraron a su hija los nobles sentimientos a que rendian culto sus almas jenerosas, de manera que los primeros años de la poetisa pasaron entre las espansiones de la piedad i el entusiasmo por la causa nacional que, como todas las grandes causas, tuvo ántes del triunfo tremendos reveses i alternativas dolorosas.

A la luz de sus recuerdos i en los dias de la edad madura, la señora Marin describia con poéticos colores esa época de su vida en la que

La primera emocion que conmovia
El alma juvenil en aquel tiempo
De ilusiones i gloria,
Era un indefinible sentimiento
De plácida alegria,
Oyendo el estampido
Del cañon que atronaba
El aire i que los triunfos anunciaba
De la patria naciente,
Que, en su primer aurora,
Deidad omnipotente,
Era del corazon dulce señora.

Rasgos de esas impresiones se hallan en muchas de sus poesías, especialmente en su *Canto a la Patria*, notable produccion que no desdeñará consultar el historiador al formar su juicio sobre los guerreros i mártires de nuestra emancipacion política.

Fuera de la produccion citada, se hallan en este libro muchas otras del mismo jénero que revelan sus sentimientos patrióticos. Desde O'Higgins el padre de la Patria hasta José Romero el humilde tambor de Rancagua; desde la gloriosa batalla de Maipo hasta la injusta guerra que nos trajo España en 1865; no hai un patriota ilustre, un hombre abnegado, un suceso próspero o adverso que no tenga su pájina en estos anales, donde ella consignaba cuanto le parecia digno de trasmitirse en los cantos del poeta.

Fiel a los sentimientos de su niñez, en su lecho de muerte preguntaba todavia con acento afanoso si habia alguna victoria de nuestras armas que regocijase su corazon de patriota.

Doña Mercedes Marin avanzó por la vida en medio de aquellos sucesos gloriosos, mirando en rededor ejemplos de virtud que herian profundamente su alma.

En época tan ajitada ¿cuáles pudieron ser sus estudios? Es fácil adivinarlo.

Los libros eran entónces mui escasos i la aplicada jóven aprovechó cuantos le caian a la mano, los mas de ellos obras relijiosas que entretenian dulcemente su alma.

Estudios literarios puede decirse que no los tuvo en su primera juventud, ni aun mas tarde hizo de ellos un objeto de predileccion.

Su gusto se formó principalmente en las conversaciones con algunos literatos distinguidos, entre los que seria un olvido injusto no mencionar los nombres de Bello i de Blanco i el de su sabio hermano don Buenaventura, con quien solia leer i comentar los mejores poetas españoles i franceses.

Poseia este último idioma con perfeccion i aprendió tambien el italiano, lo que le proporcionó el placer de leer en su orijinal las obras de Alfieri, poeta que admiraba con entusiasmo.

Mas tarde, cuando se vió cargada con los deberes de esposa i madre, dedicó a su cumplimiento la mayor parte de su tiempo, i entónces sus lecturas tomaron otro jiro. Preferia a todo los libros de educacion, procurando con mayor empeño que nunca instruirse fundamentalmente en sa relijion.

Su anhelo era formar en la piedad el corazon de sus hijos e imprimir en su alma el mismo amor a sus creencias, que como precioso legado recibiera de sus padres.

Las obras de Pouguet, Gaume i Chateaubriaud; las historias de Rollin i César Cantú, los tratados de educacion de Madama de Geulis i los muchos libros de historietas morales que se han escrito para la juventud, eran el encanto de su vida. Ella estudiaba para poder enseñar mas tarde, i en este empeño jamas la sorprendió el cansancio.

Consagrada enteramente a las tareas del hogar, sacrificaba a ellas muchos goces que su espíritu anhelaba como lejítimo solaz, robando al sueño las horas que en ciertas circunstancias dedicó a obras de largo aliento, como son el

Canto a la Caridad i el no ménos bello al patriota José Romero, escrito este último en una sola noche.

Habia llegado adquirir un conocimiento tan profundo sobre la historia de la Iglesia, que al componer el ya citado *Canto a la Caridad* no necesitó sino apelar a sus propios recuerdos para trazar en un magnífico cuadro la historia de las maravillas obradas por esta sublime virtud entre los hombres.

Describir los pasos de la caridad en el mundo, referir sus prodijios i enumerar sus héroes i sus mártires, es trabajo que requiere el rejistro concienzudo de muchos libros; ella no se lo impuso, i sin embargo su *Canto*, a mas de las bellezas poéticas en que abunda, es una notable pieza histórica .

Su alma en verdad, ardia en el fuego de la caridad, i así no es estraño que cantara con trasporte su camino de martirio i victorias que hace comenzar en el Calvario para terminar en el seno de Dios al fin de los tiempos.

No una sino muchas veces cantó a la caridad la cristiana poetisa, i su vida entera la ocupó en la práctica constante de esta noble virtud.

Daba al pobre cuanto podia, i al socorro del cuerpo añadia siempre la luz del consejo i el bálsamo del consuelo. Enseñar a los niños del campo era su mayor delicia i siempre tenia a su lado algun ser débil a aquien dispensar su proteccion. No hubo acaso en su vida un dia de mayor gozo que aquel en que, merced a sus esfuerzos, logró arrancar al patíbulo tres infelices condenanados a muerte por causas políticas.

Guardaba como el tesoro mas preciado el recuerdo del bien que pudiera haber hecho a sus hermanos dolientes, i por eso en sus últimos años, echando una mirada a su existencia, no encontraba goces superiores a los que le proporcionaba la memoria de alguna lágrima que habia enjugado en los ojos del desvalido:

I ¿qué decir de la ardiente fé i del entusiasmo relijioso de aquella alma elevada?

Sentíase, valiéndonos de la espresion evanjélica, abrasada por el celo de la gloria de Dios. Fiel hija de la iglesia, humillaba su frente delante de los misterios, cuya esplicacion nos ha vedado el cielo, i al hablar de la grandeza de Dios i de las dulzuras de la virtud, su voz era inspirada i se animaba su rostro con un fuego desconocido.

Sus cantos rebosan en bíblica inspiracion, i ya entone un himno al triunfo de Maria, o vierta lágrimas ante la imájen del Crucificado, sus acentos son brotes espontáneos, hossanas de gloria o jemidos de dolor en que se exhala un corazon todo piedad. Si llora la muerte de un amigo es para hablar de esperanza a los que lamentan su pérdida; si se detiene ante el sepulcro del patriota desgraciado es para contemplar el cielo, donde un premio imperecedero repara con creces la injusticia de los hombres; i si

por fin, el espectáculo del cadáver de un santo contrista su corazon amante, en presencia de la materia que se aniquila, glosa con admirable entonacion las sublimes palabras de San Pablo, esclamando con él: "oh muerte ¿dónde está tu victoria?"

Su celo relijioso i los trasportes de su fé no la llevaron nunca a la intolerancia, por eso en su cantos ruega siempre a Dios por los que le ofenden i le pide perdon por los que lo desconocen.

En una de sus mas bellas composiciones llora así los estravios de los homres, implorando para ellos la misericordia divina:

.....Perdona, señor, sus liviandades,
Son ciegos que han errado su camino,
Llámalos al redil, Pastor divino,
Antes que baje el sol de tus piedades.
I lloren, o señor, sus estravios,
Hallen en su dolor almo consuelo,
I, a vista de su alianzā con el cielo,
El llanto enjugarán los ojos mios.

La muerte sorprendió a la ilustre poetisa cuando emprendia pintar en un poema las horribles angustias del que muere en brazos del escepticismo i esta circunstancia privó a la literatura nacional de una verdadera joya. Ella, que tan bien conocia la grandeza i sublimidad de la sus creencias, estaba llamada a presentarnos en todo su horror los dolores del que baja al sepulcro sin consuelo i sin esperanzas.

Escusado seria el hablar aquí de su amor a sus hijos i de sus afectuosos sentimientos para con sus amigos; el lector de este libro hallará en sus pájinas mas de un rasgo que se los revele: para todos tuvo una inspiracion, a ninguno dejó de acompañar en sus alegrias o en sus infortunios. De ella decia el sabio Bello "que tenia para cada gozo un canto i para cada dolor un suspiro."

A su muerte pudo verse cuánto era amada, pues la sociedad entera la lloró.

En los momentos de su agonía ella sola estaba serena infundiendo valor a los que la rodeaban i dictando con voz entrecortada por la fatiga versos en que no se sabe como admirar bastante la fuerza de alma del que olvidando las angustias de la última hora, se despide sin lágrimas de una hija querida.

--Ninguna plegaria, decia en aquellos supremos instantes, he elevado a Dios por mi vida o mi felicidad temporal, pero he rogado mucho por mi patria i por mis hijos."—

¡Así se despedia del mundo la que habia hecho de su existencia un camino de virtudes i llena de fé i esperanza, miraba sin temor lo que hai mas allà de la tumba!

La prensa toda, sin distincion de partidos, tributó a la señora Marin los mas ardientes elojios i la poesía vertió mas de una lágrima sobre su sepulcro. Muchos diarios enlutaron sus columnas en el dia de su muerte i el duelo que aquejaba su familia fué un duelo de la sociedad.

Ella no tenia enemigos i su elevado carácter la colocaba mui alto sobre las miserias de la vida.

De las virtudes domésticas que adornaban a la señora doña Mercedes Marin escusado es hablar. Por otra parte, ellas habrán recibido ya su premio, i no necesitan de los encomios de los hombres.

Pero entre estas cualidades nos es imposible silenciar su acendrada modestia, que rayaba a veces en lo increible. Jamás se la conoció un asomo de vanidad por sus producciones, i al recibir los aplausos de sus admiradores, los admitia como un agasajo social de que se creia las mas veces indigna.

Instándola un dia uno de sus amigos a enviar a la ilustre poetisa cubana doña J. Gomez de Avellaneda el magnífico soneto que habia compuesto en su elojio, ella se negó a acceder, so pretesto de que «sus versos valian mui poco para hacerlos viajar tanto.»

Buscaba siempre el consejo i consultaba el buen gusto de los demas, admitiendo con gratitud los reparos que se le hacian, i «mas de una vez, dice un escritor que la trató mui a fondo, fuimos testigos de dejar lo bueno suyo, por tomar talvez lo mediano ajeno: ¡tánto desconfiaba de su propio juicio¡» (1)

Para concluir este retrato moral que hemos intentado bosquejar a la lijera, añadiremos el juicio que sobre las virtudes i talentos de la señora Marin han formado dos distinguidos escritores que la trataron mui íntimamente.

El primero es un obispo, digno bajo todos respectos del puesto que ocupa en la iglesia chilena; el segundo el eminente literato que con aplauso jeneral rejenta hoi el mas antiguo de nuestros periódicos.

—"La he llorado, dice el Iltmo. Sr. Salas, como todos los que aman en Chile la virtud i la ciencia.

"Dios la habia dotado de un gran corazon i de una poderosísima intelijencia, i ella supo aprovechar estos dones, siendo en su línea la gloria de Chile i el ornato de su familia, i como otra Judhit, la alegria de su pueblo i el honor de la patria."

El señor Blanco Cuartin, ligado a nuestra poetisa por lazos de antigua amistad i tradiciones de familia, se espresa por su parte así:—«Escribia

(1) C. Walker Martinez.

como el mejor de nuestros prosistas i cantaba como el primero de nuestros poetas.

. . . . . .

. . . . . .

«Preferia la razon a la audacia de la intelijencia, la plácida contemplacion de la naturaleza en su calma majestuosa a la inquieta indagacion de su aterradora fortaleza; siendo hombre por el espíritu i filósofo por la calidad de sus facultades morales, encadenó todo esto para no ser sino amor, luz de caridad, virtud, en una palabra, diseñada i colorida sobre la imájen de la madre de Cristo.

En el claustro habria sido santa Teresa, en el hospital san Vicente de Paul. . . . . .»

Con tan elocuentes palabras terminaríamos esta introduccion sino no nos quedara por hacer una lijera advertencia sobre el presente libro. El no es sino una coleccion escojida, en la que aun se suprime alguna que otra pieza que el autor habia ya publicado.

Para hacer esta eleccion el editor se ha colocado en lugar del autor, como deben hacerlo los que emprenden la publicacion de obras póstumas.

Por lo demas, el libro tal cual es, se presenta como la primer compilacion de poesias de una señora chilena, i esta sola consideracion lo hace acreedor a una simpática acojida.

¡Ojalá que su lectura contribuya a aumentar el aprecio que merecen el noble carácter que se refleja en sus pájinas i las esclarecidas virtudes de la mujer que las escribió!

LA EXISTENCIA DE DIOS.

SONETO.

«El Universo es Dios» dice el impío
Que otro tiempo dijera: «Dios no existe»:
De humana corrupcion jemido triste!
De la frájil razon hondo estravío!

La luz, la tierra, el sol, el monte, el rio,
El prado que de flores se reviste,
El aire, el ancho mar, tú los hiciste
¡O Señor! con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
A sí misma se ignora, i al potente
Autor de sus arcanos i belleza;

Solo al hombre, ser libre, intelijente,
Dios reveló su nombre i su grandeza
¡I el necio huye de Dios ciego i demente!

CANTO FUNEBRE

A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES. (1.)

> Helas! si sa grande âme eût connu la vengeance
> Il vivrait, et sa vie eût rempli nos souhaits.
> Sur tous ses meurtriers il versa ses bienfaits.
>
> VOLTAIRE.

Despierta, musa mía,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiracion benigna pide al cielo,
I, desde esta mansion de luto i llanto,
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crímen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo i horror será del mundo.
Mas ¿cuál sonido penetrante escucho
Que atormenta el oido i que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, i ella hermana
Sus destemplados, lúgubres sonidos
Con un coro de llantos i jemidos.

Justicia eterna ¿cómo asi permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
Del tesoro precioso,
En que libró su dicha i su reposo
La patria, i así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña,
Que un porvenir a Chile prometia,
De poderío, de grandeza i gloria?
¿Dónde está el jénio que ántes diera vida
A nuestra patria amada? O caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la afliccion! Tu infeliz suerte,
Tu prematura, dolorosa muerte,
No acierto a describir. Ilustre sombra!
Perdona mi estravío en este canto,
Ahogado tantas veces por el llanto.

¿Qué se hicieron los dias venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea a nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban,
I tantos nobles pechos inflamaban,
I terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre i polvo envueltos
Se ven, i de vergüenza ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas,
Se ven do quier, i cual torrente fiero
De destruccion, la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado!

Sí, desencadenada
Saliera del Averno horrenda furia,
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla a las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces i engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas.
Ella se arrastra i hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldicion. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones, que ilusos, estraviados,
De incomprensible error, siguen su huella:
Los dias numerados
Tienen ya de la víctima inocente:
I no hai rasgo alevoso,
Que del crímen odioso,
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres ¡Oh dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarte con falsías,
No respetó tus dias
Que tan queridos a la patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron a librarte,
De tan injusto i bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido
Pudo cerrar tu oido
Al aviso oficioso,
De la fiel amistad que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertia?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo el velo
Con que se lo encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigacion ofusca
La mente del traidor? Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
Nó desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces a la gloria,
A la estima, al poder, a los honores,
Cual sendero de flores,
¿Nó halaga su ambicion? ¿Ni aquella noble
Magnánima, segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,
Un solo sentimiento
De lealtad a despertar alcanza?
Tú, cual el grande Macedon, la copa
Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina,
Sino de activo i pérfido veneno.
Mas ¡ai! no era posible que en el cieno
De la maldad un ser dejenerado
Por tan viles instintos
De ambicion i bajeza,
Percibiese el exceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo ¡oh Dios! el prestijio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al Cimbrio
La faz aterradora del Romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta i fria,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vió la luz del claro dia
Esta escena de horror; tiniebla oscura
Sirvió de velo al crímen espantoso;
Nada en torno se vía: en el silencio,

Que, al modo de la calma, precursora
De hórrida tempestad, allí reinaba
Con imperio terrible i pavoroso,
Solo un ¡ai! doloroso
El eco de la selva repetia
I entre débiles auras se perdia.

Díme, infeliz Portales ¿qué sentiste
Cuando el amargo cáliz de la muerte
Se presentó a tus ojos por la mano
De la negra maldad? Dí ¿cuál sufriste
Mas agudo dolor? Fué la injusticia
De la condena atroz? La alevosía,
La baja ingratitud? Fué el pensamiento
Del hondo precipicio en que sumida
Vías la dulce patria, o la memoria
De las prendas a quienes la natura
Con vínculos de amor te habia unido?. . . .
Revélalo, amistad ardiente i pura, (2)
Que, cual númen de paz i de consuelo
Descendido del cielo,
Tu bálsamo suavísimo vertiendo
En el alma aflijida,
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo
I tanta noble sangre derramada
Por la leal milicia en su defensa,
I la preciosa vida
Del valiente Zaldívar, en las aras
De la patria ofrecida.

I tú, infeliz Cavada,
De la fiel amistad ilustre ejemplo,
¿Por qué mueres tambien? ¿Cuál fué el delito
Que provocó la rabia
Sangrienta de esos lobos carniceros
Para cebarse en tu modesta vida?
Tú sigues a la víctima querida
Al sacrificio fiero; mas, en vano
Su salvacion procuras; el camino
Del dédalo intrincado
Por astucia infernal está cerrado.
Mas, veo de los cielos la venganza
Descender al momento
Confiada a nuestros bravos, que acometen,
I cual llama que acrece el raudo viento,
Nuevo ardor los inflama,
A vista de la víctima sangrienta,
Que exánime a sus ojos se presenta.

Furor, ira, venganza, dolor fiero
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero
Que vibra refuljente, cual la espada
Del Esterminador; seguid, valientes,
Purificad un suelo amancillado
Por tan infando crímen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros,
Perseguidlas en todos los senderos,
I, si huyen a sus hórridas guaridas,
Ponga el remordimiento,
Con incesante, roedor tormento,
Fin espantoso a sus infames vidas.

Triunfais al fin i la aflijida patria
Tornó de su angustioso parasismo
Para sentir empero mil dolores
En el aciago triunfo. Al tiempo mismo
Que besa agradecida los laureles
Que el Jeneral valiente
Le consagra con llanto, un ¡ai! doliente
Se escapa de su seno, penetrado
De una inmensa afliccion. Un eco triste
Repite por do quier: «¡murió Portales!»
I todo es miedo, indignacion i susto,
I todo anuncio de futuros males. . . .

No hai himno de victoria
En este infausto dia, ni otra gloria
Que llorar i jemir.—El pueblo en tanto (3)
Avanza a recibir el don funesto
De la negra traicion.—La fiel matrona
Sorprendida, aterrada
Su morada, sus hijos abandona
I se muestra tambien: vertiendo llanto,
En medio de las calles, las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes
Fijan los ojos en sus madres tristes
I enmudecen de espanto;
I el decrépito anciano
Que ver tanto horrores no esperaba,
I en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa
La juventud chilena se apercibe
A vengar el ultraje. No la espanta

Puñal aterrador; su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado i el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido
Llena los corazones. Cual quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano; cual volviendo
Al Mártir de la patria sus miradas,
Ansia seguir su huella esplendorosa
I halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre cuya dicha fuera
De su desvelo el fin...—Pero la patria
Verá dias de gloria...Noble arrojo
Será, no vil oprobio i desaliento
El fruto del amargo sentimiento
Con que a Portales llora desolada
La familia chilena.—¡Sombra amada!
No te conmuevas en la sombra fria,
Ni turbe tu reposo
El pensamiento odioso
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida
Esta patria adorada,
Que merced a tu celo, se vió un dia
A tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañon anuncia que se acerca
El carro funeral. Los viles hierros,
Que a la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso,

En timbre de alto honor se ven trocados,
I en público espectáculo se ostentan,
No ménos gloriosos
Que los que al gran Colon apercibieron
Calumnia atroz i bárbara injusticia.
El carro, en que a la muerte fué llevado
Por insanos verdugos,
Aparece en las calles enlutado
I de sorpresa i duelo
Indefinible sensacion produce...
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo, reverente.
Hondo silencio en torno se difunde,
I abismada la mente se confunde
En solo un doloroso pensamiento...
¿Son esos restos frios,
Es esa imájen insensible i muda
Cuanto nos queda de *El*? Su alta memoria,
Sus acciones legadas a la historia,
¿Serán de hoi mas su ser, toda su vida?...
¿Dó está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? Dó se esconde
La mente osada, altiva
De aspiraciones elevadas llena?
Dó el alma firme, impávida i serena,
La mirada sagaz i penetrante,
La voluntad resuelta i decidida,
El aliento de vida
Que a todos con su espíritu animaba,
La pasion jenerosa i anhelante
De lo grande i lo justo?...—La faz yerta
Carece de espresion. No ven sus ojos,

Su oido no percibe ya el lamento
De amargo sentimiento
Con que todos contemplan sus despojos.

¿Dónde estas? Es posible? Te perdimos
Para siempre jamas? Nó nos escuchas?
I el pueblo idolatrado
Es nada para tí? Tú mismo en nada
Te tornas para él? Horror! Espanto!
Yerman el corazon i no hai consuelo...
Empero torno al cielo
Mis tristes ojos de llorar cansados
I veo allí la Relijion divina,
Que con faz de belleza peregrina
Me revela en su alcázar luminoso,
El asilo dichoso,
Donde libre su espíritu reside
En sempiterna paz, en almo gozo.

—«No llegan los malvados,
Me dice, a este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve:
Los que están fatigados
Aquì descansan, i en el blando seno
Del Hacedor Supremo no hai cuidados,
No hai insidias, engaños, ni traiciones.
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
A perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
I su furor, inútil aquí espira,
Cual las olas del mar tempestüoso
Contra el escollo inmóvil que las mira.»

Salve, feliz i veneranda sombra!
Salve mil veces! Tu alma jenerosa
Otra mansion ocupa, mas grandiosa
I digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con fiera muerte
No mereció, Portales, poseerte...
Habita esa mansion de luz divina
Que cobarde traicion no contamina,
Miéntras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido
Ante el santuario del Señor reposa.

ELEJIA.

Víctima fuiste de traicion aleve,
Ejemplo al mundo de civismo heróico,
A la lealtad chilena objeto caro
De compasion i duelo.

I al sucumbir bajo el agudo golpe
Ménos sentiste tu destino infausto,
Que el abismo do vieras sumerjida
La patria idolatrada.

Cuando la muerte presentó a tus ojos
Su amargo cáliz, su feroz guadaña,
De crímen tan horrendo no acusaste
Al cielo ni a la tierra.

Al Ser Supremo tus miràdas tiendes
I, de rencor i de venganza ajeno,
Sabio, induljente, relijioso i justo
A los cielos te elevas;

Cual sol de tarde, que entre pardas nubes
Vela su lumbre en hórrida tormenta
I mui mas bello aparecer le miran
Las opuestas rejiones.

Tiende la Patria los maternos brazos
I tu despojo recibiendo en ellos
Con su férvido afecto animar quiere
El aterido polvo. . . .

¿Dó están ahora los que así vertieron
Con fiera saña tu inocente sangre?
¡Del Dios omnipotente la alta diestra
Pesó airada sobre ellos!

Marca oprobiosa se fijó en su frente,
Desparecieron como el humo leve,
I horfandad i viudez i negro luto
En pos de sí dejaron. . . .

Lave la Patria con amargo llanto
De impuros hijos el baldon funesto
Borre sus nombres, i el olvido cubra
Su tumba solitaria.

El jiro lento de los tardos siglos
La faz de Chile cambiará mil veces,
Brillando siempre esplendoroso i puro
El nombre de Portales.

AL PERIODISTA

M. HIPOLITO BELMONTT.

SONETO. (4)

¿Es posible? la débil armonía
De mis versos produce tierno llanto?
Sin duda este es milagro de algun santo,
O ilusion de mi flaca fantasía.

Pero el hijo del Sena no diria
Tamaña falsedad en dulce canto,
Violando así el decoro sacrosanto,
De su númen con pérfida ironía.

Así será; mui bien; pero yo advierto,
Que me quiere meter en honda empresa;
I aunque talvez a solas me divierto

En pobres consonancias, me atraviesa
El ver que en ellas logro poco acierto,
I este nombre de Safo mucho pesa.

MARCHA

A LA SALIDA DE LA ESPEDICION LIBERTADORA DEL PERU, EL 18 DE SETIEMBRE DE 1887.

CORO.

¡À las armas, valientes guerreros,
Tremolad el pendon de la gloria,
I, a las voces de muerte o victoria,
Derrocad al indigno opresor!

Libertad por el cielo inspirado
Clamó el hombre; a ese acento divino
Todo el orbe proclama el destino
Que le diera el Supremo Hacedor;
I cayeron los tronos que un dia
Blazonaron su oríjen del cielo,
I rasgándose el májico velo,
En su solio brilló la razon.

Libertad dijo América hermosa,
I rompiendo lo antigua cadena,
Alza altiva la frente serena
I respira de indigna opresion:
Mostró entónces la faz angustiada
De los Incas la patria querida,
Corrió Chile, le dió nueva vida,
Ayacucho sus glorias colmó.

Se vió libre, triunfante, felice,
De su seno arrojó los tiranos
I formó con los pueblos hermanos
Dulces lazos de plácida union;
Mas alzóse feroz la discordia,
I en un dia de amor i confianza,
Presa fué de la vil asechanza
De un intruso, falaz protector.

Sobre sangre de ilustres peruanos
Se entroniza el infausto dominio
Que amenaza con fiero esterminio
Pueblos libres que inflama el honor.
Tiende en tanto su red ominosa,
I excitando una mano traidora,
En la prenda que Chile atesora
Sacia ciego su insano furor.

Está fresca la sangre preciosa
I la Patria llorosa, enlutada
—«Esgrimid, hijos, dice, la espada,
«I tornadme mi antiguo esplendor»—
Vengad pues sus atroces agravios!
I llenad el glorioso destino!
Oid las voces del pueblo arjentino!
De Bolivia escuchad el clamor!

Ved cubriendo las filas gloriosas
Tantos nobles e ilustres peruanos,
Que al jemir de sus dulces hermanos,
Raudos vuelan al campo de honor.

I marchad i tornad victoriosos,
Disipad las tinieblas oscuras,
I que luzcan brillantes i puras
Las benignas centellas del sol.

De Portales la sombra gloriosa,
Coronada de eternos laureles,
Se sonrie al mirar los bajeles,
I os saluda con blanda espresion:
Jeneroso al combate os anima,
I cual astro de gloria i consuelo,
La victoria os promete del cielo
I en los siglos eterno loor.

A BOLIVAR.

SONETO.

¡Bolívar inmortal! jenio eminente,
Joya de los anales de la historia,
Tú, a quien la libertad i la victoria
Ciñeron de laurel la heróica frente!

Sus trofeos te incline reverente
El Capitan del siglo: es polvo, escoria
Palma que hace brotar la estéril gloria
De hacerse por la sangre prepotente.

De América rompiste la cadena,
I el hispánico orgullo sepultado
De Ayacucho quedó en la roja arena.

Tu nombre pronunció el orbe admirado,
, al herirte la envidia, mui mas bella
De tu fama irradió la blanca estrella.

BRINDIS

EN UN CONVITE PATRIOTICO EN EL ANIVERSARIO
DE LA BATALLA DE CHACABUCO.

Hoi el aniversario
Es del augusto dia,
En que rompiendo Chile la cadena
A que por tres centurias le condena
De la España la dura tiranía,
Respiró el aura pura i deliciosa
De dulce libertad. Su faz hermosa
Descubrió la alma paz; i la divina,
Seductora esperanza
Felices nos halaga i embelesa,
Cual madre cariñosa,
Que, con voz melodiosa,
Arrulla al tierno infante,
I lo adormece sobre el seno amante.

Así se viera ufano,
Reposando a la sombra de laureles,
Libre Chile, triunfante del tirano,
En sosiego profundo
Emulacion causando al viejo mundo.

Mas ¡ai! discordia fiera,
En malhadado dia,
Encendió tea impía,
I todo lo destruye en su furor.
I jimieron las madres,
I las tiernas esposas,
Cuando vieron llorosas
Alejarse las prendas de su amor, (5)

Sí! . . . mas huya al instante
De mi estraviada mente la memoria
De tan fiero dolor; trázme al punto
Con atus dorados, májicos pinceles,
Risueña fantasía,
El cuadro del placer i la alegría.

Alma paz peregrina,
Desciende ya del cielo,
La dicha i el consuelo
Trayendo en pos de tí.
I el *Doce de febrero*,
Cual iris esplendente,
Los horrores auyente,
De una guerra infeliz.

Caiga el funesto velo
Que nos ciega homicida,
¡No mas sangre vertida!
¡No mas odio i furor!
Cielos, oid mis votos,
I que el pueblo peruano
Se torne nuestro hermano
La libertad salvando i el honor.

De la paz imploremos
El celestial encanto
I cese el triste llanto
De viudez i horfandad.
Sabio cultive Chile
Los bienes que atesora,
Huya la asoladora
Plaga de la infelice humanidad.

HIMNO PATRIOTICO

A

LA VICTORIA DE YUNGAI.

CORO.

¡Salve, Patria felice,
Coronada de gloria!
Honor a la victoria
I al Héroe de Yungai!

Honor a los valientes
Cuya empresa atrevida
A la Patria querida
Dió gloria i majestad;
I al brazo jeneroso
Que derrocó al tirano,
Tornando al pueblo hermano
Su noble dignidad!

Se disipó cual humo
La suerte destructora,
La hidra amenazadora
Duerme en sueño letal;

No ondea ya en los aires
Su pendon orgulloso,
Es trofeo glorioso
De un valor immortal.

Es despotismo fiero
Fulminó ciego rayo
Pero en hondo desmayo
Su arrojo vió tornar;
Cual tea furibunda,
Que ora muere o se inflama,
I exhala impura llama
Al tiempo de espirar.

Huye el feroz tirano
Cubierto de vergüenza
Entre la niebla densa
Del combate fatal;
I la lumbre esplendente
Del sol, padre del dia,
Sirve a la tirania
De antorcha funeral.

Alzad, sombras augustas
De los Incas peruanos,
Los rostros soberanos
De la tumba, mirad
Cual rompe el heroismo
La cadena opresora,
I renace la aurora
De dulce libertad.

Bolivar i Portales
Descendiendo del cielo
Cruzan en rau lo vuelo
Por la cima de Ancach,
I de verdes laureles
Ponen corona hermosa
Sobre la sien honrosa
Del Héroe de Yungai.

Gózate, ilustre Chile,
En tus hijos amados,
Olvida los cuidados
I el prolijo penar:
Con la virtud constante
El triunfo se asegura:
Digna es gloria tan pura
De quien supo lidiar.

Sonrie a nuestros votos,
Dulce paz peregrina,
Derrama, o paz divina,
Tu encanto celestial!
Sean el Perú i Chile
Por su heroico civismo
Terror del despotismo
En lazo fraternal!

A UN CIEGO.

DECIMA.

De la luz del claro dia
Privarte le plugo al cielo,
Mas te dió para consuelo
El injenio i la alegría.
Jamas la melancolía
Turbó tu tranquilidad;
Tu dulce conformidad
Con el decreto divino
Hizo feliz tu destino
En la misma adversidad.

A LAURA.

Cuando al azul de los cielos
Un lijero vapor sube
I en sutil, dorada nube
Se cubre con claros velos,

I a la luz del bello dia
Brillantes i vaporosas
Esas nubes caprichosas
Cautivan la fantasía;

Absorta sigo i callada
Sus juegos i ondulaciones
I en vagas contemplaciones
Se queda el alma abismada.

Pero, si por distraccion
Miro tu rostro divino,
Laura bella, me imajino
Que aquella blanca ilusion

Es un emblema espresivo
De ese tu ser hechicero,
Que me revela el artero
Secreto de tu atractivo.

Esa nube trasparente
Es, o Laura, tu inocencia
I es gallarda tu presencia
Como el cielo es esplendente.

En él hai lindas estrellas,
Hai nubes de oro i de grana,
Hai brisas de la mañana,
Tempestades i centellas,

Hai aurora purpurina,
Que dá vida a la esperanza,
Hai en los aires mudanza,
Hai estrella vespertina.

I como es cierto que al cielo
Sus votos dirije el hombre,
No te admire ni te asombre
Que implore de tí consuelo.

Óyele, Laura querida,
Pues que Dios te hizo beldad,
Pero la felicidad
No aventures de tu vida.

De ese tierno sentimiento,
Bella flor de juventud
Que unido con la virtud,
Es de la dicha elemento,

Arderá el fuego divino
I a sus suaves esplendores,
Verás la senda de flores
Que te prepara el destino.

Pero miéntras llega el dia
Que ha de fijar tu ventura,
Vive, linda criatura,
Con inocente alegria.

Libre reposa i exenta
Como la rosa temprana,
Que al soplo de la mañana
Sus ricas galas ostenta.

Goza de tu madre amada
La delicada terneza,
Crece en gracia i en belleza
Del tierno padre adorada.

Así plácida ventura
Gozarás, niña querida,
Ya la tienes merecida
I mi númen te la augura.

LA MUERTE DEL JUSTO.

SONETO.

Truena el sordo rumor de las pasiones
En el tumulto de la humana vida
I la dicha i la calma apetecida
Se pierde entre mentidas ilusiones.

Duda el hombre de Dios i de sus dones;
Mas del justo la muerte bendecida
Mira, i, de nueva luz su mente herida,
Paraliza sus dudas i aflicciones.

Si hai mortal que dejando las dulzuras
Del mundo engañador halló consuelo,
Si templó al infeliz sus amarguras

I de excelsa virtud fué fiel modelo;
Dios le infundió su amor i luces puras
¡Qué el justo nace i muere para el cielo!

CANTO A LA PATRIA

DEDICADO

A LA SOCIEDAD DE INSTRUCCION PRIMARIA DE SANTIAGO.

Dieziocho de Setiembre, dia claro,
Que en las profundidades del destino
Marcó de Chile la feliz aurora:
Palabra inspiradora,
Acento peregrino,
Tú mi númen serás: recuerdo caro
Preside hoi a mi canto,
Ilumina i alienta
El estro mio, ya que osado intenta
Evocar hoi tus glorias,
I cantar penetrado de alegría
Las sublimes virtudes
I el porvenir risueño que hoi ofrecen
Sus dulces hijos a la patria mia.

Hubo ¡ai! un tiempo en que tiniebla oscura
Cubrió el hermoso suelo que pisamos;
De primitivos bosques la espesura
Le llenaban tan solo: crudas fieras

En los antros rujian, i los Andes,
Esos colosos, de los tiempos hijos,
En su nevada cumbre,
Reflejaban del sol la clara lumbre,
Inmóviles i eternos
En su base de plata i oro fijos.
La luz del pensamiento,
Llama divina que en el hombre solo
Tiene su noble asiento,
¿Cómo aquí penetró? No nos es dado
Saberlo, pero Chile era habitado
Por las hordas salvajes, que entregadas
A su infernal instinto,
Empapaban sus manos
En la sangre del hombre
I a sus dioses mentidos la ofrecian
En sacrificios cruentos e inhumanos.

Nació el Inca Yupanqui allá en la tierra
Donde imperaba el Sol, bienes inmensos
Derramando en su rápida carrera;
Penetró por enmedio del desierto,
I su hueste guerrera
Sujetó a humanas leyes
I relijion mas pura
Estas rejiones, que a mejor cultura,
Del jenio de Colon a la influencia,
Destinaba la sábia Providencia.

¡Colon! jenio del bien, yo me prosterno
Ante tu excelso nombre.
¿Eras ánjel de luz, o eras un hombre
Cuando sintiendo el fuego

De inspiracion divina,
Trazabas una senda peregrina
Desde el antiguo mundo
A la rejion ignota
Que plácida a tu mente se revela?
El oceáno profundo
Salvar querias con las raudas alas
De tu elevado jénio; la ignorancia,
El fanatismo ciego
Luchan contigo en vano,
Pues la potente mano
Te sostiene de la ínclita Isabela,
Que con su voz te anima i te consuela.
Sí, que del pecho heróico
De una mujer virtuosa a par que bella
Súbito surje vívida centella,
I en el réjio palacio de Castilla
Un foco de luz brilla
Que dirije la marcha al nuevo Atlante
Por los remotos i anchurosos mares.
¿Qué importan de la suerte los azares
Al inmortal Colon? al fin vió *tierra;*
I esta palabra sola
Que tanta gloria i tanto honor encierra
Para Colon, el pecho americano,
De relijioso afecto conmovido,
Siente al oirla plácido latido.

Al fin puso la planta
El sábio Jenoves lleno de gozo
En la mojada orilla
De aquella nueva i suspirada tierra

I el pendon de Castilla
En el suelo fijó: la sacrosanta
Enseña de la cruz alto levanta,
I humilde se arrodilla,
De Dios el sacro nombre pronunciando,
I lo repite en la nevada sierra,
Como un dulce jemido, el eco blando.

Mas ¿por qué de repente un negro velo
Anubla mi ardorosa fantasía?
En vano pediria
A mi sensible musa un solo tono
Para cantar la célebre victoria
Del jénio de Colon i su hidalguía,
Porque en vano lo intento
I un vértigo de horror tan solo siento.

Sí, que la guerra impía
En cuadro asolador me representa
Muerte i desolacion. Ancho torrente
De sangre americana
Veo correr; la libertad inerme,
La sencilla barbarie
En lucha desigual sus fuerzas mide,
Con la alta prepotencia
Del orgullo i la ciencia
Aguijoneados de infernal codicia.
Negra supersticion, honda malicia,
Ignorancia tal vez con nombre santo

De relijion, estinguen en el alma
La natural justicia,
La piedad jenerosa,
I para colmo veo de mis penas
Al Héroe de dos mundos
Cubierto de ignominia i de cadenas.

¿Mas qué rayo de luz consoladora
Se introduce furtivo
En medio de este cúmulo de horrores?
Es de una alma sensible, una alma bella,
El amor siempre activo
Que no abriga codicias ni temores:
Tiene aun la humanidad sus defensores,
I el inmortal Las-Casas
Con su piadoso celo
I su clamor constante
Demanda para el indio desgraciado
Piedad al mismo trono,
Cuyo vasto dominio enriquecia
El oro ensangrentado
Que en su seno la América vertia.
¡Honor a tí, piadoso sacerdote,
Noble Las-Casas! tu recuerdo caro
Infunde en mi alma plácido consuelo,
Tú revelas del cielo
La alta virtud, el perennal contento,
I tu nombre querido,
De todo americano bendecido,
Vuelve a mi voz el desmayado aliento.

Ya el rayo de la guerra discurría
El continente todo. Dos imperios
A su carro triunfal habia uncido
La conquista feliz. Llegó el instante
En que Chile tambien sobre su suelo
Viera la nueva luz. No hai beneficio
De grande consecuencia que no importe
Un dolor, un terrible sacrificio.
Chile sufrió la prueba: pero ¡cuánta
En esa cruda guerra
No fué la dicha que esta hermosa tierra
Reportó al fin.... ¡Valdivia!
Voi a evocar tu veneranda sombra;
Ya mi labio te nombra
Fundador de mi patria. Esa colina,
Que esbelta se alza en medio de Santiago
De tí nos habla aun. Allí es ruína
Lo que tu alcázar fué, i allí tu mente
Audaz, intelijente
De tu trabajo inmenso el plan trazara
Por la dicha i la paz del nuevo suelo
Que fecundaba tu ardoroso celo.
De tu piedad i afecto relijioso
Aun hai reliquias en el sacro templo
Que la patria ha erijido:
I ese bello retrato, (7)
Regalo de una augusta soberana,
Es un recuerdo grato
Con que Chile i España de consuno,
Confundiendo sus palmas i sus glorias,
Eternizar quisieron
Tu lastimosa muerte i tus victorias.

¿Mas qué mérito grande se levanta
A competir Valdivia con el tuyo,
Cual la esplendente llama
Que se ilumina i dora
En medio de una pira brilladora,
I cual columna majestuosa i bella
Elevándose al cielo,
Quiere empañar la refuljente estrella?
Ah! ya veo del ínclito Lautaro,
La sombra ensangrentada;
I al gran Caupolicano,
Honor i prez del suelo americano.
La libertad, la gloria,
Deidades de sus grandes corazones,
Increibles acciones
A sus heróicos pechos inspiraron;
Sus venerandos nombres
Los fastos de la historia eternizaron,
I alta fama alcanzaron
Del sabio Abate en la dorada pluma. (8)
Con acierto admirable
Tambien tú los cantaste, Ercilla amable,
Homero dulce de la patria mia,
I al sonido de tu harpa melodiosa
El mundo los conoce, i los admira
I celosa los mira
Como jénios del mal la tiranía.

Cansó al valor hispano la constancia
Del tenaz araucano,
Que hundido en el error i la ignorancia
Yace aun, i es del pueblo soberano
Reliquia primitiva. Paz le diera
Prudente el español, i en paz dichosa

Su conquista gozaba.
Lento seguia el tiempo su carrera
I muda i silenciosa se formaba
Una nueva nacion, cual se elabora
En lo hondo de la tierra,
La vena de oro puro que atesora,
Bajo su eterna mole la alta sierra.
Pero resonó un dia
Un eco que decia
¡Libertad! libertad! Májico nombre
Que de un sueño profundo
Despertó al nuevo i antiguo mundo!
I Chile despertó, sintió pesada
La cadena que en torno le ceñia;
No late libre el oprimido seno,
Mas la palabra májica pronuncia
I una luz viva i pura,
Cual celaje que rompe nube oscura
Le muestra la miraje encantadora
Que su mente seduce i enamora:
Alzase al punto i dice:
«Yo tambien soi nacion; seré felice!»

Sol de Setiembre puro, radïoso,
Que alumbraste el gran dia,
Revélanos el gozo que sentia
El pecho del chileno
De alto civismo lleno
Al ver cual vacilaba el gran coloso
Que mas de tres centurias le oprimia.
Toro, Rosas, Marin, Plata, Argomedo:
Rosales i Carrera
Vera, Eyzaguirre, Infante,
Rosas, Egaña, Henriquez i mil otros,

Vuestra faz centellante
Me parece que aun veo; vuestras sombras
Me rodean, me sitian; los acentos
Oigo de vuestra voz, juntos os miro
Sonreir de placer i de ternura;
Los estrechos abrazos
Veo de la amistad mas santa i pura,
Que al patriotismo unida
Formaba eternos i sagrados lazos.
—«¡Oh Patria! ¡Oh libertad! o caros nombres
Que ántes no conocimos!
Esclamaban, si ayer esclavos fuimos,
Hoi somos ciudadanos, somos hombres!»—

Así el pueblo de Chile se anegaba
En piélago de nuevas emociones,
Ajeno de temor i de flaqueza,
Miéntras la monarquía levantaba
Sus funestos pendones
En el suelo peruano,
I del poder hispano
Se perciben en larga lontananza
La destruccion, la guerra i la matanza!

Vendrán! vendrán! i del valor chileno
Encontrarán el foco primitivo
En la esforzada juventud patriota.
Vengan enhorabuena,
Que en Membrillar, San Cárlo i Yerba-Buena
Tres gallardos hermanos
I el ilustre Mackenna
Morder harán el polvo a los tiranos.

Triunfaron, sí, los libres,
I un grito resonaba por doquiera
De férvido entusiasmo.
Aspirábase el aura placentera
I Patria! dulce Patria! se decia
I en la dicha i la gloria se creía.

¿Quién podrá de tu rápida carrera
El curso detener, ilustre Chile?
Quién de tanta ventura
El término verá? Mas ¡cómo es cierto
Que al derrocarse el fiero despotismo
Se ocultó la discordia
I descender no quiso al negro abismo!
Esta arpía feroce
Con las pasiones del chileno intriga,
I a la hueste enemiga
En Rancagua, ¡ai dolor! abrió la puerta
I huyó la libertad pálida i yerta;
I no vió de sus bravos el arrojo
Ni el hórrido martirio
Del malhadado Cuevas que en el campo
De honor quedó como cortado lirio.

Alma virtud, resignacion sublime,
Desciende de los cielos
E inspira tus consuelos
Al triste pueblo que en los hierros jime.
¿Dónde está tu esplendor, o dulce Patria?
Dó tus hijos se fueron?. . . .
Ah! veloces huyeron
Con planta asaz lijera
Al mirar del leon la garra fiera.

I vosotras, mujeres infelices,
Vírjenes candorosas,
¿Por qué solas llorais? cándidos niños
Que al regazo pendeis de vuestras madres
¿En dónde están vuestros amados padres?
Una sierra empinada
De nieves i de hielos coronada
De ellos os apartó: cuantos ilusos
Se confiaron al pérfido destino,
Con violencia arrancados de sus lares,
En una peña en medio de los mares
Existen confinados,
De dolientes recuerdos rodeados.
¿I aun vivis i alentais, hijas de Chile?
La vida soportais con entereza
I el dolor, la pobreza,
Las frentes sin mancilla
No envilece ni humilla?
Ah! que sois virtüosas
Teneis en Dios la fé, puras las almas,
I aquel amor ardiente
Que torna el sacrificio
En placer delicioso.
Del padre, del amigo, del esposo
La memoria querida
Animan i sostienen vuestra vida:
No hai penoso trabajo
Que rehuseis por humillante i bajo,
Si con él dais holgura
Al que oculto talvez i en amargura
Pasa tristes los dias
I os es prenda de amor i de ternura.

I vos, santa amistad pura i sencilla,
Que entretejiendo los dorados lazos
Entre ferreas cadenas
Engañabais las penas,
¡Quién pudiera pintar vuestros encantos!
I aquellas misteriosas
Intimas confidencias,
Aquellas esperanzas lisonjeras
O alhagüeñas quimeras,
Con que el largo sufrir entreteniais
En la cautividad a las chilenas!
De vanidad ajenas
Sin pretension, sin lujo, sin envidia
Fueron en el rigor del infortunio
Como entre espinas perfumadas rosas,
Patriotas varoniles
I modelo de madres i de esposas.

¿I he de hablar yo de ti, madre adorada (9)
Cuya imájen en lo hondo de mi pecho
Con eterno buril está grabada?
¿Pintaré tus virtudes,
Tu clara intelijencia,
Tu espíritu viril, aquel estóico
Valor con que la prueba soportaste
Que acrisoló tu patriotismo heróico?
No: porque ya tu nombre han proferido
Tus nobles compatriotas i en sus fastos
Con honrosa memoria
A la posteridad le han trasmitido.

Dos veces dió su vuelta
Ante el foco de luz vivificante
Nuestro planeta en su arreglado jiro,

I aun duraba la fiera reconquista.
El ardiente suspiro
Del pueblo que jemia
Llegó por fin a penetrar al cielo
I tras de la empinada cordillera
El grito resonaba de los libres;
I el susurro cundia,
Feroz el despotismo se alarmaba,
Levàntando cadalsos por do quiera:
Tocando a su agonía
Como una herida sierpe se enròscaba
I ciega i furibunda se enredaba
En la red ominosa
Que diestra i cautelosa
La mano de Rodriguez le tendia.

Brilló por fin la aurora
Del Doce de Febrero,
De dichas i blasones precursora;
I bajando de la alta cordillera
La enseña bicolor, fija en la altura
Está de Chacabuco.
O'Higgins, ese rayo de la guerra,
Al triunfo los conduce: lo asegura
De San Martin la venturosa estrella;
San Martin, alto honor del arjentino,
Como Ulises artero,
Sañudo como Aquiles i guerrero.
Ambos a la opresion de los tiranos
Oponer saben muro diamantino,
I darán libertad de sus hermanos
I sellarán de América el destino!
I le sellaron para siempre: en vano
La constancia española

Ensaya un nuevo golpe de fortuna.
Sus huestes aguerridas una a una
Reune, i en la arena
De Talcahuano su cañon resuena.....
Mas ¿qué nueva armonia
Qué varonil acento
Suena vibrante i puro entre los libres?.....
Es del aniversario de Febrero
La plácida alegria,
Es de un pueblo feliz el ardimiento
Que en ese claro dia
Hace a la patria i ante el Ser Supremo
El santo juramento
De ser libre, señor e independiente!.....
Aquí mi débil musa reverente
Humildosa se abate a tanta gloria;
Agólpanse recuerdos a mi mente
De asombro, de terror, de gozo i llanto.
I en vision ilusoria
Se convierte el asunto de mi canto.

Veo venir a la española jente
Desolacion causando por do quiera,
I de Maipú la célebre victoria
Cual punto luminoso en la alta esfera:
Veo un campo sangriento
I allí miro grabado,
Bueras, tu ilustre nombre aunque enlutado.
Alli el tuyo está, Freire, con el sello
De tu alma jenerosa
I tu heróica bravura;
Presajiando su suerte
El inmortal Rodríguez,
Manda a los Voluntarios de la Muerte:

Junto al cañon fatídico que humea
Oigo la voz de Blanco en la pelea;
I allí tambien estás, noble guerrero,
Las-Heras esforzado,
Cuya vida preciosa
Guarda la patria, cual reliquia amada
De otra época gloriosa

¿Qué veo aun?.....El pabellon chileno
Que ondea del Pacífico en el seno
Majestuoso i ufano,
La libertad llevando al perüano;
Cochrane, a quien Neptuno su tridente
Cediera, lo conduce a la victoria
I Blanco, en mar i tierra conocido,
Amable paladin, jefe atrevido.
Acércanse los libres, se confunden:
Lidian con los valientes i los vencen,
I al esplendor del sol ya despejado
De sus oscuras nubes
Una florida senda han allanado
A Bolivar, el Marte americano,
I al héroe de Junin que en Ayacucho
En un glorioso dia
Con prepotente mano
Las puertas le cerraron al tirano.

Respiró al fin gozosa
La sombra de Colon, que ántes jemia
Cuando el poder hispano
A la inocente América oprimia:
Torna a los cuatro vientos
La esclarecida faz, i por do quiera

Leda mira la prole de los Incas
Que entona el himno de la paz i el triunfo,
Desde el Estrecho al Istmo
I desde el mar Atlántico, do nace
El sol entre esplendores,
Hasta el opuesto mar donde se oculta,
Reflejando su lumbre
En la plateada cumbre
De los soberbios Andes, cuyos hielos
Ancha línea dibujan en los cielos.

Sobre nube del Niágara esplendente,
En la bóveda etérea suspendida,
Por el norte se alzaron
De Washington i Franklin las figuras
Que con faz conmovida
El grandioso espectáculo miraron;
I espíritus sin cuento
Jiran, del Héroe Jenoves en torno,
De los que se inmolaron
Por la libertad santa
Con jeneroso aliento
I dieron al tirano el escarmiento.

Salud, o padres de la patria mia!
Salud, o sombras de esplendores llenas!
Salud, los que rompisteis las cadenas
Do el nuevo mundo envejecer debia!
Recibid el tributo
De admiracion i de loor eterno
Que el pecho agradecido
Os consagra rendido.

De América las glorias
I las prosperidades
Trasmitirán vuestros excelsos nombres
De edades en edades.

¿Mas por qué al contemplaros me parece,
Sombras las mas queridas,
Que os miro entre las nubes,
No cual sacros querubes,
Ni como las de Eliseo venturosas,
En bosques de jazmines i de rosas,
Sino como de Osian los héroes rudos
Vengativos, adustos i sañudos;
I la doliente herida
Mostrando ensangrentada,
I el puñal fratricida
Siempre fijando con la vista airada?

Ah! no es posible, no: que es un engaño
Ilusion fementida
De mi mente turbada i confundida.
Las innobles pasiones
No puede conservar de la natura
La humana criatura
En la rejion de paz, de luz i vida;
Que el Dios que hizo los mundos
Las almas rejenera,
I estingue los dolores
I los odios profundos
En la eterna mansion de los amores.
Allí unidos vivis, sábios, felices!
Mas tornad un momento

Vuestros ojos al grande monumento
Blason de vuestra fama;
Contemplad esta Patria que ántes fuera
Centro de vuestro amor, i el aura pura
Tornad a respirar que os dió la vida:
Mirad esa bandera
Que en la colina histórica flamea,
Reconocida ya del mundo entero
I que en todos los mares se pasea;
Ved ese inmenso llano
Que fecundó sangre de los héroes
Antes mustio desierto,
I ora lleno de plácidos verjeles,
Crecidos a la sombra de laureles;
Ved palacios soberbios
Que el arte i la riqueza improvisaron
Donde brillan del gusto los primores,
Allí do se formaron
Las sombrias i góticas moradas
De los conquistadores.
Mirad esos talleres
Del pensamiento humano,
Donde con unos pocos caracteres
Se elabora la idea i se eterniza,
I que del mundo la ventura hicieran
Si perdurable liza
La verdad i el error no sostuvieran.
Ved esas vías férreas que acortando
El espacio i el tiempo
Van la vida del hombre duplicando,
Como cruzan i llevan la abundancia
La industria i el trabajo;
Ved como el pensamiento
Al toque de un alambre electrizado,

Con májico portento
Salva distancias mil i aun adelanta
Velocidad al rayo:
Mirad esos liceos
Donde una juventud llena de vida
En las artes se instruye i en las ciencias
I a la austera, veraz filosofía
Reviste con las galas seductoras
De amable poesía;
Ved la caridad santa
Que salva la inocencia
Calmando con su bálsamo divino
Del alma los pesares
I del cuerpo la mísera dolencia.

¿Aun mas buscais? Mirad a vuestros hijos(10)
Que sintiendo en sus almas
De la filantropía el sacro fuego
Buscan a sus hermanos,
I con activas, jenerosas manos
Rompen la oscura venda
Del error que sus frentes amancilla,
I la fértil semilla
Siembran de la virtud i el patriotismo.
Ajenos de egoismo
Infunden en los ánimos sencillos
La halagüeña esperanza
De la paz, de la dicha i bienandanza.

No mas será la luz el patrimonio
Del hombre de fortuna;
El pueblo, ya iniciado
En sus altos derechos

I sagrados deberes,
Será feliz, sensato e ilustrado:
Conocerá los tiernos sentimientos
De la naturaleza;
Sentirá la nobleza
Que dan la humanidad i la cultura
I de la relijion la lumbre pura.
Agradecido, fiel i respetuoso
Con sus benefactores,
Los cuidados prolijos
No olvidará con que a sus tiernos hijos
Sacan de la abyeccion i la miseria,
A un porvenir dichoso.

I vosotros, egrejios ciudadanos,
Dignos imitadores
De vuestros jenerosos ascendientes,
Ceñidas vuestras frentes
Con inmortal corona,
Vereis cual vuestra dicha se eslabona
Con la virtud i el porvenir dorado
Que habeis con tan solícito desvelo
A la nacion chilena preparado.
Los padres de la Patria enternecidos
Os miran i sus nobles corazones
Para vosotros con fervor imploran
Las mas dulces i puras bendiciones.

—Un esplendor divino
Iluminó las sombras de los héroes,
I su vivo reflejo
Como en un terso trasparente espejo
Se difundió en los rostros de sus hijos,
Nuevo ardor en sus pechos inspirando. . .

Sutil i blanca nube
Envuelve la vision encantadora
I en acentos de célica armonía
Su amorosa plegaria
Con ellos en los aires se perdia;
Miéntras enardecida en sacro fuego
Mi voz, aun no cansada,
Eleva ardiente ruego
Por tu dicha futura, o patria amada.

Fuente del bien supremo,
Vierte tu lumbre pura
I colma la ventura
Del pueblo que nació a la libertad.

Las sólidas virtudes
La union i la concordia
A la negra discordia
Van por siempre de Chile a derrocar.

Ese mónstruo execrable
De la fiera anarquia
Qué no torne algun dia
La sangre del chileno a derramar!

Furibunda, sedienta,
Avida acaso os mira,
Sofocadla i con ira
Su pestífero soplo conjurad. (11)

De ella nace el impuro
Jérmen del despotismo,
Húndase en el abismo
De ámbos el poderío i la maldad.

Sea la patria bella
Como esposa ataviada,
Que se acerca confiada
En pos de nueva dicha al sacro altar;

No cordera inocente,
Temerosa e incierta,
Que, de flores cubierta,
Es víctima ofrecida al dios del mal.

Levantad en los aires
Esa bandera hermosa,
I a su sombra gloriosa
El árbol de los libres cultivad.

En su azulado campo
Luzca la blanca estrella,
Mui mas pura i mas bella
I os sea milagroso talisman.

Vivid fuertes i unidos,
Vuestros altos derechos
Con jenerosos pechos
Ante la faz del mundo sustentad.

I tú, *Virjen del mundo,*
América inocente,
Alza tu noble frente
Coronada de luz i majestad.

Estrecha tus destinos
En dorada cadena,
De altas virtudes llena
Al orbe nuevo tipo ofrecerás.

Por el poder del jénio
Rejenerada, un dia
La dicha que te envia
El Padre de las luces gozarás.

I Chile en tu aureola
Brillará esplendoroso,
Saludando gozoso
Con himnos a la cara libertad!

AL MAR.

SONETO.

Inmenso mar, tus olas espumosas,
Vaiven alterno, perennal ruïdo,
Que ora imita dulcísimo jemido,
Ora de la pasion iras celosas,

Me asombran, i de Dios las portentosas
Fuerzas con que tu orgullo ha confundido
Límite señalando reducido
Al cauce de tu aguas poderosas.

Cuando el azul reflejas de los cielos,
Convertido en espejo cristalino,
Hallo en tí de la paz almos consuelos:

La majestad de Dios ver imajino,
I que absorto mi espíritu en sus vuelos
Se pierde en mar de gozo peregrino.

A VALPARAISO.

SONETO.

Ciudad amable, caprichosa i bella,
Centro de actividad i de alegría,
Orgullo de la cara patria mia,
Que de progreso marcas noble huella;

Con tus montañas tocas la alba estrella,
Tu planta halaga el mar con ufanía;
Laboriosa te encuentra el claro dia,
I en la alta noche tu beldad descuella.

Yo, a la luz de la luna, te he mirado
I en el plácido albor de la mañana,
I sus votos mi amor te ha consagrado:

Del Pacífico sé la soberana,
Tus playas bese el triste desterrado,
I no manche tu suelo sangre hermana.

A UN NIÑO.

Eres, niño inocente,
Flor delicada i pura,
Por tu dulce hermosura,
Por tu amable candor,
¡Ai! no nazca en tu seno
El insensato orgullo,
Cual nace en un capullo
Gusano roedor!

Cuando viniste al mundo
Tú de nada sabias,
Llorabas i jemías,
Pobre hijo del dolor;
Mas tu paciente madre,
Por templar tu amargura,
Un néctar de dulzura
Al labio te aplicó.

Sonrisa encantadora
Brilló en tu labio tierno,
I el corazon materno
De gozo palpitó;
Que es la primer sonrisa
Luz do el alma rïela,
I un instinto revela
De agradecido amor.

Tus padres cariñosos
Te colman de caricias,
Besando con delicias
Tu rostro encantador,
I en tí ven, de la infancia
Bajo el gracioso velo,
Al que será del cielo
Feliz habitador.

¿No escuchas cual te dicen:
—«Sé dulce i amoroso,
Siempre te harán dichoso
Tu obediencia i candor?»
Óyelos, hijo mio,
Cólmalos de alegrías,
I en sus cansados dias
Sé tú su amparador.

No jermine en tu seno
El insensato orgullo,
Como en tierno capullo
Gusano roedor;

Ni ciencia torpe i vana
Borre la imájen bella,
Que, cual fuljente estrella,
En tí se reflejó.

Ese cabello rizo
En auréola dorada,
Esa faz animada
De noble inspiracion,
Esos ojos hermosos,
Do su místico sello
En divinal destello
Grabara el Hacedor,

Te dan, niño querido,
De un ánjel la apariencia.
¡Guarde Dios tu inocencia!
¡Guárdete ¡ai! en su amor!
¡El te libre, hijo mio,
Con su benigno agrado
Del soplo emponzoñado
Del vicio corruptor!

Jesus, el que halagaba
Con divinal cariño
Al inocente niño,
Te dé su bendicion!
Por ella seas dulce,
Jeneroso i humano,
I en cada hombre un hermano
Te dé tu corazon.

¡Ai! no nazca en tu seno
El insensato orgullo,
Como en verde capullo
Gusano roedor,
I te robe la dicha,
La belleza del alma,
I deshoje la palma
Que te guarda el Señor!

A FERRETTI,

DESPUES DE HABER CANTADO UN TROZO DEL "TORCUATO TASSO."

SONETO.

Suena el acento grave, armonïoso
De Ferretti; en la escena se ha mostrado
Torcuato, el inmortal, el desgraciado,
Enfermo, pensativo, congojoso.

Cual fantasma que hiende el misterioso
Espacio de los siglos, le he mirado,
Vivo emblema del jénio malhadado,
De un tierno amor recuerdo doloroso.

Mas escucho en silencio el dulce canto,
I al héroe i al cantor doi por despojos
Hondos suspiros i sentido llanto.

I aun la sombra del Tasso los enojos
Olvida de la suerte; i sin quebranto
Miró a Ferretti con benignos ojos.

LA CARIDAD.

A LA SRA. DOÑA ANTONIA SALAS, PRESIDENTA

de la Sociedad de Beneficencia. (11)

Sublime Caridad, virtud divina
Descendida del cielo,
Para alivio i consuelo
De una raza en el mundo peregrina.
Tu vívida centella,
La faz refleja majestuosa i bella
Del Dios Omnipotente,
Que es amor por escencia,
I fuente inagotable de clemencia.
El nos enseñó a amar; El nos ordena
Socorrer al enfermo, al desvalido:;
Al triste consolar; del aflijido
Escuchar el lamento
I aliviar su tormento;
Al desnudo vestir; del triste reo
Visitar la prision i en su quebranto
Derramar dulce llanto;
A la viuda i al huérfano inocente
Socorrer prontamente

Con larga mano i corazon piadoso:
Ilustrar la ignorancia
Que del ser racional es un desdoro:
Hacerla conocer al Dios que inspira
Al corazon sensible i bondadoso
De piedad el instinto jeneroso:
I descorrer el velo,
Que nos encubre aquí, del alto cielo
La vision misteriosa,
Derramando en el alma dolorida
La idea encantadora de otra vida.

¡Ai, cuán inmensos bienes
Haces, hermosa Caridad, al mundo!
Tú eres estrecho lazo
Que une el cielo a la tierra:
Por tí cesa la guerra
De la venganza odíosa,
I al enemigo abrazas cariñosa.
Si aborreces el vicio,
Al delincuente miras compasiva,
I haces que nazca i viva
A la santa virtud, del precipicio
Salvándolo contenta,
Cual náufrago felice que arrebatas
Con atrevida mano a la tormenta.

Vosotras lo sabeis, nobles señoras,
Que sensibles al llanto lastimero,
De miseria i dolor habeis volado
Al lecho del enfermo, al escondido
Asilo, do se oculta
El infortunio a la vergüenza unido;
Vosotras, que escuchais el triste llanto

Del infante a quien misero abandona
La que le diera el ser, i con ternura
Le llenais de caricias,
Siendo objeto querido i halagado
Tan solo porque fué desventurado;
Vosotras lo sabeis, torno a deciros,
Cuantos bienes encierra
La noble Caridad, cuantas delicias
Hallais en el trabajo i amargura
De estas duras tareas,
Que el Señor ha mirado complacido,
I en su bondad inmensa
Con su diestra eternal ha bendecido.

Intrépidas, magnánimas, discretas
A la par que injeniosas
A las jóvenes tiernas un tributo
Exijís de labores,
Que exitando su gusto por lo bello
Imprime a su carácter nuevo sello
De actividad. Un grande sentimiento
Sirve a sus corazones de alimento.
La índole fácil, viva,
Se torna reflexiva;
I miéntras con premura
La jóven inocente
Se adiestra en el bordado o la pintura,
Piensa en que aquel trabajo de su mano
Alivia las miserias de un hermano.

¡Ai cuán interesantes
Se presentan llevando sus ofrendas
Las amables doncellas!
Con solicito anhelo,

Seguid, hermosa juventud, las huellas,
Que os van marcando ya tantas matronas
Llenas de ardiente celo;
Sed como ellas activas,
Pacientes, valerosas compasivas.

I vosotras, piadosas estranjeras, (12)
De abnegacion i de heroismo ejemplo,
Que abandonando vuestros patrios lares,
Atravesais los mares,
I abordando en incógnitas riberas
No hallais talvez hospitalario abrigo;
Decidme ¿dónde vais? dó está el amigo,
El deudo que os proteja
Contra el grosero ultraje i os aliente
En los crudos rigores
De un elemento pérfido, inclemente?
Decidme ¿qué esperais? buscais acaso
Fama, placeres, gloria,
Joyeles, plata u oro?
No, que les desprecias i solamente
Buscais aquel tesoro,
Que no roe el orin ni la polilla,
Ni le acecha el ladron; i que no brilla
A los ojos del mundo;
Pero que el Padre Celestial os guarda
En galardon precioso
De tanto sacrificio doloroso.

Almas privilejiadas, escojidas,
Seguid fortalecidas
Por la fé, que a los mártires alienta,
El camino de abrojos,

En que marchais, empero conducidas
Por la gracia inefable,
Del que bajó del cielo
Para ser el modelo
De amor, de Caridad, mas admirable.
Sed benditas mil veces: permitidme
Codiciar vuestra suerte,
Llorar mi indignidad; sí, que yo envidio
Vuestro santo vivir, la dulce muerte
Que sin duda esperais, cual mira ansioso
El cansado viajero
El plácido sendero
Que le lleva al lugar de su reposo.
¡Oh! cuán felice Chile
Que recibe en su seno i que proteje
De la Caridad santa
La institucion benéfica i divina!
Ella será una fuente
De dicha permanente,
Firme lazo de union i de ventura,
Que la gloria i la paz nos asegura.

O Caridad sublime,
El corazon inflama
Con tu celeste llama,
Con tu divino ardor.

Es foco de tus luces
De Dios la pura esencia;
I eres de su clemencia
Aliento creador.

Sin tu poder benigno
Un abismo profundo
De males fuera el mundo,
De penas i de horror.

Por tí existe el encanto
Que hace grata la vida;
Por ti el alma está unida
Con su divino Autor.

Por tí se ama i se vive,
Se goza la esperanza
De eterna bienandanza
Que mitiga el dolor.

Cual nube trasparente
Nos descubres el cielo:
Sea allí nuestro anhelo!
Sea allí nuestro amor!

Reina en los corazones;
I que el frio egoismo
Sepulte en el abismo
Su cetro destructor!

A DON

J. M. ARLEGUI

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

SONETO.

¡I perdiste ¡ai dolor! aquella hermosa,
Que tu delicia i tu ventura hacia!
I son despojos de la huesa fria
Los bellos ojos i la faz de rosa!

Como la oscura nube fragorosa
El rayo abrasador al suelo envia,
Así el Eterno en malhadado dia
Tu pecho hirió con mano rigorosa.

El astro de tu dicha se ha eclipsado
I el porvenir risueño en un instante
En yermo de dolor se ha trasformado,

Viendo en tal desventura el pecho amante
Que para alivio de tan triste estado,
El humano consuelo no es bastante....

EN EL ALBUM DE MI AMIGA

ISIDORA ZEGERS DE HUNEEUS.

¿Podré olvidar, bella amiga,
Aquel venturoso tiempo
En que ambas nos conocimos,
Cuando, en el albor primero
De inocencia i juventud,
Fuimos de amistad modelo?

Yo te amaba sin medida!
Tú realizaste el ensueño
Que formé en mi adolescencia,
Cuando una amiga a los cielos
Demandaba con instancia
El ardor de mis deseos...

Tu viveza encantadora,
Tus prodijiosos talentos,
Tu finura i tu franqueza,
Tus gracias i tu despejo

Ejercian sobre mí
Con su prestijio hechicero,
No sé qué poder süave,
No sé qué influjo benéfico,
Por el que fuí toda tuya;
I mi corazon sincero
En el tuyo siempre hallaba
Armonías i consuelo.

En vano, cara Isidora,
Por la carrera del tiempo
I los varios incidentes
De la vida aparecemos
Algun tanto divididas:
No se borran los afectos
Que, imprimió en el alma cándida
De amistad el sacro fuego.
En ella queda por siempre
Un relijioso recuerdo,
Que como sonido blando
Repetido por el eco,
Le siento yo en este instante
En el fondo de mi pecho.

¿El eco dije? ¡error! el eco es débil
Imitacion servil, ténue, dudosa,
I lo que por tí siento
No es dudoso ni débil, dulce amiga,
Sino esencia de vida i sentimiento!
Ni es bien que yo pidiera,
Para dar colorido a mi ternura,
Imájenes prestadas a Natura,
Cuando la idea sola

De tu voz peregrina
Vale una inspiracion, i el alma siente
En su rica armonía
Noble i encantadora poesía.

Sí, amiga idolatrada; inseparables,
Confundidas están en mi memoria
Tu amistad i la música süave:
Por tí, mujer divina,
De ese arte celestial en los secretos
Iniciada me ví: por tí he probado
Ese entusiasmo vivo,
Aquel goce esquisito i delicado,
A la par que inocente,
Que en sublime arrebato
Embarga los sentidos i la mente.

Cuando puro i vibrante
Brota el raudal sonoro
De tu garganta de oro,
Halagando mi oido
Suspenso dulcemente i abstraido,
Ora escuchando admira
El *grupeto* gracioso,
El *trino* cadencioso,
O la *escala de perlas*
Rauda como el ambiente,
Límpida como arroyo trasparente.

Mas, si, luego templando
El vuelo audaz, el arrogante jiro,
Se convierte tu voz en un suspiro
Melodioso i doliente

I el triste *semitono* apasionado
Tu aliento ha modulado,
Lo hondo del alma siente
Penetrante emocion: . . . Si relijiosa
Una plegaria entonas, se diria
Que un ánjel te prestaba
Tierno fervor i mística armonía,
O que, con su arpa de oro,
Desde el excelso coro,
Tu canto acompañaba,
Miéntras tu faz serena,
De noble majestad i gracia llena,
Se mira en el momento
Radiante de hermosura i sentimiento!

¡Cuántas veces del triste pecho mio
La pena que crüel lo atormentaba
Alejó tu voz pura i deliciosa,
I dándole viveza i movimiento
Al vago pensamiento,
Llena de inspiracion la fantasía
De hondo sopor alegre despertaba
I tu dulce cantar acompañaba!

Al resonar tu canto
Tornábase mi llanto
En plácida sonrisa,
Como la mustia flor que refrijera
Húmeda i blanda brisa:
Porque siempre sensible a la belleza
De arte i naturaleza
Con que el cielo te ornó, supe sentirte
I gozar a tu lado

Del placer de admirar que llena el alma,
En donde el sentimiento de lo bello,
De la luz eternal vivo destello,
Hace nacer la deliciosa calma.

¿Quién cual tú, amable amiga,
Hizo brillar las obras inmortales
Del sublime Rosini, de ese númen
Que ha sabido inspirar a tantos otros
I llenar el proscenio
Del inmenso tesoro de su jénio?
Ah! si él pudiera oirte
Desde el profundo seno,
Do yace reposando en sus laureles,
Sorprendido i gozoso despertara,
I por tí nuevos tonos ensayara.

No eres ménos felice
Cantando al rico i vario Donizetti;
I cuando del dulcísimo Bellini
Entonas conmovida
Esas notas en lágrimas bañadas,
Por él tan solo halladas,
Veo en tu celestial melancolía
(Mi vanidad perdona)
La musa del dolor ¡la musa mia!

Si la viudez i la horfandad alzaron
Un grito de afliccion, tu alma sensible
Por ellas imploró socorro activo,
I con el incentivo

De tu voz hechicera,
Que mas flexible la piedad hiciera,
Despertaste en los buenos corazones
Nobles i penetrantes emociones.

Ah! ¿por qué no le es dado
A la santa verdad tomar prestado
Tu celestial lenguaje
I a los mortales ciegos
Enseñar el camino
De la dicha i su altísimo destino,
I la alma paz i la virtud al mundo
Persuadir deleitando?
Entónces se veria,
A impulsos de la dulce melodía,
Realizarse los sueños de ventura
Que el filántropo forma en sus desvelos,
I cambiar de los hombres la natura
I arrebatar la dicha de los cielos!

Pero, dejando la rejion aérea
De la imajinacion i sus sublimes
Transportes llenos de moral belleza,
Torno a las realidades de la vida
I contemplarte quiero
En el cuadro hechicero
Del doméstico hogar, mansion preciada
De la paz i del órden, do se alternan
En justas proporciones
El trabajo, los goces i el reposo,
Donde tú eres el alma,
Do afanosa conquistas
De la virtud la inmarcesible palma.

Veo allí al digno esposo
Que colmas de atenciones i ternura,
Avaro con razon de tus encantos,
Mas, alegre i dichoso;
Los hijos inocentes,
De beldad i salud resplandecientes,
Cual guirnalda graciosa,
Te rodean i te hacen mas hermosa;
Tus padres te contemplan i te admiran
I enternecidos gozan i suspiran;
Miéntras que la esperanza,
Mensajera divina
De paz i bienandanza,
Con promesas i halagos seductores
Tu largo porvenir cubre de flores.

Vive, amada amiga mia,
Entre la paz i alegría
Largos años;
Solo te dé el mundo goces,
I no pruebes sus atroces
Desengaños.

Busca el bien inestimable,
De la virtud inefable,
Blanda calma
Que a despecho de los males
Vierte goces celestiales
En el alma.

I cuando a tu fiel amiga
La tristeza la persiga,
Con tu canto

Disípale los enojos
I haz que corra de sus ojos
  Dulce llanto;

O por ella lo derrama,
Si la muerte la reclama
  A otra vida,
Siempre que estos versos mires
I a su memoria, suspires
  Conmovida.

A LA HERMOSURA.

SONETO.

¿Qué eres, dulce hermosura, ante los ojos
Del mortal que seduces con tu encanto?
Objeto destinado a verter llanto,
Juguete de sus pérfidos antojos.

Raro será el que rinda por despojos
A la pura beldad un amor santo;
El hombre engaña, rie, i entre tanto
Siembra bajo su planta mil abrojos.

Tal es tu vida. La mujer hermosa
Cual delicada flor, busque el abrigo
De la excelsa virtud, i cautelosa

El prudente temor lleve consigo
I guarde del amor la pura rosa
Al esposo feliz, al digno amigo.

LOS JUGADORES.

—«Mi señora doña Marta,
Deme usted un escudito,
Para apuntar a esa carta.
—Calla, muchacho maldito,
Antes que un rayo me parta!

—Pues qué! ¿pierde usted ahora?
¿De cuándo acá le ha fallado
Esa suerte aduladora...?
—Diez cóndores he pagado!
—Se chancea usted, señora;

Si pierde en este momento,
Ganará mui luego a todos.
Tiene un procedimiento
Para jugar... unos modos...
En fin, eso es otro cuento...

—¿Qué dices, necio, atrevido?
No me vengas a embromar.
¡Otra parada he perdido!
Sin duda para trampear
Con esos te has convenido!

—¡Hai mujer mas insolente!
¿Acaso soi algun pillo?
Esta vieja está demente!
—Pero... ¡i mi bolsa, i mi anillo!...
Todo lo roba esta jente!

—Callad; con vuestra reyerta
La casa me habeis perdido;
(Dice otra vieja) estoi muerta...
Los golpes no habeis oído?
La justicia está a la puerta!

—¿I cómo me escapo yo,
Doña Juliana?—Venid,
Dadme la cófia, el paltó,
La pellerina i salid:
Mi compasion os salvó.»

A LA POETISA CUBANA,

DOÑA J. G. DE AVELLANEDA.

SONETO.

Musa sublime, en cuya frente pura
El lauro de Corina reverdece,
I en cuyo noble corazon parece
Que revive de Safo la ternura,

Al oir de tus versos la dulzura,
Aura suave que las flores mece,
El alma enajenada se embebece
I recibe en su ser nueva frescura.

¿Por qué léjos de tí quiso el destino
Colocarme al nacer, cual si mi suerte
Fuera solo admirar tu estro divino?

¡Ah! pero hai una vida tras la muerte,
Del jénio i la virtud brillante esfera,
¡I allá con Dios mi corazon te espera!

PENSAMIENTO.

Stout flos.
(Job.)

Se desvanecieron
Mis dias felices,
Como los matices
De una tierna flor,

Que brilla un instante
Con vivos colores,
Blanco a los ardores
Activos del sol;

I sus bellas hojas,
Juguete del viento,
Son un pensamiento
De dicha i amor,

Creacion hermosa
De la fantasía,
Que en pura alegría
Bañó el corazon,

I destruyó al punto
El hado tirano
Con impía mano,
Con ciego furor.

TERNURA MATERNAL.

SONETO.

Orgullo maternal, blanda ternura
Brillan, Teresa amable, en tu mirada,
Cuando en la faz de tu hija idolatrada
Contemplas el candor i la hermosura.

I si en la frente de alabastro pura,
O en la tersa mejilla sonrosada,
Imprimes dulce beso enajenada
El cáliz de la dicha el labio apura....

Un ánjel eres, que a su lado vela;
De la vida las penas i dolores
Su feliz inocencia no recela!

Así dormida en un Eden de flores
En tí halla de la dicha el sentimiento
I no anhela otro bien, otro contento.

LA NOVIA I LA CARTA.

LEYENDA.

Era una noche serena:
Por la tierra difundia
Esplendente luna llena
La dulce melancolía,
Que el corazon enajena.

Cuando su alba luz derrama
La luna en el firmamento,
Busca el silencio quien ama,
I, ora triste, ora contento,
Allí alimenta su llama.

Que es mas hermosa la flor,
Mas balsámico el ambiente,
Mas misteriosa de amor
La ternura i mas ardiente,
A su divino fulgor.

Grato es para el alma pura
En la noche meditar,
I desde la criatura
Su pensamiento elevar
A la divina hermosura;

I ver cual los mundos jiran
En espacio inmensurable,
Que por su grandeza admiran
I por su órden invariable
Altas ideas inspiran.

En honda contemplacion
Abismado el pensamiento,
Con sublime inspiracion
Busca de Dios el asiento
En la inmensa creacion.

I miéntras que reverente
El alma adora i se humilla,
Dentro de sí misma siente
Bella imájen, donde brilla
La faz del Omnipotente:

I una promesa divina
De eterna felicidad
Que a otro mundo la encamina,
Ve escrita en la claridad
De la esfera diamantina.

Mas al pecho borrascoso,
Que alberga insanas pasiones
Todo esplendor es odioso,
I en apartadas mansiones
Busca en vano su reposo.

Que la luna, las estrellas,
Son terribles enemigos
Del triste; sus luces bellas,
Siniestros, mudos testigos
De sus amargas querellas.

I en toda naturaleza
I en el conjunto de seres
Orden no vé ni belleza,
Sino malignos poderes,
Que gozan en su tristeza.

*
* *

Tal pensaba un infelice
En la noche silenciosa.
Suerte atroz le contradice,
I en ansiedad congojosa
De su existencia maldice.

Ama con idolatría
Un objeto encantador;
Creyó ser feliz un dia,
Mas, cual pasajera flor,
Se marchitó su alegría:

Que sentir el atractivo
De la virtud i hermosura,
Correr tras de su incentivo,
Es apurar de amargura,
Hondo cáliz corrosivo;

I una esperanza burlada
Es, para el alma que adora,
Mordedura envenenada
De una serpiente traidora,
En su seno fomentada.

En negra capa embozado
Vaga, cual sombra lijera,
Por los celos ajitado:
Confúndese i desespera,
En su dolor concentrado.

Las calles ha recorrido
Sin destino ni concierto,
Cual caminante perdido
En arenoso desierto,
Por las fieras perseguido.

En cuadro desolador
Se pintan en su memoria
De un desventurado amor
La dicha breve, ilusoria
I un porvenir de dolor.

Al fin la casa funesta
Percibe de la que adora,
I un aparato de fiesta,
I una música sonora,
Que sus sentidos molesta.

Las ruedas de algun carruaje
Su breve paso detienen;
Damas de vistoso traje,
Criados que van i vienen,
Embarazan el pasaje.

I grande iluminacion,
Bellos jarrones de flores,
Decoran el gran salon,
Miéntras damas i señores
Van llenando su estension.

Ve tambien a su rival,
Que en torno la vista jira,
Con aire alegre, triunfal:
No sueña, nó, no delira,.....
Esa es la fiesta nupcial.

Frio hielo se derrama
Por sus venas; al instante,
Activo el amor inflama
El pecho del tierno amante
Con abrasadora llama

Trémulo, desconcertado,
A la puerta se dirije,
Donde estaba un fiel criado,
A quien con ruegos exije
Tome un paquete cerrado.

—«Si algun afecto te inspiro,
Le dice, lleva al instante
Esto a Delina: no aspiro
A otra cosa en adelante,
Que a merecerla un suspiro.

«¿Nada dices? soi Ernesto....
—Bien os conozco señor...
—Dí ¿Qué significa esto?
—Retiraos de aquí presto,
No agraveis vuestro dolor...

—«Delina al fin se ha casado?....
—Sí, señor; en este dia.
—I en tan miserable estado
Vive, alienta todavia?
Cumple mi encargo: es sagrado.»

I huye, cual si una vision
Horrenda le persiguiera,
De aquella infausta mansion
Que tan cara ántes le fuera,
Dejando allí el corazon.

*
* *

Las nueve en la catedral
Toca pausada campana,
Con sonido sepulcral,
Cual si para la mañana
Anunciase un funeral.

Mucho la novia ha tardado
En salir; algo impaciente
El concurso se ha mostrado;
Ni un amigo, ni un pariente,
Aun la ha visto ni abrazado.

Mas dicen que a la oracion
Con testigos i madrina,
Para evitar confusion
A la modesta Delina,
Se hizo la dichosa union.

Tambien hablan de vestidos
Magníficos, de equipajes
De Francia recien venidos,
De aderezos i de encajes,
De familias i apellidos;

I por fin, del noble esposo,
Que es mui apuesto i galan,
Propietario i poderoso,
Que vive como un sultan
En un palacio suntuoso.

Muchas de las convidadas,
Oyendo tal relacion,
Se quedan como embobadas;
Las de mas penetracion
Escuchan disimuladas.

Una jóven a otra mira
Con intencion maliciosa;
Esta la entiende i suspira,
Muerde sus labios de rosa,
Encendido el rostro en ira.

Entrámbas amigas son
De la sensible Delina,
Vieron nacer su pasion,
I ven la punzante espina,
Que clava su corazon.

Delina en tanto ataviada
Con elegancia aparece
En el salon; a la entrada
Su novio el brazo la ofrece,
Con actitud confiada.

Blanco es su rico vestido,
Pero no mas que su tez,
Que las rosas ha perdido,
I aunque atractiva, no es,
La hermosa, que ántes ha sido.

Diadema brillante prende
El negrísimo cabello,
I un fino velo desciende
Hasta los hombros i el cuello
I por la espalda se estiende.

Quiere hablar, mas se le anuda
En la garganta la voz.
Se estremece, teme, duda,...
I en conflicto tan atroz,
Queda como estátua muda.

Parece que comprimia
Un objeto entre sus manos
Con obstinada porfia,
I eran sus esfuerzos vanos,
Porque la fuerza perdia.

Cual si por algun encanto
Un cadáver anduviese,
Causando terror i espanto,
I en el mundo apareciese,
Sin voz, sin accion, sin llanto,

Así el salon atraviesa:
Todo el concurso la mira
Con indecible sorpresa,
I la compasion que inspira
Está en los rostros impresa.

De su madre entre los brazos
Exhala un hondo jemido;
Parece que en mil pedazos
Su corazon se ha partido,
Al formar los nuevos lazos.

Sobre el seno reclinada
De la que le dió la vida,
Es azucena nevada,
De su tallo dividida,
Marchita ya i deslustrada.

Mas ¡quién puede concebir
De aquella madre el tormento
Cuando oye a su hija decir
Con desesperado acento:
—«Madre, yo voi a morir!»

Su rostro levanta al cielo,
I —«baste ya de ficcion,
Esclama, rompióse el velo,
No cabe en mi corazon
Tan amargo desconsuelo!

«Yo juzgué que resignada
Estaba esta criatura
A su suerte malhadada,
O que su mucha cordura
La hiciese mas reservada.

«Pero ¿quién puede saber
Cuántos arcanos encierra
El alma de la mujer,
En la interna i cruda guerra
Del amor con el deber?

«¿Por qué léjos de esta casa
Yo con ella no he partido?
¿Es por ventura, sin tasa
La autoridad de un marido,
Que así su deber traspasa?

«Culpada soi! he faltado
Al deber! Dios me castiga;
A mi hija han sacrificado,
Fuí a mi pesar su enemiga:
Ai! ¡cuán caro me ha costado!»—

Mas su boca prosiguiera,
Si la vista del esposo,
Que viene como una fiera,
Furibundo, tembloroso,
Fin a esta escena no diera;

—«Callad, señora, estais loca,
Dice, pues miéntras profiere
Desacuerdos vuestra boca,
No reparais, cual requiere,
Que vuesta hija se sofoca,

«I que su gran confusion
La causa la mucha jente,
Que contiene este salon:
Cuando aspire libre ambiente
Latirá su corazon.

«Vamos, lijero, ésto es nada.»—
I aunque sin vida ni aliento,
Con mano desapiadada,
A la jóven desgraciada
Conducen a su aposento.

I aun se perciben un rato
De la madre los lamentos,
Del padre el fiero arrebato,
Jentes que en tales momentos
Corren con triste aparato.

Solo al ver tales escenas
El novio los ojos abre,
Pues de Delina las penas,
Le ocultó el bárbaro padre.
Para estrechar sus cadenas.

Colérico, avergonzado,
Sin saber lo que le pasa,
Contra su suegro indignado,
Se retira apresurado
Al interior de la casa.

Muchos de los concurrentes,
No queriendo ser testigos
De lo que pasa, prudentes
Se van; curiosos, amigos,
Solo quedan, i parientes.

Ciérranse las anchas puertas
Del interior con rüido....
Las damas se quedan yertas
I el concurso poseído
De mil ideas inciertas.

Alzados de sus asientos
No hai dama ni caballero,
Que entre quejas i lamentos,
Del suceso lastimero
No forme estraños comentos.

I acaloradas razones
Se oyen entre los parientes,
Amargas reconvenciones,
Pareceres disidentes,
I vivas contestaciones.

Muchas personas de edad,
Declamando con calor,
Defienden la autoridad:
Los jóvenes el amor,
La induljencia i la piedad.

Una cercana parienta
Del novio, i tambien madrina,
Viuda rica de setenta,
Asegura que Delina
Se ha casado mui contenta.

I que cuando la han vestido,
Apretándola el corsé,
El pecho la han comprimido;
—«Esto, dice, yo lo sé
Por su padre i su marido.»—

Hai quien acusa a Delina
De haber tomado veneno,
Otro quiere que una fina
Daga le traspase el seno;
Nadie con el caso atina.

Pero un jóven, que agoviado
Estaba por la tristeza,
La cabeza ha levantado;
I esclama con entereza,
—«Ese juicio es mui errado.

«De una jóven celestial
No calumnieis la inocencia;
Yo sé cual es el puñal
Que termina su existencia:
Ved ese escrito fatal....

«El espresa la pasion
En su exaltado delirio,
La cruel desesperacion,
La incertidumbre, el martirio
Mas terrible al corazon.

«Cuando a Delina han llevado
Desmayada a su aposento
De su mano ha resbalado
Este papel: al momento
Cuidadoso lo he guardado.

«No es de vulgar amador
Fria, estudiada misiva,
Es él ¡ai! desgarrador
De un alma que muere viva,
Es el himno del dolor!

«Del infeliz que la ha escrito
Raya el amor en locura,
La fortuna le ha proscrito
I lleva el sello maldito
Del jénio i la desventura.»

El deseo se apodera
En todos de ver la carta.
Nadie respira siquiera....
I ántes que el concurso parta
Se leyó de esta manera:

*
* *

«Al fin, dulce Delina,
Tu hermosura divina,
Tu alma celeste i pura,
Causa serán de eterna desventura
A tu amante infeliz i a precio de oro
Se pagará tu gracia peregrina!

Dí, jóven adorada,
¿Siente tu corazon algun afecto
Por el que aspira con audacia tanta
A tu preciosa mano? No te espanta

El porvenir oscuro que te espera
Velado entre tinieblas? ¿Los halagos
No ha sentido tu pecho
Cándido ¡ai! inocente,
De una pasion naciente?
De amar i ser amada desconoces
Aquel hechizo oculto, delicioso?
No: que en tu rostro hermoso
Yo ví el vivo carmin, sentí el suspiro,
Que en vano sofocabas,
Exhalarse del pecho i en tus ojos,
Para el amor formados,
Yo miré retratados
Destellos de esa tierna simpatía,
Que el alma me enajena
I a doloroso llanto me condena!

Tú me amabas, mi bien, i yo formaba
Cuadros encantadores de ventura.
Anjel eras de paz i de dulzura,
Que en mi triste desierto
Debieras ser consoladora guia.
Tu mirada süave,
Tu cándida sonrisa,
Eran del corazon dulce embeleso;
I el corazon marchito por las penas
Aspiraba gozoso
Un placer engañoso,
Que le forjaba míseras cadenas.

«¿Para qué te conocí,
Ser descendido del cielo,
Si en amargo desconsuelo
Me ibas tan pronto a dejar?

«¿Por qué no cerré los ojos
A tu májico atractivo,
I no apagué el fuego activo
Que el pecho vino a incendiar?

«Yo gozaba en mis ensueños
Tus dulcísimas caricias,
I en ilusorias delicias
Hallé mi felicidad.
«Mil veces te he imajinado
Fiel amante, tierna esposa,
Madre dulce, cariñosa,
I dechado de bondad.

«Pero miéntras la esperanza
Afable me sonreia,
Mi corazon se nutria
Con un veneno letal:
«Porque enajenado i ciego
Con perspectiva tan bella
Olvidé que eras la estrella
De mi destino fatal!

***

«Sí, que tú me abandonas i en los lazos
De Himeneo ligada voi a verte
Al felice mortal a quien tu mano
Estiendes ¡oh Delina! por quien haces
Un juramento irrevocable, eterno.
Las furias del Averno
Siento en el corazon; ténte, adorada,

I esa palabra que tu suerte fija
En tus lábios espire, aun no formada.
Mide el profundo abismo
Que abres bajo tu planta, torna al cielo
Tus ojos, i verás como fulmina
Su rayo vengador, pues que profanas
Sus leyes sacrosantas, ultrajando,
Con falso disimulo
De la verdad i del amor las aras.
Contémplame un instante:
Mi abatido semblante,
Mis ojos apagados,
Mis suspiros ahogados,
¿Nó pueden conmoverte? ¿acaso el oro
Deslumbró ya tu corazon incauto,
O estrañas sujestiones
Te pintan como vanas ilusiones,
La dicha de tu vida
I el bien inestimable
Del amor santo i de la paz amable?
Te alucinan, mi bien! no tiene el mundo
En sus preciados goces, ni la tierra,
Cuando en su seno encierra
Un oculto tesoro, ni los reyes
Con sus coronas i sus cetros de oro;
Un deleite que sea comparado
A la dicha de amar i ser amado!

*
* *

«Opreso tu pecho
Con calma finjida,
¡Cuán triste la vida
Será para tí!

«Si ves que te mira
Con rostro afectuoso
El crédulo esposo,
No pienses en mí.

«I escucha serena
Si alguno te dice:
—«¡Tu amante infelice
«Murióse por tí!»
«No cierre tus ojos
El dulce beleño,
¡Talvez en el sueño
Me nombres a mí!...

«Eternas las horas
Serán, si a tu lado
No ves que tu amado
Suspira por tí.
I en vano vertiendo
De llanto raudales,
El fin de tus males
Aguardas ¡sin mí.

«Alienta, bien mio,
No así me abandones,
I mil bendiciones
Vendrán sobre tí.
«Ven, ai! a mis brazos
La dicha perdida,
El alma i la vida,
Tornándome a mí.

«Mas tú cedes, ¡ai Dios! i un *sí* terrible,
De mi amor i mis ansias en agravio,
Se escapa de tu lábio,
Descolorido i trémulo, cual rosa,
Que en tarde borrascosa
Ajita el huracan; la faz turbada
Tornas en derredor, como buscando
Inútil proteccion, las rubilantes
Pupilas apagadas se estravían
I miradas de espanto solo envían;
Como la luz siniestra del relámpago,
Que amedrenta i aterra,
Presajiando mil males a la tierra.

«Sí! mil males a tí, dulce Delina,
Mujer a quien en vano
Ornar quiso natura
Con jenerosa mano
De sus dones i encantos celestiales...
Un corazon te dió para que amaras,
Entendimiento claro
I ese conjunto raro
De beldad, de inocencia i de ternura...
Mas ¿qué eres para mí desde el momento
En que te mire a mi rival unida?
Ilusion fementida
De un bien que ya pasó, crudo tormento
Del corazon cuitado,
Que, en su amarga congoja,
En su viudedad triste, se asemeja
Al mortal, que, ofuscado
Por sus ciegos errores, abandona

De eterno porvenir bella esperanza,
I de la nada hácia el abismo horrendo,
Por senda de dolores,
Juzga que va lijero descendiendo.

«¿Dó está la que era el alma de mi vida?
Aun respira, en verdad, mas no le es dado,
Amarme i es un crímen que se acuerde
De su amante infeliz; si por ventura
Mi imájen se presenta a su memoria,
Como ilusion diabólica ella debe
Apartarla de sí; talvez un dia
Volveré a su presencia atormentado
De indómita pasion; i, cual espectro
Que el sepulcro abortó, sobrecojida
Sus ojos cerrará por no mirarme.
Si intentare acercarme,
Buscará amedrentada,
Por el instinto del deber guiada,
La proteccion del que llama su esposo:
I ese mortal odioso,
Solo feliz porque engañado vive,
La recibirá alegre entre sus brazos,
Formando en torno de ella dulces lazos,
Cadenas de diamante,
Que apercibió el destino
A un ser anjelical, a un ser divino.

*
* *

«Perdió el hombre la inocencia
I aun quedó a su amarga vida
De tanta dicha perdida
Un consuelo en la afliccion.

«Sale del májico Eden
Siervo el que era soberano,
Mas conduce por la mano
Un objeto encantador.

«El Dios misericordioso,
Al aplicarle el castigo,
Le dejó llevar consigo
La hermosa que le perdió.
«I en vano bajo su planta
Brotan espinas i abrojos,
Porque templa sus enojos
La sonrisa del amor.

«¿I yo, mas desventurado
Que el padre de los mortales,
Solo arrastraré mis males
En esta oscura mansion?
«Nó: que la muerte piadosa
Pondrá término a mi duelo.
¡La muerte es dulce consuelo
Cuando es inmenso el dolor!...

*
* *

«Muramos, dulce amiga! mas propicia
Ha de sernos la muerte,
Que en este mundo la contraria suerte.
Párese para siempre el jiro bello
De los lánguidos ojos, que algun dia,
Brillando de alegría,
Humedecidos ví: los lábios rojos
Pierdan súbito el bello colorido,
I no vibren jamas dulce sonido
Pues débiles e impios profanaron

La verdad santa, un falso juramento
Formando con ultraje
Del mas leal i profundo sentimiento;
I el corazon que un tiempo fuera mio
Cese ya de latir... Cuando en tu rostro
De mármol yerto i frio
Sus alas bata el ánjel de la muerte,
Tu desdichado amante vendrá a verte...
Sobre tu mano inmóvil,
Sobre tu frente pura,
Osculos de dolor i de ternura
Imprimiré i en el horror insano
Del funesto delirio
La muerte pondrá fin a mi martirio.
Que si el hado tirano
Rompió con férrea mano
El vínculo de amor que nos unia,
Pueda la helada, la solemne tumba
Unir tu alma ¡Delina! con la mia!»

*
* *

Sollozos interrumpieron
Mil veces esta lectura
Que una catástrofe augura,
I lágrimas se vertieron
De imponderable amargura.

Mas nadie sabe la suerte
De la jóven desgraciada
Que adentro está confinada,
Porque un silencio de muerte
Reina en aquella morada.

Solo de la triste noche
El pavor interrumpia
Voz de nocturno vijía,
O el rodado de algun coche
Que de la casa partia.

Las horas pasan en tanto,
I las jentes que allí estaban,
Mirándose con espanto,
En la salida buscaban
Un alivio a su quebranto.

Al salir ven a distancia
Los magníficos jardines,
Donde rosas i jazmines
Envian suave fragancia
Del salon a los confines.

Tiende la luna esplendente
Allí su májico velo,
Blanco sudario que el cielo
Prepara al alma inocente,
Que ha de abandonar el suelo.

Entre las hojas el viento
Forma lijero rüido,
Eco de un flébil jemido,
O de profundo lamento
Que exhala un pecho aflijido...

El marmóreo surtidor,
Con sus gotas de diamante
I su arrullo bullidor,
Es del llanto del dolor
Imájen fiel i constante.

I el pajarillo que un dia
Fué de Delina el encanto
Esta noche no dormia
I ensayaba triste canto
De tierna melancolía.

*
* *

Mudo el tiempo
Se desliza,
Del reloj cual leve arena,
I lo marca la honda pena
Con el sello del dolor.
Ya la muerte
Llega a prisa
I arrebata ¡suerte dura!
La inocencia, la hermosura,
Implacable en su rigor.

¿Qué es, o vida,
Tu mañana?
Flor de gracia i esplendores,
Cuyas galas i colores
Rompe fiera tempestad;
I en la tarde
Nebulosa,
Por el cierzo destrozada,
Yace mustia, deshojada,
Sin perfumes ni beldad.

¿Qué es la dicha?
Qué sus goces?
La esperanza seductora?
¡Ilusion engañadora!
Sombra vana de placer!

Iris bello
Refuljente
En la bóbeda del cielo,
Que de nube negro velo
Torna efímero su ser!...

***

Son las tres de la mañana:
En el desierto salon
Arde aun la iluminacion.
Tres veces una campana
Toca con pausado son.

Sobre la soberbia alfombra
Que aquel dia se ha estrenado,
Lijera, como una sombra,
Una persona ha pasado
Que nadie mira ni nombra...

La misma es que a la oracion
Llamaron con gran premura,
Para dar la bendicion
Al matrimonio; es el cura
Que lleva la Estremauncion.

Llega al lecho, vacilante,
I no puede comprender
Como se encuentra espirante
La novia bella, elegante,
Que miró al anochecer.

Pero recuerda su llanto,
Su indecision i su pena
Al formar el nudo santo,
La desazon i el quebranto
Que en él produjo la escena.

Voces de dulce consuelo
El ministro ha proferido:
Delina cobra el sentido
I alzando la vista al cielo
Dulcemente ha sonreido:

Cual si la eterna morada
Ante sus ojos se abriera,
I su vida desdichada
Quedase allí transformada
En ilusoria quimera;

Cual, si del fiero destino
Quebrantados los rigores,
En el regazo divino
Se le abriese ancho camino
De delicias i de amores.

Tan grata demostracion
De movimiento i de vida
Despertó en el corazon
De la esperanza perdida
La lisonjera ilusion.

¡La esperanza seductora
Cuyo fulgor esplendente
Nuestras ilusiones dora
I engaña el deseo ardiente
Con miraje encantadora!

Mas ¡ai! aquella sonrisa,
Lampo de fugaz consuelo,
Se torna leve, indecisa,
Como vaporoso velo
Que rompe lijera brisa.

Iba la madre i venia
En aquel crítico instante
Como ánjel de la agonía,
I las manos se torcia,
Destrozado el pecho amante.

Que en aquella horrible lucha
De esperanzas i temores
Es su desconfianza mucha
I una voz interna escucha
Que augura nuevos dolores.

El médico de la casa
Al terco padre alucina:
—«Merced a la medicina,
Dice, ya la crísis pasa:
Está salvada Delina.»—

Mas otro doctor, que siente
De mui diversa manera,
Oscureciendo la frente
Al Esculapio imprudente
Lanza mirada severa.

—«¿I a vos qué os dice la ciencia?»
Clama el padre mui erguido.
—«Señor, que es de omnipotencia
El golpe qué ha conmovido
Esta preciosa existencia;

«I no es posible la cura,
Pues de tan fiero martirio
Nada templa la amargura.
Pensad lo que en su delirio
Ha dicho esta criatura.

«El nombre que ha pronunciado
Con tan lamentable acento,
Ese papel que ha buscado,
Cuando por leve momento
El sentido ha recobrado? . . .

—«El nombre que ha proferido
Es romántica ficcion
De novelas que ha leido,
I no es menor ilusion
Ese papel que ha pedido.

—«Bien puede que su secreto
Ignoreis, pues el pudor
Unido con el respeto
Disimulan el amor
Con manejo mui discreto.

—«¡Bravo empeño de ocuparos
En lo que nada os importa!
—Si os ofenden mis reparos,
O pretendeis engañaros
O vuestra vista es mui corta.

—«Marcháos de aquí al instante,
No sufro vuestra presencia,
Un necio sois, un pedante....»
I.... un jemido penetrante
Disolvió la conferencia;

I la figura embosada
De un jóven apareció,
Que indefinible mirada
Fijó en Delina, i rompió
En risa desesperada;

Formando un cuadro de horror
En que adunados se vía
Con la angustiosa agonía
El delirio del amor
I la luz del nuevo dia....

*
* *

Hundió en el sepulcro frio
A Delina su dolor:
Que no pudo el albedrío
Resistir el poderío
De la elocuencia de amor.

Su desventurado amante,
En lastimosa demencia,
La amó siempre delirante,
I en los sepulcros errante
Finó su amarga existencia.

En tan sombría morada
Era a veces su consuelo,
Con delirante mirada
Buscar su prenda adorada
Entre los astros del cielo;

Otras con acerbo llanto
Su alma anhelosa imploraba
Un término a su quebranto,
Lleno de fé en el Dios santo,
Que su Delina adoraba.

Mas, como el árbol frondoso
Que hirió la segur impía,
Ernesto se consumia,
Ajado su rostro hermoso
Por incesante agonía.

El astro de los amores
Con débil menguante luz
Lo vió acabar sus dolores,
De una tumba entre las flores,
Al pié de una humilde cruz.

I la amistad oficiosa
Su cadáver colocó
Bajo aquella misma losa
Que cubrió la faz hermosa
De la que tanto le amó.

Las jentes que rodeaban
El cementerio decian
Que por la noche vagaban
Dos sombras, i que jemian
Sobre el sepulcro i se hablaban;

Pero que al venir la aurora,
Cual sube vapor lijero
Que el sol con sus rayos dora,
Del ave madrugadora
Se iban al canto primero.

Breves i amargos los dias
Fueron de la tierna madre;
En lentas melancolías
Sus violencias i falsías
Espió el bárbaro padre.

I viudo el novio viajó
Por apartadas rejiones;
A su patria no volvió,
Mas el tiempo disipó
Sus funestas impresiones.

A UNA ROSA.

SONETO.

Díme, Rosa jentil, ¿quién ha tejido
El rico terciopelo de tus hojas?
I el suave aroma que en el aire arrojas
¿Quién en tu puro cáliz ha vertido?

Ese rojo boton que se abre erguido,
Cuando de tus hechizos te despojas
I cerca del amante seno alojas,
Como madre feliz a hijo querido;

Díme ¿a quién debe el ser?—«A la natura»
Responde el hombre frio, i de su ciencia
Orgulloso, ni aun mira tu hermosura:

Mas, tú dices:—«de Dios la providencia
Fué quien me dió beldad, gracia i frescura;
Adorad del Señor la omnipotencia.»—

A LA MEMORIA

DE LA SEÑORA DOÑA M. C. DE O.

SONETO.

De juvenil edad en lo mas bello
Te arrebató la Parca cruda i fiera,
I el astro que guiaba tu carrera
Oscureció su fúljido destello.

Marcó el destino con infausto sello
La vida que dichosa ser debiera,
I fuiste cual la flor de la pradera
Que al cierzo dobla el delicado cuello.

Un efecto hirió tu alma, intenso i vivo,
El maternal regazo abandonaste,
Fascinada por májico atractivo....

Mas al pié del sepulcro te paraste
I, abrazando a la madre idolatrada,
Alzaste el vuelo a la eternal morada.

EN EL ALBUM

DE UNA HERMOSA BOLIVIANA.

Jamas hubiera pensado
Que habia negras estrellas,
Hasta que sus luces bellas
En tus ojos he mirado:
En ellos he contemplado
La divinal hermosura,
La modestia, la dulzura,
I el rayo de intelijencia,
Que de tu ser es la esencia
Noble, celestial i pura.

Éste era mi pensamiento
La última vez que te ví,
Cuando de tu labio oí
Un dulce i tímido acento:
Con amargo sentimiento
Escuché tu último adios,
I, al eco de aquella voz,
Recordó el alma aflijida,
De otra prenda la partida,
I en una pena hallé dos.

¿Por qné, divina Dolores,
Dejas hoi de Chile el suelo,
Con su cristalino cielo
I sus brisas i sus flores?
Caricias aquí i amores
Tierna amistad te propina,
Seductora peregrina,
Miéntras tú, cual bella rosa,
Esquivas la faz hermosa,
Dejando punzante espina.

Mas eres del noble esposo
Prenda, i es vano pensar
Que Chile haya de fijar
Un objeto tan precioso.
Lleve él su tesoro hermoso,
Guárdelo en su corazon,
Con delicia, con pasion;
Yo guardaré tu memoria,
Como una soñada gloria,
Como una grata ilusion.

A MI HIJA LUISA,

EN SUS DIAS.

SONETO.

Hoi es tu aniversario, hija querida,
I de tí ¡oh dura suerte! separada!
Soi planta por los cierzos destrozada,
De su flor mas hermosa dividida.

Jamas dia tan plácido en mi vida
Pasé léjos de tí, prenda adorada;
Así miro la lumbre deslustrada
I toda la natura entristecida. . . .

Pero tú vives, me amas, me deseas,
De tu padre recibes los abrazos,
I en tu esposo i tus hijos te recreas.

Mi corazon a tí con fuertes lazos
Se une; i aunque no beso tu faz pura,
Crece a par de la ausencia mi ternura.

FALSO PRESENTIMIENTO.

—«¿A dónde vais tan de prisa,
Señora, i tan de mañana?
Aun no suena la campana,
Que toca la primer misa.

—Déjame, niña, que vaya
Del Señor al templo santo:
Allá alivio mi quebranto
I mi corazon se esplaya.

—No comprendo, madre amada,
Tanto llorar i jemir:
¿Por qué gustais de vivir
Así al dolor entregada?

Talvez con ménos retiro
I mas varias distracciones
Vuestras negras reflexiones
Tomaran distinto jiro.

—No sabes, pobre inocente,
Los tristes secretos mios:
—Talvez sean desvaríos
De la acalorada mente.

—Ojalá! pero yo veo
Que de tu padre la ausencia
Se prolonga, i mi impaciencia
Es igual a mi deseo.

La inesperta juventud
Solo de esperanzas vive,
De ellas aliento recibe
En las pruebas la virtud:

Mas, cuando es la edad madura
La desgracia nos acosa,
Solo termina en la losa
De la vida la amargura.

—Tambien, madre, sufro i siento
Nuestro funesto revez;
Mas, fiad en Dios, que talvez
La pena traiga el contento.

¿Nó vísteis la nubecilla
Convertida en tempestad
Cubrir con su oscuridad
El ástro que puro brilla:

I que luego horas serenas
Tornan de apacible calma?
Pues así sucede al alma
Con sus terrores i penas;

Así el hálito divino,
Que aviva las mustias flores,
Adormece los dolores
I abre a la dicha el camino.

—¿Dónde hallas, hija querida,
Voces de tanto consuelo?
—Quizás me las manda el cielo,
Cuando oro por vos rendida.

—Pero ¿quién llama a la puerta,
Cuando aun no despunta el dia?
No abras ¡por Dios! hija mia
Que estoi temerosa i yerta....

I en mi niñez me decian
Que golpes tales como estos
Eran anuncios funestos
Que nunca se desmentian.

—Mas el golpe se renueva;
Oigo una voz conocida....
—Es una voz condolida!
¿Será esto alguna otra prueba?

—«*La puerta abridme, por Dios!*»
—Abro, no obedezco, madre.»—
I entra el adorado padre
Que las abraza a las dos.

A UN NIÑO

QUE MURIO EN EL INSTANTE DE NACER.

Del seno maternal sacarte quiso
La sábia Providencia,
Sin que el amargo cáliz de la vida
Probase tu inocencia;
I del oscuro seno de la nada,
Sin conocer los bienes ni los males,
Despiertas a delicias eternales.

A JOSÉ ROMERO,

EN EL DIA DE SUS EXEQUIAS. (13)

¿I tornará a sonar la lira mia,
Toda cubierta de luctuosos velos,
I subirá mi voz hasta los cielos,
Cuando siento en mi pecho la agonía?
¡Ah! no es posible, nó, que herida el alma
Perdió la dulce, la serena calma:
La vision seductora,
I la esperanza bella
De un porvenir de gloria
Como nube fugaz desaparece,
Miéntras el mar de la afliccion acrece,
I en funeral acento,
Apagada la voz ántes sonora,
Murmura el corazon triste lamento.

¿I aun debo yo cantar? El sacrificio
Lo exije la virtud, no el humo vago
De vanidad, ni adulacion rastrera:
En la hora postrimera

Del que modelo fué de patriotismo,
De humanidad i honor, el egoismo
Ceda a la admiracion i a la justicia.
Sobre la fria losa
De Romero una flor, pura, olorosa,
Como último tributo
Quiero arrojar, i temple mi amargura
El pensar que en su muerte
Le ha cobijado la felice suerte,
Que al justo guarda Dios allá en la altura.

Sí, sublime virtud, cantarte quiero,
I no en el héroe que empapó su acero
En la sangre del hombre,
Ni en aquel cuyo nombre
Eternizan los crímenes dorados
Con un falso esplendor, o cuya ciencia,
Ajena del deber i la conciencia,
Del pedestal de movediza arena,
Que le alzara el destino,
Presuroso al abismo se despeña;
Sino en el hombre honrado
De grande corazon, cuya existencia,
De muchas tempestades a la orilla,
Discurrió sin temor i sin mancilla.

Sí, que ya veo de un sepulcro en torno,
Al pueblo que se agolpa silencioso,
El semblante lloroso,
I de emocion i de respeto lleno;
Todo anuncia la pena, todo dice
Que perdió su alegría i su consuelo
I para recobrarle,
Implora la piedad del alto cielo.

Pero ¿a quién llora el pueblo? i por qué fija
Su vista en esa tumba,
I al lúgubre sonar de una campana,
Anheloso se afana
En mostrar su dolor? Sí, que se ha muerto
Su amigo verdadero, el que le amaba
Con afecto sincero,
Sin dejo de ambicion ni de egoismo;
I es ya cadáver yerto,
El que abrigó en su seno una alma bella,
Do la viva centella
De humanidad i compasion lucía,
Como en el firmamento
Luce la estrella que precede al dia.

Bajo el benigno influjo
De una era que anunciaba
La libertad de Chile, nació al mundo
El hombre a quien lloramos:
En su modesta cuna
No vertió la fortuna
Sns dones engañosos, ni el halago
De una alta posicion le cupo en suerte;
Mas le dotó natura
De clara despejada intelijencia
I corazon honrado,
Franco, alegre, animoso,
Sin fárrago de orgullo ni de ciencia,
Al bien de sus hermanos consagrado.
Instintos jenerosos preludiando
Desde su edad temprana,
Fué su destino siempre ser amado.

Jóven imberbe en su primer morada
Escuchó de las armas el ruido,
I en el rostro querido
Del protector que cobijó su infancia
Vió brillar el coraje, la arrogancia
De un heróico civismo.
La primera emocion que conmovia
El alma juvenil en aquel tiempo
De ilusiones i gloria,
Era un indefinible sentimiento
De plácida alegría,
Oyendo el estampido
Del cañon que atronaba
El aire, i que los triunfos anunciaba
De la Patria naciente,
Que, en su primer aurora,
Deidad omnipotente,
Era del corazon dulce señora.

Romero le escuchaba; sacro fuego
En su moreno rostro se encendia,
I a las armas corriendo,
Jenerosos ejemplos imitando,
Fué de entusiasmo lleno
Infante de la Patria;
Sirvióla con amor i con constancia
O'Higgins, Vial, Carrera,
Mil veces le mandaron
Al combate, a la muerte, a la victoria,
I padeció con gloria
De Rancagua en la escena lastimera.
El grande San Martin entre sus bravos
Le contó en Chacabuco;

I en el Cinco de Abril su sangre pura
Ofreciendo esforzado ante las aras
De la libertad santa,
Retocó su esplendor i su hermosura.

Pero, léjos de mí la cara imájen
Del siglo de oro de la patria amada;
De la dicha soñada
Se oscurece el camino,
I perdonad si canto sin concierto,
Que este dia llorar es mi destino.

Crisol de la virtud es la desgracia,
Mas ¡ai del que a los buenos ejercita
Con criminal audacia,
Saciando impune su insolente gusto,
Que venganza el delito al cielo grita,
I si el hombre perdona, Dios es justo!....

El sensible Romero
Atormentado fué i al fin postrero
De su avanzada vida
Una profunda herida
Su pecho laceró. Baldon injusto,
Ultraje inmerecido,
Cayó en el nombre de la casa ilustre,
Do vió la luz primera:
Oyólo referir sin verter llanto,
Muda dejó caer sobre la almohada
Su cabeza abrumada,
Por el dolor, indignacion i espanto....
¿Qué pensó ¡oh Dios! en el supremo instante?
No lo sé, nó, mi pluma no es bastante
A pintar su afliccion leal i profunda.

Minó hiel corrosiva
Su noble corazon.... sordos rumores
Circundaron su lecho de dolores
Sus ansias redoblando;
I en un aciago dia,
Rompiéndose su frájil estructura,
Su alma abandonó el mundo
I su cuerpo ocupó la sepultura.

Lloremos de la Parca el golpe fiero
Que arrebató a Romero,
Cuando el feliz invierno comenzaba
De su honrosa vejez. Padre afectuoso,
Respetado vivia
En su familia amada i era el norte
Del pueblo que sus canas presidia.
Fiel custodio del solio de la lei
Sus secretos guardaba
Miéntras con sus ejemplos enseñaba
El órden i el respeto, al pueblo, rei.
Pero él murió! la vívida centella
Que titilaba en su pupila ardiente
Por siempre se apagó, i el indijente
No verá correr de ella dulce llanto
De compasion i amor. Está desierta
De la cárcel la puerta,
I en vano el desgraciado, el inocente,
Exhalan su clamor; al compasivo
Corazon de Romero ya no alcanza:
Romero que prestaba atento oido,
Aun del culpable al mísero jemido,
I lleno de ternura i de induljencia
A la recta justicia
Un fallo le arrancaba de clemencia.

Decidlo, tristes reos, que a la vida,
Del cadalzo tornó, los hijos tiernos,
Las hermanas, las madres, las esposas,
Que imploraron llorosas
Su dulce compasion i que le hallaron
Sensible a su dolor, noble i humano,
Imájen espresiva
De la bondad del padre soberano.
¡Oh cuántas bendiciones
Se oyeron en su lecho de agonía!
Voces de santo perenal consuelo,
Acentos de dulcísima armonía
Que su alma acompañaron hasta al cielo.

Al tocar los umbrales
De la eternal morada,
Los Padres de la Patria venerandos
Afables al mirarle sonriyeron,
I los brazos le abrieron
Con amor inefable,
I entre sus sillas de oro le pusieron.

Ese ataud que encierra
Sus restos i su nombre i su memoria,
Son prendas siempre caras
Que con amor conservará la historia....
Pero ¡qué escucho, oh Dios!—su voz sonora
Resuena en mis oidos,
Que por nosotros el favor implora
Del Supremo Hacedor.—Mirad cual torna
La iluminada faz desde la altura,
I a mirar nos convida
La mansion eternal de luz i vida:

***

—«Aquí, dice, no impera
Del hombre la injusticia,
Su cetro la malicia
Quebranta en este puerto de salud;

«I el que un tiempo arrastraba
Ominosa cadena,
Aquí con faz serena
Respira de penosa esclavitud.

«Mirad esas moradas,
Que a su gloria esplendente
Crió el Omnipotente,
Inmensas en belleza i magnitud.

«I las verdes praderas,
Las cristalinas fuentes,
Las límpidas corrientes,
Donde refleja sempiterna luz.

«Colinas de esmeralda
Esmaltadas de flores,
I blancos esplendores
De una nieve de eterna pulcritud.

«¿Nó escuchais los cantares
En que absorta la mente
Se embriaga dulcemente
Alabando de Dios la escelsitud?

«Esta dicha en el mundo
No tiene voz ni nombre,
Ni apena alcanza el hombre]
Desde la tierra un rayo de su luz.

«¿Nó veis de la inocencia
La divinal sonrisa,
Cual perfumada brisa
Que exhala el puro olor de la virtud?

«Mirad los rostros bellos
Que nuestros ojos vieron,
De los que justos fueron
I hoi gozan de la eterna beatitud.

«La razon, que orgullosa
Llamó ciego al destino,
Vé en el fallo divino
La justicia en su eterna plenitud;

«I confundida adora,
Inclinando la frente,
Al Ser Omnipotente
Que premia al que marchó tras de la cruz.

«¡Ah, si del alma viérais
El gozo puro, intenso,
Que cual raudal inmenso,
Se llena de delicias i de luz!....

«Dejad, dulces hermanos,
Dejad la impura tierra,
Donde tan cruda guerra
Se hace hoi al sacro honor i rectitud.

«I donde cuanto existe
De noble i jeneroso
Con ridículo odioso
Arrastra el negro vicio al ataud.

«Buscad al Dios inmenso,
Seguid sus santas huellas,
I vívidas centellas
Surjirán de la via de salud.

«Amad la patria bella,
Amad al mundo entero,
Esplotad el venero
De amor que hai en el árbol de la cruz.

«Venid al fin conmigo
Al descanso del justo
Miéntras al mundo injusto,
Cubre el crímen con su hórrido capuz.»—

MI PATRIA. (14)

(en febrero de 1859.)

SONETO.

Con ojos lagrimosos busca en vano
La Patria una esperanza que la aliente:
Piérdese inútil su clamor doliente
I su gloria es despojo de un tirano....

El campo, la ciudad, el monte, el llano,
Cubre de sangre férvido torrente,
I el vértigo fatal que el alma siente
Lo comprime el terror con férrea mano....

¿I es esta aquella Patria que algun dia
El brazo de mil héroes rescatara
De la antigua, ominosa tiranía?

Ella es! mas ¡o dolor! quién lo pensara!
Yace postrada en mísera agonía
¡Profanada deidad sin culto ni ara!....

AL INDULTO

DE CUATRO REOS DE CONSPIRACION. (15)

SONETO.

Sonó la hora fatal: la horrible Muerte
Sus víctimas reclama despiadada,
Cuéntalas con su mano descarnada,
I apresta la guadaña al golpe fuerte.

Jime la compasion muda e inerte
Por la sorpresa i el dolor turbada,
En los reos contempla desolada
Inexorable el fallo de la suerte.

Resuena en tanto femenil jemido,
Que los buenos oyeron con delicia,
El jeneroso pecho conmovido.

Rompe su doble venda la justicia,
I, al pronunciarse el fallo de clemencia,
Respiran la virtud i la inocencia.

IMPRESIONES DE LA OPERA

A LA SEÑORA CLORINDA PANTANELLI.

¿Podré yo describir, Clorinda amable,
El encanto inefable
La halagüeña impresion que sintió el alma
Cuando te ví, te oí, la vez primera?
Tu hermosa faz bañada
De marcial espresion, jentil presencia,
De noble audacia sin igual modelo,
En Romeo admiré; dignidad grave
I persuasion süave,
Que anima el tierno amor con sus encantos.
Sí, Clorinda, te escucho embelesada....
Mas pronto el rostro bello
Despide de furor vivo destello
I en la tremenda espada,
En tu acento vibrante,
I vista centellante,
El ánjel del Eden me pareciste,
I hasta lo hondo del seno estremeciste.

Despues contemplas a la tierna amante,
Cuya faz delicada,
Antes triste i llorosa,
Ora se muestra alegre i cariñosa,
Abriendo dulce entrada
En su alma atormentada
A una dicha ilusoria i fementida:
Tu voz enternecida,
¡Cuál espresa de amor dulces afectos!
En tus brazos se inclina,
Cual lánguida violeta,
La aflijida Julieta;
I por darla consuelos,
Olvidas a su lado,
Los rigores del hado,
I, tus amargas penas i recelos.
Mas no olvidaré yo, Clorinda amable,
La celeste armonia,
Que tu arjentado acento producia,
Unido al de tu hermosa compañera,
En el *mio caro abraciami*
Ni las dulces profundas vibraciones
Que en éxtasis divino
Hacian palpitar los corazones.

¿Te seguiré yo en Norma atormentada
Por tus terribles celos? Una Diosa
De májico prestijio rodeada,
I llena de un poder casi divino,
Vivo emblema del jénio femenino,
Apareces primero; todo cede
A tu solemne voz, i los arcanos
Conoces del destino
I dictas sus decretos soberanos.

Mas ai! eres mujer i allá en tu seno
Oculto está el veneno
De una tierna pasion. Las confianzas
Recibes de la jóven Adalguisa,
I al oir sus palabras se despierta
En tí aquella funesta *rimembranza* (16)
Que jamas escuché sin que sintiera
Una emocion profunda.
—De Adalguisa el amante
Es Polion inconstante;
Norma lo sabe, i, con horrenda zaña,
Busca en los tiernos hijos la venganza:
En su ciego despecho
Apercibe el puñal, se acerca al lecho,
Mas a herirlos no alcanza
La mano maternal, i dulces besos
Se imprimen en los rostros infantiles
Que riega ardiente i abundoso llanto....
Acércase entre tanto
El término fatal;....yo no me siento
Capaz de describir lo inimitable.
Veo en la faz mudable sucederse
El ódio a la ternura, cual las olas
Del proceloso mar, ¡oh qué contraste!
Qué confusion de afectos,
De celos....de furor!....Cruda victoria
Logra al fin la virtud; i arrodillada
Cual víctima sublime, resignada,
Te declaras culpable.
Buscas la dicha en la terrible muerte,
I al apurar la copa de amargura
Es felice tu suerte,
Pues de Polion recobras la ternura.

¿I qué diré del *alma innamorata*,
De ese jemido tierno i melodioso,
Que eternizó de Donizetti el númen,
I si al vivo retrata
De un amor infeliz el desconsuelo
Parece unir la tierra con el cielo?
¿Quién, cual tú, lo cantó, dulce Clorinda?
¡Ai, cuán hondos suspiros
Arrancó al alma mia
La doliente agonía
De ese Edgardo muriendo en mi presencia,
¡I cuántos mas me arrancará su ausencia! (17)

Pero ¿cómo has podido,
Mujer inimitable,
Tan buena madre como buena esposa,
Representar la criminal consorte
De Belisario ilustre?—Así violentas
Las amables facciones
Con la torva espresion del ódio fiero
I la traicion odiosa?
Sin conocer el crímen,
Sin bajar al abismo,
Dí ¿quién te reveló el crudo tormento
Del sombrío, infernal remordimiento?
El jénio, ese poder indefinible,
Cuyo foco es el cielo, de do vienen
Nobles inspiraciones sobrehumanas,
Ese claro destello
Que nos lleva hácia Dios, pues nos revela
Las fuentes del sublime i de lo bello.
Él anima tu acento melodioso,
I ora la virtud cantes,

Ora el vicio simules,
Ora fiera amenaces,
O lisonjera adules,
Te enajene el dolor, o bien te anime
La plácida alegría,
Siempre inspiras profunda simpatía.

*
* *

¿Qué importa que en honda calma
Esté aletargada el alma,
Si al oir tu voz sonora,
Al ver tu faz seductora,
Se despierta el corazon?

Tú revelas los arcanos,
De los afectos humanos;
I la jóven inocente
Por tí los riesgos presiente
De un desacordado amor.

Si de una trájica historia
Borró la triste memoria
El tiempo con su poder,
Tú la hiciste aparecer,
Con su aspecto i su color.

Talvez el hábito apaga
La pasion que mas halaga;
Mas, por tí, la fiel esposa
Torna a mirar cariñosa,
Al que dió su fé i amor;

I cual májico sonido,
Que algun eco ha repetido
De dulcísima armonía,
Siente llena de alegría,
Que aun hai en su pecho ardor.

Tú infundes los sentimientos,
A merced de tus acentos;
I el alma contigo pena,
Se estravia i se enajena
Entre el gozo i el dolor.

* * *

Llena, Clorinda, tu mision divina,
Anime al mundo tu espresion sublime;
I si la humanidad o el amor jime,
Alza tu voz sonora i peregrina.

Ella quebrantará las almas duras,
Que cierra el interes i el egoismo,
I, por tí confundido, el crímen mismo,
Buscará de virtud las fuentes puras.

No mancille tu labio invencion fea
De corrompido gusto, canta al jénio,
Canta la virtud siempre, i el proscenio
Brillante luz al orbe culto sea.

En Chile será eterna la memoria:
De Clorinda i Teresa; (18) entrambos nombres,
Conservará la fama entre los hombres,
I el arte encantador que hizo su gloria,

A LA DISTINGUIDA CANTATRIZ

DOÑA TERESA ROSSI.

SONETO.

¿I te vas, cara Rossi! ¿así te alejas
Del pueblo, que respira por tu encanto?
De tu gracia, tu hechizo i dulce canto
La májica ilusion solo nos dejas?

Ya no resonarán las tristes quejas
De la sensible Aminta, el tierno llanto
No veré de Adalguisa, ni el espanto
De Julieta infeliz.....—Si te asemejas

Al ánjel por tu acento de dulzura,
Su condicion imita; no abandones
La amistad, que hoi apela a tu ternura.

Musa que divinizas las pasiones,
Quédate, que en tu voz celeste i pura
Solo hallo vida, encanto i emociones,

AL SUEÑO.

Ven, dulce sueño,
Calma un instante
De un pecho amant
La ansia crüel;
Con tus prestijios
Engañadores
Ven, mis dolores
A adormeçer.

Los ojos huye
Del venturoso,
Que Eden hermoso
De dichas vé;
Despierto goce
Benigna calma,
Embriague su alma
Grato placer.

La esposa vele
Junto al que adora,
I en feliz hora
Dormido vé;
Cabe la cuna
Del tierno infante
La madre amante
Vele tambien;

Pero, yo, trjste,
Que, en mi velada,
La suerte airada
Me dá su hiel,
I con memorias
Desgarradoras
Cuento las horas
Del padecer;

Duerma i descanse,
I el pensamiento
Se hunda un momento
En el no ser,
O halle mi mente
Las ilusorias,
Pasadas glorias
Que ántes gocé.

A UNA JOVEN RELIJIOSA

ENVIANDOLE UN REGALO.

Esa toca que te envio,
I que ha de cubrir tu frente
Va con el afecto mio;
Tambien ese negro velo,
Que, ocultando tus hechizos,
Los conserve para el cielo.

MARCHA,

Que cantan los relijiosos mercenarios de Chile.

CÓRO.

Alabanza tributa en los cielos
A María la anjélica voz;
Con el ánjel humildes cantemos:
¡Gloria, gloria a la Madre de Dios!

*
* *

Gloria a tí, Virjen pura i sin mancha,
Maravilla del Dios Uno i Trino,
Arca santa del Verbo Divino,
Madre augusta del dulce Jesus!
Salvadora con Dios de los hombres
I de gracia purísima llena,
Al romperse la antigua cadena
Madre nuestra te hiciste en la cruz.

A torrentes la sangre cristiana
El infiel Agareno vertia
I la Iglesia doliente jemia,
Viendo el triunfo del bárbaro audaz:
Pero Dios le depara en su auxilio
Numerosas, potentes lejiones,
I sus siervos tuvieron visiones
Misteriosas de dicha i de paz.

Si, que oyendo el amargo lamento
Que, a violenta opresion entregado,
El cristiano exhalaba angustiado,
Compasiva escuchaste su voz.
A librarlo bajaste del cielo,
Fiel Nolasco se rinde a tus votos,
El cautivo sus grillos ve rotos,
Por tí vuelve a su patria i su Dios.

De Pascual un tesoro en rescate
Ofrecieron los fieles cristianos,
I él, salvando a sus dulces hermanos,
En cadenas gozoso quedó.
Prisionero el ilustre Nonato
Predicaba con celo encendido,
I en su labio sellado i herido
Mas vibrante la voz resonó.

Nuevo mundo a la vida renace
Que en oscura tiniebla yacia;
Del plantel que en su suelo crecia
Mercenarios cultivan la miés.

Pero ¡o Dios! el infiel araucano,
De su error en el fiero delirio,
Les prepara glorias o martirio,
Cuya palma se rinde a tus piés.

A tí, Madre amorosa, invocamos,
Dulce fuente de gracia i consuelo,
Desterrados en árido suelo,
De la vida en la mísera lid.
Tus mercedes, divina Maria,
En tus hijos piadosa derrama;
Hoi llorosa la Iglesia te aclama
Triunfadora, potente Judit.

Clara nube del cielo mas bello,
Blanca estrella de luz suave i pura,
Fresca flor de fragante dulzura,
Complacencia del Rei Inmortal,
Fecundad nuestras almas, Señora,
Alumbradnos el triste camino,
I veamos el rostro divino,
De Jesus en la gloria eternal!

A UNA MADRE,

POETISA ANONIMA DE VALPARAISO. (19)

SONETO.

Tu voz oí, poetisa encantádora;
I aunque el hermoso rostro has escondido,
Al corazon regalas i al oido
Con la armonía de tu voz sonora.

A la luz apacible de la aurora,
I bajo enredaderas suspendido,
Ví oloroso pimpollo, enrojecido,
Que a las auras perfuma i enamora.

Así de la modestia al blanco velo
Se acoje la mujer, i es nuevo encanto
Su pudoroso, tímido recelo:

Mas no sufre la gloria olvido tanto;
I, pues la rosa ostenta ricas galas,
Despliegue el Jénio ya sus áureas alas.

A MI HIJA ELENA,

EN SU PARTIDA A NORTE-AMERICA.

SONETO.

¡Adios, hija del alma! adios, Elena!
Yo, por darte colmada la ventura,
Bebí dorado cáliz de amargura,
Uniendo a intenso goce, dura pena.

Parte, hija mia; de entusiasmo llena,
Admira de otro suelo la hermosura;
Goza feliz la conyugal ternura,
I aduérmate la paz dulce i serena.

Del hondo mar la tempestad airada
Huya léjos de tí, que asilo tiene
En mi angustiado pecho, i libre entrada.

I miéntras la esperanza me sostiene,
Piensa del caro esposo entre los brazos
Que tu madre formó tan dulces lazos.

¡ADIOS!

¡Al fin te llevas a lejana tierra
La prenda idolatrada de mi amor!
En la distancia que de mí te aparta
No olvides mi afliccion.

Veo cruzar por el océano inmenso
La nave que mí dicha me llevó,
I dos voces unísonas me dicen:
¡Adios, o madre, adios!

Cuando del hondo mar las turbias ondas
Se alcen embravecidas con fragor
Piensa que al cielo sube mi plegaria
Cual suave exhalacion.

I que aquel Ser, que el maternal cariño
A mi sensible pecho prodigó,
Otorgará a mis lágrimas i ruegos
Su grata bendicion.

Piensa que tu franqueza, tu alegría
I tu amistad i tu filial amor
Dulces necesidades son que apremian
Mi tierno corazon,

Al que, si no devuelves algun dia
La prenda que a tus votos acordó,
Dogal se tornará el florido lazo
Que mi mano tejió.

Piensa:. . . . pero tú ries, las señales
Se borran en tu rostro, del dolor;
Tienes tu cara madre, vas a ella,
Mereces mi perdon.

Tú la verás, la abrazarás gozoso
En deliciosos éxtasis de amor,
Tambien la abrazará mi dulce Elena,
I aquí la abrazo yo.

¡Ai! al pensar en tan feliz instante
El ardoroso llanto humedeció
Este papel, i en larga vena corre. . . .
¡Perdon, Beelen, perdon!

. . . Cuando al frente del Niágara sublime,
Lo mires lleno de sagrado horror,
Ora por mí con mi preciosa Elena,
Al cielo irá tu voz;

Que a vista de esa inmensa maravilla,
Monumento de la alta creacion,
Siente el alma del Dios Omnipotente
La gloria i esplendor. . . .

Pídele, porque al mundo todo envuelva
En el torrente de su puro amor
I que nuestros afectos eternice
En mas alta rejion.

Pide que de tu dicha el sentimiento,
Dulce, como de Dios grato perdon,
Conserve embalsamado entre virtudes,
Cual incorrupta flor.

Pídele que yo pueda en algun dia,
Llena de relijiosa inspiracion,
Unir a la armonía del torrente
La de mi humilde voz. . . .

Pídele que halagüeñas esperanzas
De la ausencia mitiguen el rigor. . . .
¡La esperanza que tornan mis desvelos
En pálida ilusion!

Perdona de mi verso el rudo acento,
Inarmónica voz del corazon;
Del jenio mismo las divinas alas
Entorpece el dolor:

Ni tiene el alma de amargura llena
Aliento libre, melodiosa voz,
Ni brota el arenal seco i ardiente
Fresca, olorosa flor . . . .

A WASHINGTON.

SONETO.

¡Númen de libertad, en paz i en guerra
Tipo del mas sublime patriotismo,
Que el poder recibiste de Dios mismo
De crear un Eden sobre la tierra!

¡Washington sin igual! Tu gloria encierra
La bondad, la virtud i el heroismo,
I por tí confundida, al hondo abismo
La opresion huye que tu nombre aterra.

Mas ¡qué veo! Tu sombra conturbada,
Al rumor de una guerra fratricida,
Lanza sobre la Patria una mirada;

I con voz poderosa conmovida
—«¡Union! dice, los hombres son hermanos,
¡Tambien acá en el cielo hai africanos!»—

CANTO A LA CARIDAD,

Con motivo de la inauguracion de la nueva Casa de María,

DEDICADO

A SU FUNDADOR EL SR. D. BLAS CAÑAS (20).

> I vendrá el estranjero i el huérfano que no tiene parte ni herencia entre vosotros, i comerá hasta saciarse, para que el Señor Dios te bendiga en todas las obras de tu mano.
>
> (DEUT. CAP. 14, V. 19)

Divina Caridad, foco esplendente
De inspiraciones nobles i grandiosas
Hiere mi fantasía, habla a mi mente,
Penetrénme tus llamas ardorosas.

Muéstrame tus prodijios, tus encantos,
Los milagros que operas en el alma
Cuando das a los héroes i los santos,
De gloria i de virtud la doble palma.

Dí, cómo del infante el triste lloro
Mitigas con tu plácida sonrisa;
Como de gozo viertes un tesoro,
En el albergue que tu planta pisa;

Dí como junto al lecho del doliente,
Pones un ánjel que le dé consuelo,
I que cierre sus ojos dulcemente,
Las moradas abriéndole del cielo;

Como en la alma estraviada a quien acosa
Del odio i del rencor la zaña impura
Tú difundes, cual aura deliciosa,
De plácida induljencia la ternura.

Como del infeliz encarcelado,
A quien tal vez aflije injusta pena,
Suavizas los rigores del mal hado
I esforzada quebrantas su cadena:

Dí como el abnegado misionero
Que abandona su patria i sus hogares
Afronta, cual impávido guerrero,
Los riesgos de la tierra i de los mares;

I, armado de la Cruz i del breviario,
Le vé el salvaje en su cabaña oscura
I penetra en el bosque solitario
I resuena su voz en la llanura.

Como en fin a la huérfana que vive
De la miseria en el horror profundo,
Sin guía, sin hogar, i le apercibe
Solo desden, indiferente el mundo,

Tú le enjugas al punto el triste llanto,
I abriéndole los brazos cariñosa,
Le das alivio en su fatal quebranto,
I aun escondes tu rostro ruborosa.

Díme, díme quién eres,
Espíritu de luz, esencia pura
De bondad i de amor, ¿De dó has venido?
¿Cuál tu oríjen ha sido?
¿Del fango impuro, en que sumido al hombre
Tiene el frio egoismo
Pudiste tú nacer? ¿Entre los sueños
De su insana ambicion i su codicia,
Pudo acaso el mortal hacerse dueño
De esa vena purísima que encierra
Tan inmensos tesoros,
Para la ingrata, la desnuda tierra?
Nó... jamas...; pero escucho,
Como a mi voz responde,
Con acento inefable,
La complaciente Caridad amable:

—«Yo nací en el Calvario,
Del pecho de Jesus, mártir divino
Por el hombre inmolado:
El con su sangre me trazó el camino
Que yo seguir debia,
Regado de amargura;
Empero lleno de una lumbre pura
Que al cielo vía recta conducia:
Cumpliendo la mision que el amor santo
De Jesus me legara,
He vivido en el mundo peregrina;
Mis delicias han sido,
La humildad, la pobreza,
La abnegacion profunda
I llena de valor i de firmeza
Alijerar los males,
Que aquejan a los míseros mortales.

«¡En cuántos nobles pechos
Que mil mundos valian he habitado!
Cuántos sublimes jenerosos hechos,
I grandes sacrificios he inspirado!
Saliendo de las rocas del Calvario,
Descendí a las oscuras catacumbas,
Aquellas vivas, animadas tumbas,
Que ménos de los mártires osario,
Eran, que augusto templo
Del Santo de los santos;
Morada de la paz dulce i fraterna
I de virtudes sin igual ejemplo.

«Torné a la luz del dia,
Respiré el aura libre,
I acompañé a la Iglesia en su alegría
Cuando rompiendo el duro cautiverio,
A sus plantas rindiera
Sus águilas triunfantes el imperio;
I con ella lloré, cuando empañado
Su lustre vió la Esposa del Cordero,
Al soplo emponzoñado,
Del espíritu artero
De error i de herejía
Que lazos por do quiera le tendia.

«Visité en el desierto
Al monje, que el sustento repartia
De la doctrina santa
Al jentil inesperto,
I en el trabajo i la oracion vivia,
Brotando el yermo, cual jardin fecundo,
Milagrosas virtudes en el mundo;

Miéntras que los Pastores
Guardaban del Señor la grei amada
I en nocturna velada,
Consignaban en libros inmortales,
La alta sabiduría,
Que reflejaba en su elevada mente
El estudio profundo
Con la plegaria ardiente;
I era yo quien guiaba
Sus pasos, i sus plumas inspiraba.

«Cubrió el error i el vicio
Con doble venda al hombre envilecido
Por el poder, el lujo i el deleite;
En su revuelto cáos la barbarie
Al fondo del abismo le arrastrara,
Cual cadáver inerte i aterido;
Mas, de nuevo vencido
Por el amor, del hondo precipicio
Aun lograra feliz rehabilitarse;
I luces i cultura
Le dió la cruz, i gratas armonías,
Que resonaban en el templo santo
Las noches i los dias.

«Admirado vió el orbe levantarse,
Al influjo divino
Del culto del Calvario i del Pesebre
I el afecto devoto de Maria,
La modesta mansion del peregrino,
La cuna del infante
I el hospicio del pobre mendigante;
La doncella cristiana asilo honroso

Tuvo, i su libertad halló el cautivo;
Las manos de los héroes levantaron
Hospital al leproso:
El triste arrepentido penitente
Pudo en la soledad verter su llanto:
I el huérfano inocente,
La viuda desvalida,
En la piedad del caballero hallaron
Proteccion valerosa i decidida.

«Habité los palacios,
I sometí a mis leyes
Los grandes i las reinas i los reyes;
I conquisté al pastor en la montaña,
Descendí a la cabaña,
I en un rincon oscuro,
Supe hallar de virtud el oro puro;
I al campo del guerrero
I al humilde taller del artesano
El perfume llegó de las virtudes,
De la gracia al influjo soberano.

«¡Ai! ¡Quién contar pudiera
De los hijos de Dios los bellos nombres,
Descendencia infinita,
Brillante cual las fúljidas estrellas! (21)
Las Elenas, las Bertas, las Clotildes,
Las sábias Margaritas,
Las piadosas Matildes,
Las nobles Isabeles;
«Los Luises, los Enriques, los Franciscos
Los Mattas, los Nolascos i los Neris;
Los Calazans, los Juan de Dios insignes,

Los Camilos de Lélis,
El compasivo i sábio Borromeo;
Sales cuya benévola dulzura
En el alma derrama lumbre pura;
De los Alpes los santos solitarios,
Anjeles del viajero,
En el nevado i aspero sendero;
Clavero, que a los siervos infelices
Consagra su existencia;
I Vicente de Paul, emblema vivo
De tierno amor i de constancia invicta.....
¡Quién enumerará sus beneficios,
Sus fatigas, sus goces i sus penas!
¿Del hondo mar quién cuenta las arenas?
Su memoria querida,
Que con respeto guardan las naciones,
Impresa está en los rectos corazones,
I grabada en el libro de la vida.

«¿Nó escuchas de Javier la voz sonora,
Que del Japon en las remotas playas,
De Dios enseña el nombre, a los que viven
En ciega idolatría;
I, ávido de las cruces i tormentos,
Ardiendo en amorosos sentimientos,
Las virtudes practica de Tobia?.....»

—Sí: ya la escucho, Caridad divina,
I veo que a sus últimas plegarias,
El Dios omnipotente,
Abre hoi mismo los puertos de la China (22)

I así se abrió en un tiempo
En opuestas rejiones
A los hijos de Dios un nuevo mundo;
El globo fué rotundo,
I tu soplo vivífico i süave,
O Caridad gloriosa,
Impele de Colon la frájil nave;
Siendo ella el instrumento,
Que lleva del Señor el pensamiento.

Ya la cruz sacrosanta se pasea
Entre la ignota jente:
I las falsas deidades,
Que imperaron del tiempo en las edades,
Aun mas que por la espada del guerrero,
Caen rotas i deshechas,
A la inspirada voz del misionero.

¿Qué corazon cristiano olvidar puede
Aquel Aubry, (23), patriarca del desierto,
Que en el pais de grandes cataratas,
I de lagos profundos,
Los confines tocando de dos mundos,
En heroica virtud resplandecia?
Sus manos mutiladas
Por hórrido martirio,
En las aras sagradas
A Dios el sacrificio le ofrecian
En el primer albor de la mañana;
Su choza era al albergue
Del viajero estraviado,

El idólatra ciego era ilustrado
Por su palabra santa,
I al fin lleno de méritos i de años,
Termina su carrera
Con heroica constancia recibiendo
De mano del salvaje muerte fiera:
I en el triunfo admirable
De su invicta paciencia
Aun el duro antropófago recela
De un estraño poder la oculta ciencia.
Soporta, Aubry, tu prueba, que algun dia
Tus nobles compatriotas,
Para gloria de Dios i de la Francia,
En la Nueva Arjelia
Tu ejemplo seguirán, i en la Oceanía.

En medio del furor de un odio ciego,
I a despecho de falsas prevenciones,
Cual sueño de hechiceras ilusiones,
Se conserva en el mundo la memoria
Consoladora i pura
De aquella edad de cándida inocencia
I poética dulzura
Que al Paraguai le dieron las misiones.

Las Casas inmortal, tu tierno pecho,
De compasion deshecho,
Al indíjena abriga, i tu alto nombre
Honra al hispano suelo,
I es desagravio de la cruel conquista.
I tu lo eres tambien, noble Solano,
Apóstol admirable,
Que con razon apellidó la fama

Sol del suelo peruano.
El fervoroso celo
De los Predicadores,
Los hijos de Nolasco i de Francisco,
Todos conquistan palmas en la tierra,
Que riegan que fecundan sus sudores.
La sangre del martirio
Las comarcas regó del Araucano;
I el virtuoso Valdivia (24),
Flor del plantel lucido de Loyola,
Busca en lejano suelo
Al miserable indíjena consuelo.

Salud, salud, o Caridad divina
Mensajera de paz i bienandanza,
Hermosa peregrina,
Redentora del mundo que yacia,
En sombra oscura i en tiniebla fria:
Tú por la Cruz imperas en el mundo,
I no hai remoto clima,
No hai ignorada jente,
Que tu espíritu libre no redima,
Que tu soplo purísimo no aliente.

La libertad, innata compañera
De la fraternidad i la justicia,
Alzó tambien triunfante su bandera,
I a su sombra feliz se cobijaron
La paz i la cultura,
Que son del porvenir la fuente pura:
Chile gozó sus bienes, sus encantos,
I tuvo hombres sensibles

De miras jenerosas
I matronas piadosas (25)
Que preludiando instituciones bellas,
Esparcieron benéficas centellas
De nueva luz i vida,
Para curar la llaga envejecida
Del mísero mortal. A su influencia
Las anjélicas hijas de Vicente
Pisaron nuestro suelo:
Tuvo luz la ignorancia,
Hospicio el pordiosero,
Ocupacion decente la vagancia,
Retiro el criminal cuya existencia
Compasiva respeta la justicia
I la madre indijente,
La jóven desgraciada... mas ¿qué digo!...
Sufria aun la humanidad doliente,
I un cuadro lastimero se presenta,
De época aun no remota ante mis ojos
Cual recuerdo confuso de mi mente:
Si el caso es peregrino, si es estraño,
No es ilusorio al ménos;
Escuchad, escuchad, que no me engaño.

En el recinto oscuro
De una humilde morada
Una infeliz mujer veo postrada
En su lecho de muerte,
Lamentando con lágrimas amargas,
Su desgraciada suerte:
Sobre una hija querida,

Tan bella como pobre i desvalida,
Tiene los ya apagados ojos fijos;
I a la dulce María
Esta plegaria en su afliccion envía:

—«Madre, le dice, del amor hermoso
I la santa esperanza,
Mira piadosa de una madre triste
El último dolor. La prenda cara,
Que compasivo Dios para el alivio
Me dió de mi viudez, hoi en el mundo,
Sin guía, sin amparo,
Queda: talvez la arrastre la miseria
De corrupcion al cenagal inmundo,
I sea la indijencia,
Escollo en que naufrague su inocencia.
Permite, Vírjen pura,
Que en este instante mismo,
Dejando ámbas la vida transitoria,
Vamos a bendecirte allá en la Gloria;
I que mujer alguna en su agonía,
Pruebe de hoi adelante la amargura,
Que mi alma desolada en este dia!...»—

Dijo, i cerró los ojos. La hija amante
La abraza con delirio; i de los lábios
Yertos de la que adora, el frio hielo,
Aspira de la muerte,
Fijando así su venturosa suerte.
Un ánjel del Empíreo
Sus almas introdujo en el alcázar

De la Reina del cielo;
Que de compasion llena,
Los votos va a cumplir de aquella madre
Que en la hora estremada,
De tanto horror i duelo
Humilde i confiada
Imploró su favor i su consuelo.

Inefable sonrisa,
Suave como la luz de la mañana
I del Eden la perfumada brisa,.
Se difundió por el hermoso rostro
De la madre de Dios pura i bendita:
Es un jóven levita,
Que ante su altar sagrado,
Orando, sus favores imploraba,
Puso la Vírjen los divinos ojos;
I una idea le inspira,
Tenaz, irresistible,
Que le ocupa, le halaga, le embelesa,
O talvez le contrista,
Como grave inquietud, fiera dolencia.
Salvar a la inocencia
Del imperio del vicio,
Es el blanco de todos sus anhelos:
Para tan árdua empresa
En vano faltan los humanos medios:
La caridad es injeniosa i fuerte;
I las obras de Dios entrañan todas
Un principio fecundo,
De actividad i vida
Que las hace admirables en el mundo.
Temores arrostrando,

Imposibles venciendo,
Se abre por fin la Casa de María:
I como al despuntar la bella aurora
Las tinieblas deshace
I los paisajes dora
Con su rosada lumbre,
Así de las riquezas que atesora,
La hermosa Caridad se hizo el asilo
De la inocente juvcntud que hoi dia,
Nos colma de esperanza i alegría.
¿Qué importa que una mísera cabaña
Abrigue la virtud, si Dios la mira,
I le dá sus preciosas bendiciones?
El que manda a los vientos,
I encierra en sus prisiones
Al terrible elemento,
Sabrá tambien mover los corazones.

Piadoso noble artista, (26) yo quisiera
Hablar de tí, mas temo que se alarme
Tu corazon humilde, enamorado
De la santa virtud i desprendido
De cuanto el mundo anhela;
Habla, tú, i complaciente me revela
Cual es ese secreto
Que ignora el mas sagaz, el mas discreto
De los hijos del siglo;
Dí ¿cómo en el despojo de tus bienes,
Pudo encontrar tu alma
En un mundo sensual i positivo,
Poderoso atractivo,
Dulce solaz, imperturbable calma?
Sí... lo comprendo, mas silencio guardo

I miéntras mas admira,
Mas goza el pecho dulces emociones,
I enternecido de placer suspira:
Perdona, Cicarelli, si te ofendo,
Voi a sellar el lábio,
Antes de hacer a tu modestia agravio:
De tan santas acciones,
La cándida frescura,
No debe marchitar la lengua humana
Ellas son cual la flor de la mañana,
Tiernas i delicadas,
Adornan el santuario,
I están al Dios eterno consagradas.
Empero, tú renuevas la memoria
De aquella edad dichosa
De la iglesia naciente, en que el cristiano,
Se desnudaba de la plata i oro,
Por lograr de los cielos el tesoro,
I aliviar las miserias de un hermano:
Yo te bendigo i bendecirte debe
Todo sensible corazon chileno:
I miéntras que tu nombre se eterniza,
Llevándolo la fama en raudo vuelo,
Con fraternal i plácida sonrisa
Te mira Balmaceda desde el cielo. (27)

Gozad, gozad, ilustres fundadores
De esta obra saludable,
Que la beneficencia os ha inspirado:
Tú, jóven sacérdote, en cuyas venas,
La sangre jenerosa
Corre de aquel Prelado, honor de Chile,
Que de los justos la mansion habita (28)

Esforzado le imita:
I pues su ardiente, su afectuoso celo,
En tu pecho revive,
I Dios los sacrificios galardona,
A seguir sus ejemplos te apercibe,
I a obtener en el cielo su corona.

I a vosotras, señoras ejemplares, (29)
Que olvidando del mundo los halagos,
La beldad la fortuna,
I la brillante cuna,
Estendeis vuestra mano al desvalido,
Le sonreís, le amais, en él mirando
La imájen de Jesus; los incentivos
Seguid de la piedad. El puro goce
De una compasion santa
Vuestras almas bellísimas encanta:
Gustadle aquí en los muros silenciosos
De esta nueva morada,
Por el fragante aroma
De tan grandes virtudes perfumada.
Mirad cual tornan sus llorosos ojos
Las hijas de María,
Hácia los protectores que abrigaron,
Su mísera horfandad, i las hicieron,
Castas i laboriosas,
Obedientes, humildes i piadosas.
Ved cómo agradecidas,
I hasta el fondo del alma conmovidas,
Al autor de los dones,
Demandan con ardor para vosotras,
Colmadas bendiciones.

Desde su excelso trono
La Vírjen casta i pura
El próspero suceso os asegura,
De este plantel lozano
Que riega vuestra mano,
I dará en lo futuro por tributos,
Mil sazonados i preciosos frutos.

En este bello dia
Bendecidnos, dulcísima María;
Bendecid a la patria idolatrada;
I al ilustre Prelado; que esta casa
Honra con su presencia,
En cuya frente pura resplandece
La piedad i la ciencia,
Bendecidlo tambien por sus virtudes
Su pastoral desvelo
I su noble, magnánima paciencia.....(30)

I tú, Caridad santa, amor sublime
De Dios i de los hombres, lazo estrecho
Que une la tierra al cielo,
Centella del espíritu divino,
Qne te abres en la tierra áureo camino,
I apesar del infierno,
Cumplirás los designios del Eterno;
Tú en el último dia,
Al justo llenarás de regocijo;
I el tormento prolijo,
Harás del corazon desapiadado,
Que por tus leyes suaves no se guia:
Tú vivirás eterna,

Pues que Dios es amor i amor inmenso:
Rota caerá la misteriosa venda
De la fé, a los divinos esplendores
De un lumbre eternal: la encantadora
Dulcísima esperanza,
Cual trasparente nube
Que rompe la aérea forma del querube,
Se deshará en la atmósfera brillante
De la mansion del Dios omnipotente;
Pero tú vivirás eternamente;
I cual inmenso rio
De perennal consuelo,
A los justos de todas las edades
I lenguas i naciones,
Inundarás los puros corazones
De inefables dulzuras,
Por una eternidad de eternidades.

HIMNO DE LA CASA DE MARIA (31)

Salve, Caridad santa:
Tu espíritu fecundo,
Alma i vida del mundo,
Inflame el corazon:
Postrados a las plantas
De la Virjen María
Pidámosle este dia,
Su dulce bendicion.

En la cruz reclinado,
Jesus, i en agonía,
A la dulce María
Un encargo dejó:
—«Del discípulo amado
Serás la madre, dijo;
El hombre será tu hijo
Que mi sangre lavó»—

Torna, Madre piadosa,
Tu blanda faz divina
A esta grei peregrina,
Que tuya se llamó,

Mira cuán fervorosa,
Leal i agradecida
Te consagra su vida,
Sus votos i su amor.

Proteje, Vírjen pura,
Con tu piedad inmensa,
La virtud indefensa,
Que en tí su asilo halló;
Derrama tu dulzura,
Sobre el alma inocente,
I haz que el tesoro aumente,
De humildad i candor.

Las puras oraciones,
De tus hijas amantes,
Consuelos incesantes,
Atraigan del Señor:
Tiernos sus corazones,
Socorran al doliente;
I alivio al indijente,
Le dén en su dolor.

Haz tú que por do quiera
Que las lleve el destino,
No olviden el camino
Que Jesus enseñó;
I que su vida entera,
De virtudes ejemplo,
Sea en el sacro templo,
Suave incienso de olor.

A ese Divino Infante,
Que tienes en los brazos,
Unenos con los lazos
De indisoluble amor;

Con deseo anhelante,
Sigámosle hasta el cielo,
Para gozar sin velo,
De su inmenso esplendor.

Haz de este grato asilo,
Dios de misericordia,
Morada de concordia,
Centro de paz i union;
Do el corazon tranquilo
Rejido por la gracia,
Conozca la eficacia
De tu celeste don.

Guarda, Pastor divino,
Las ovejas amadas
Que a tus piés congregadas
Imploran tu favor:
Unir a tí el destino
Es venturosa suerte;
I aun es dulce la muerte
Muriendo por tu amor.

Salve, Caridad santa:
Tu espíritu fecundo
Derrámese en el mundo,
Reine en el corazon.
La Virjen sacrosanta
Nos conceda este dia
De tan grande alegría
Su dulce bendicion.

A LA SRA. DOÑA

MARIA HENRIQUEZ DE TOLEDO

en la muerte de su hija Lucila, ahogada con su esposo en el rio Claro, en 1860.

¡Madre infeliz! esposa sin ventura!
¿Qué nuevo golpe de dolor ha herido,
Tu corazon, cual hórrido estampido
De un rayo, que despide nube oscura?

¿Por qué lloras sin fin? ¿por qué tu pecho
Henchido de afliccion doble palpita,
I sentido clamor el alma ajita,
Como en el mar el huracan deshecho?

Ah! la hija de tu amor, la compañera
En la viudez, la soledad i el llanto,
Tu lumbre, tu tesoro i dulce encanto
Acabó en flor su rápida carrera!

Una tregua tan solo, una esperanza
De grata paz, un íntimo consuelo,
A tu largo penar concedió el cielo,
¡Iris falaz de efímera bonanza!

Lazo de amor, que la virtud formara,
Guirnalda de azahar, de mirto i rosa,
Adornaron la frente de la hermosa,
Al maternal afecto prenda cara.

I al altar entre llanto i alegria
La llevas pudorosa i mui mas bella,
Que la benigna i amorosa estrella,
Cuyo esplendor anuncia el nuevo dia.

I venturosa fué; pero la ausencia
La arrebató a tus brazos cariñosos,
Sin que de amor los éxtasis dichosos
Mirases que encantaron su existencia.

Mas tú piensas en ella noche i dia,
La ves, la estrechas contra el seno amante
I cuadros de su dicha a cada instante
Te ofrece la risueña fantasía;

Que la felicidad de una hija amada
Es al sensible corazon materno
Primavera feliz tras crudo invierno,
Por brisas deliciosas perfumada.

A tí los caros votos se dirijen
De ámbos esposos con igual ternura,
A tí vuelan sus pasos con presura
Por tu pena tan solo ellos se aflijen;

Miéntras que, con misivas cariñosas
Que engañan del deseo la impaciencia,
Te revelan en tierna confidencia
De su vida las horas deleitosas.

Pero soplan las brisas placenteras
De la bella estacion de los amores,
Derramando en los campos gayas flores
I en el alma esperanzas lisonjeras.

I a tí tornan, mas pérfido elemento
Arrebata en su rápida carrera
La pareja querida ¡o suerte fiera!
Confundiendo sus almas i su aliento....

Diestro salvar pudiérase el esposo,
Pero no lo consiente su ternura,
I asido de su amada a la cintura,
Su vida le consagra jeneroso.

En vano la amistad i la inocencia
Lanzan con ellos su clamor doliente,
El rio como líquida serpiente
Los arrastra al abismo sin clemencia.

I se lleva entre su onda bullidora
Tu delicia, tu amor, tu dicha i vida
I Lucila al morir: «¡Madre querida!
Adios!» clama con voz desgarradora....

Adios, que, cual horrísono jemido
Los ecos de los valles repitieron,
I en sus alas los vientos lo trajeron,
Fieros a herir el maternal oido....

***

Llora, amiga infeliz, justo tributo
Es ese acerbo llanto a tanta pena....
Jamás tornaré a ver tu faz serena;
Eterno llevarás el negro luto!

Que del dolor materno la amargura
Estingue todo estraño sentimiento
I borra hasta la idea del contento,
Agotando del alma la frescura;

I los dias se pasan i los años,
Sin que lo que se amó se dé al olvido,
I los consuelos son vano rüido,
Los placeres hastío i desengaños.

Mas ¿qué es esto? ¡o sorpresa! allá en la altura
¿Ves esa nube blanca i trasparente
Que dibuja en su disco refuljente
La forma de una bella criatura?

¿I otra no ves que la sostiene amable
I otra aun que la toma entre sus brazos,
Formando en torno de ella dulces lazos,
Con afecto purísimo, inefable?

Es su padre amoroso: él la recibe
Con ósculo dulcísimo i süave;
¡Es siempre el infortunio la áurea llave
Que la dicha a los buenos apercibe!

I del destino adverso los rigores
I aun de la vida misma el sacrificio,
Se tornan del mortal en beneficio
En la esfera de eternos esplendores.

Pero se aclara el grupo peregrino,
I distinto aparece en el espacio,
De violado color i de topacio
Signo brillante, talisman divino;

Forma tiene de cruz, el sacro nombre
De Dios escrito lleva en letras de oro;
—«I este, dice tu esposo, es el tesoro
Que cura los dolores en el hombre.

«El es signo de amor i de victoria,
Bendice las angustias i la muerte,
La injusticia repara de la suerte
I de las penas borra la memoria.

«Para lograr un dia tu consuelo
Resígnate i espera, dulce esposa,
La vida es una prueba dolorosa,
La verdadera dicha está en el cielo!»—

TUS OJOS.

A la señora doña R. Reyes de Bello.

SONETO.

Bella es la flor, que en primavera hermosa
Deleita con su aroma i su frescura,
Bella es el agua de la fuente pura
Que forma de cristal línea graciosa;

Bella es la blanca luna esplendorosa,
Suave emblema de amor i de ternura,
Bella de la esperanza la dulzura
Al corazon que pena i no reposa:

Pero nada es mas bello, amiga mia,
Que tu mirar, cuando en opaco velo
Lo envuelve celestial melancolía.

Alza esos lindos ojos sin recelo,
I la dicha, la paz i la alegría,
Cual poderoso iman, traerás del cielo.

AL ILTMO. SENOR DON

RAFAEL V. VALDIVIESO, ARZOBISPO DE SANTIAGO,

A SU VUELTA DE ROMA EN 1861.

ODA.

Tornas, Pastor celoso,
Al blando seno de tu grei amada
I al prado deleitoso,
Donde ella contristada
Lloró un dia tu ausencia malhadada.

Huyó el nublado umbrío
Que el collado enlutó i el templo santo:
Paróse el ancho rio
Del angustioso llanto
I en gozo se tornó el fiero quebranto.

Brilla en el alto cielo
Nueva luz de esplendente, suave llama,
Que en divinal consuelo
El corazon inflama,
I por el pueblo todo se derrama.

Con placer delicioso
Dilátase hoi el pecho enternecido;
El cuidado enojoso
Huye, cual aterido
Invierno, por el rubio sol vencido.

Ostentan gayas flores
A tu paso una alegre primavera,
Bálsamicos olores
Suben a la alta esfera,
Derramados en aura placentera.

De caridad hermosa
Nuevo rayo de luz brilla en tu frente,
Que la faz amorosa
Te imprimió dulcemente
Del Vicario del Dios Omnipotente.

I la fé incontrastable
Con que el mártir obtiene noble palma,
Ejida impenetrable
Que fortifica el alma,
A tu semblante da celeste calma.

Gozoso te saluda
Ebrio de amor, tu pueblo entusiasmado.....
¡No haya una lengua muda,
Para el Pastor amado,
Ni un corazon indiferente, helado!

Veo un ánjel divino
Mostrándonos en larga lontananza
Un iris peregrino,
Símbolo de esperanza
I de alma paz que la virtud alcanza.

I el que es tres veces Santo,
Desde su eterno asiento allá en la altura
Al justo enjuga el llanto,
I con blanda ternura
Su corazon alienta i asegura.

Pasa la negra nube
Del error a la faz del Dios potente,
Humíllase el querube
I del hombre la mente
Sus decretos adora reverente.

Vencer por la justicia
I el amor, es veráz sólida, gloria,
I al romper la malicia
Su miraje ilusoria,
Brilla ilesa del justo la memoria.

Goza, Pastor amado,
Tantas nobles i puras emociones;
De virtud coronado,
Reina en los corazones,
I colmános de dulces bendiciones.

AL MISMO.

SONETO.

Brilla como la luz de la mañana
Tu virtud: de la vida en los azares,
Como la roca en medio de los mares,
Resiste del turbion la furia vana.

De piedad tipo fué tu edad temprana;
I, orgullo de tu patria i de tus lares,
Víctima te ofreciste en los altares
Que bendijo la mano soberana.

La noble fortaleza, el santo celo
Que armoniza el deber con la dulzura,
Dotes son que no en valde te dió el cielo.

Tu caridad, tu ciencia i tu fé pura,
De tu amorosa grei luz i consuelo,
Gloria dan a la Iglesia en su amargura.

A S. E. EL SEÑOR

DON JOSÉ JOAQUIN PEREZ, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE CHILE.

ODA.

¿Pudo lucir el suspirado dia
De gozo, de solaz i de esperanza,
I el íris bendecir de la bonanza
El corazon henchido de alegría?
Sí, que llegó el instante
De plácido consuelo,
En que benigno el cielo
Nueva luz nos concede, nueva estrella
Que un esplendor purísimo destella.

Huyó la tempestad; los aquilones
Templaron ya de su hórrida fiereza
El ímpetu tenaz; naturaleza
Saluda con dulcísimas canciones
Nuestro *sol de Setiembre*
Graciosa mensajera
De dicha duradera,
Blando beso de paz hoi nos imprime,
I enjuga el llanto al que aprimido jime.

Respira el corazon alborozado
Mil felices augurios presintiendo,
I a gratas emociones reuniendo
Recuerdos de la gloria del pasado;
Porque huyó el tiempo infausto
En que discordia fiera
Encendió impía hoguera,
I al vértigo fatal de un odio insano
Se derramó la sangre del hermano.

¿Nó escuchais en el aire perfumado
La voz de una nacion libre que aclama
A Perez por su jefe i que le llama
Patriota jeneroso? ¡Nombre amado,
Que su dicha asegura
I el reinado levanta
De le justicia santa,
Donde la lei impere denodada
I salve ¡ai! a la patria idolatrada!

Oid, oid el eco que resuena
En los oscuros antros donde jimen
Las virtudes revueltas con el crímen
Ajitando su mísera cadena;
Allí con nuevo aliento
Ven despuntar la aurora
Que señala la hora
De redencion, tornando al aura pura
De libertad, de paz i de ventura.

Tras el undoso mar i en las rejiones
Del antártico polo, entre los hielos,
Miradas mil se tornan a los cielos
I a la patria feliz mil corazones,

Porque apareció el dia
De suspirada calma,
En que respire el alma
Del proscrito, tornándose al reposo
De sus hogares, en su suelo hermoso.

Rompiendo la cortina de los cielos
I entre nubes de nácar i de rosas,
Se levantan las sombras luminosas
De los nobles patriotas, tus abuelos.
Con espresion solemne
Afables te bendicen
I de consuno dicen:
—«Salva esta dulce Patria que aun amamos,
Guarda la libertad que conquistamos.»—

I tú, Patria dichosa, alza la frente,
Bañada en lumbre plácida i serena,
Ya que, de gozo i de entusiasmo llena,
Cumples tu voluntad omnipotente;
I al digno ciudadano,
Que cura tus dolores,
Abre senda de flores;
Del pasado finó la cruda historia,
Perez será el custodio de tu gloria.

A MI HIJA CÁROLINA.

SONETO.

Del tronco mutilado de mi vida
Un vástago florido se desprende
I opaco velo al porvenir se estiende
Que no puede romper mi alma aflijida....

Engañada pensé, o hija querida,
Que como tierna vid que a otro árbol pende,
O pura llama que otro fuego enciende,
Conmigo vivirías siempre unida....

Mas eres, Carolina, venturosa
I absorta en el objeto mas amable
Entre virtud i amor tu alma reposa.

Goza del solo bien que hai envidiable,
I ese cuadro risueño de ventura
Temple de mi dolor el amargura.

A LA PURISIMA CONCEPCION (32)

¿Qué voz de celestiales armonías
Sale del templo augusto,
I qué torrente inmenso de alegrías,
Se desprende del cielo,
Inundando en dulcísimo consuelo,
La Iglesia universal? El Padre Santo
Torna en júbilo el mísero quebranto
I une la Iglesia toda,
En este grande i memorable dia,
En que con pio celo,
Juntos la tierra i el cielo,
Proclaman las grandezas de María.

Ya veo alzarse la benigna estrella
De la mañana, nuevos esplendores
Vertiendo en su purísimo destello;
La sonrosada aurora,
Rasga el velo de nubes con que encubre
Su atmósfera dorada,
Con celajes de nácar esmaltada;
El magnífico sol su lumbre ardiente,

Derrama en la natura;
I a toda criatura,
Insensible o viviente
Despierta del reposo de la noche,
Para que todo en tan hermoso dia
Celebre las grandezas de María.

María, la humildísima doncella
De Nazaret, la hermosa, la escojida,
Sin mancha de pecado concebida,
Para ser templo vivo
De la alta Trinidad, Hija del Padre
I Esposa regalada
Del Consolador Santo;
Tú del mundo enjugaste el triste llanto
I Eva mui mas hermosa, mui mas pura
Al nuevo Adan concibes
I el inefable bien nos apercibes,
Que la vida eternal nos asegura.

Eres arca divina
Que en el naufrajio universal guardaste
La virtud i la gracia peregrina,
Tabernáculo excelso, do reside
La majestad de un Dios; erguida palma
Que habitas el desierto silencioso,
I fruto delicioso
Produces, que da luz i vida al alma.
Eres huerto sellado,
Jardin lleno de flores,
Que embriaga con suavísimos olores,
Por la mano del hombre no tocado
I solo del Eterno cultivado,

Donde una fuente pura,
Resalta hasta la altura,
De la eterna rejion: impenetrable
Muro de fortaleza, que no asalta
La culpa ni el error, hija del cielo.
Aun mas que de la tierra:
Tú al dragon infernal haces la guerra
I oprimes su fierísima garganta
Con tu inocente planta,
Sin que dejára en ella
Ninguna impnra huella,
Ninguna mancha odiosa,
Su ponzoña alevosa;
I al abismo profundo
Le arrojas con tu mano poderosa,
Rejenerando por Jesus al mundo.

¡Oh! millares de veces bendecida
La que nos dió la vida
En el dulce Jesus, aquella excelsa
Vírjen de las naciones suspirada
En la doliente espectacion que el curso
Duró de tantos siglos,
Cuando la humanidad jimiera atada
Al carro del error i conocida
No era la lei de amor, ni la armonía
Con que con estrecho lazo el orbe todo
La luz de la verdad unir debia.

La Iglesia militante,
Hoi se une a la triunfante,
I te proclama santa, inmaculada,
En tu Concepcion pura, venerada

Por los santos Doctores,
De todos conocida,
Como firme verdad, misterio amable,
Dogma de la razon i el sentimiento,
Culto privilejiado
De los siglos cristianos, que hoi consagra
La fé con su luz pura,
I tu alta proteccion nos asegura.

Mas se abre el sacro templo, i la grandeza
Se admira de la pompa con que honrarte
Quiere la Iglesia toda en este dia.
Ya el sacrificio augusto
Se ofrece del Cordero inmaculado,
I entre las nubes del oloroso incienso
Se eleva un ruego fervoroso, ardiente,
Hasta el excelso trono
De la alta Majestad omnipotente.....
Veo rasgarse el velo
Que cubre los misterios del empíreo
I a la Vírjen purísima llevada
Entre doradas trasparentes nubes
Rodeada de hermosísimos querubes,
De fúljidas estrellas coronada,
De luna i sol vestida,
I de cielos i tierra bendecida.
Los Patriarcas la admiran silenciosos;
Los Profetas, que en místicas visiones,
Presintieron sus glorias
Reverentes acatan sus victorias.
Los Apóstoles santos,
De sus amargas penas i quebrantos
Testigos en su vida transitoria,
Hoi aquella memoria

Renuevan admirados,
I en piélago insondable de dulzuras
La contemplan pasmados.
Las vírjenes la ofrecen sus coronas,
Los mártires sus palmas inmortales,
I toda criatura
Anjélica i humana
La proclama su reina soberana.
I aun percibe el oído,
Por millares de voces repetido,
En los inmensos ámbitos del cielo,
El nombre de Maria,
Con inefable acento de alegría:
Ya los sacros querubes,
Pulsan sus arpas de oro,
I un cántico sonoro,
De paz i de victoria
Resuena en el alcázar de la gloria:

—«Salve reina escojida.
Toda de gracia i dulzura llena,
Blanca estrella del mar pura i serena,
María sin pecado concebida.

Salve, hija del Eterno,
Maravilla de la alta Intelijencia,
Sublime emanacion de su clemencia,
Que el poder humillaste del averno.

Salve, Madre mas pura
Que el lirio de los valles arjentado,
Tú llevas en tu seno inmaculado,
A Jesus, sol divino de hermosura.

Salve, Esposa querida
Del Sacrosanto Espíritu ara i templo,
Madre Vírjen, prodijio sin ejemplo,
Fresca rosa entre espinas elejida.

Salve, Mujer divina,
Bendecida entre todas las naciones,
Por tí suspiran las jeneraciones,
Belleza celestial i peregrina.

Salve, dulce consuelo
Del triste, del enfermo i oprimido,
Tú eres del pecador arrepentido,
La senda que conduce para el cielo.

Salve, por siempre hermosa,
Suave, clemente, sin igual María;
Tu perennal consuelo al mundo envía,
¡O Madre de la gracia portentosa!»—

***

Pero a la voz del celestial concierto
Se une un dulce jemido,
Un suspiro profundo
Que se exhala del mundo
Cual vaporosa nube del desierto;
Es la oracion del justo,
Llama brillante, perfumada i pura
Que sube hasta la altura
En alas de mil ánjeles llevada
A los piés de María Inmaculada:
—«Sí, Madre de piedades,
Torna tu rostro celestial i mira

La Iglesia del Señor: oye cual rujen
Las fieras tempestades
Que amenazan hundir en los abismos
De sus ondas impuras
Las mas altas virtudes, aflijiendo
Con dura prueba la constancia invicta
Del Pontífice Santo,
Que dirije la nave misteriosa,
En una mar airada i procelosa.
Conjura la tormenta
¡O benéfica estrella de los mares!
Sálvanos del horrendo precipicio,
I no permitas que el error i el vicio,
Sacrílegos profanen tus altares.

«Prospere la virtud, a la influencia
De tu devocion santa
Como fecunda planta;
I reanima la pálida centella
De ese fuego sagrado
Que el divino Jesus trajo del cielo
I hoi convierte en cenizas
El egoismo con su soplo helado.
De la esposa inocente,
De la madre aflijida
La plegaria escucha enternecida,
Si tu favor implora
Por el alma i la vida del que adora....

«Mira, dulce María,
Como la guerra impía, (33)
Armada de sus furias, inclemente
Arrasa toda jente,

I en tan inmensos males,
Corre la sangre, la inocencia jime,
I lágrimas se vierten a raudales.
Sé tú el iris de paz, o Vírjen bella;
Con tu aliento divino
Calma el ciego furor de las pasiones,
E inspira en los humanos corazones
El fraternal amor, la relijiosa
Veneracion, por todo lo que es santo:
Conviértenos en gozo el triste llanto,
I alcánzanos piadosa
Del Dios Omnipotente
Para todos los pueblos i naciones
El reino de la paz i la justicia
I un tesoro de gratas bendiciones.»—

***

Cesó la voz de la plegaria amante
I un celaje brillante
Se desprende, que rápido ilumina
Nuestro planeta oscuro,
Mostrándonos la imájen peregrina
De la dulce María,
Que, en tan solemne dia,
Por el orbe cristiano se pasea,
Madre amorosa i tierna
Signo de paz i alianza sempiterna.
I el cántico sonoro
El himno de alegría
Que resuena por ambos hemisferios,
En concertado coro
Repito el eco de la patria mia.

AL ILTMO. SEÑOR

DON IGNACIO CIENFUEGOS.

SONETO.

De aquella relijion pura i divina
Que al esclavo le abrió puerta sagrada
Fuiste ornato, Cienfuegos, ilustrada
Tu mente con su lumbre peregrina.

En tu senda de honor la cruda espina
Brotó del infortunio, i mas osada
Tu alma grande se alzara alborozada
Al blanco a que la suerte la encamina.

Tu alto civismo i clara intelijencia,
Tu libre voz, tu pastoral desvelo
Tesoros eran de virtud i ciencia.

Dios i la libertad fueron tu anhelo,
I al terminar tu plácida existencia
El Anjel de la Patria te abrió el cielo.

A LA SEPULTURA

del Iltmo. señor don Manuel Vicuña, primer arzobispo de la Iglesia chilena.

SONETO.

Yace bajo esta losa muda i fria
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grei solitaria, noche i dia.

La tierna Magdalena así jemía,
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesus, i tal era su quebranto
Que la divina voz desconocía....

Cumplióse aquí la lei de la natura:
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura:

Mas, si ráuda se eleva hácia la Gloria
El alma eterna, refuljente i pura,
¿Dónde está de la Muerte la victoria?

A MANUEL RODRIGUEZ,

EN LA INAUGURACION DE SU MONUMENTO.

La gloria i el pesar hoi se dividen
El corazon i el alma del patriota
I vibra el aire una doliente nota,
Eco eternal de inestinguible amor.
Rodriguez inmortal, los nobles hijos
De aquellos que salvaste con tu arrojo
Hoi visitan tu mísero despojo
I lágrimas te ofrecen de dolor.

Un dia lanzó Chile hondo jemido
Que resonó en tu pecho jeneroso
I de Maipo en el campo polvoroso
El casco resonó de tu corcel.
Muerte fué tu divisa. La victoria,
Mirándote amorosa i condolida,
Trocar no pudo el signo de tu vida
I te ciñó fatídico laurel.

Desparecíste. . . ¡O Dios! pasion traidora
Te dió muerte alevosa i simulada. . .
En silencio por tí la Patria amada
No cesó largos años de jemir.
¡O memoria de duelo i de amargura!
¡Mengua que no redime inútil lloro!
¡O de cuánta virtud rico tesoro
Arrebatado en flor al porvenir!

Caiga el sombrío velo del olvido
Sobre este cuadro de dolor profundo,
I tiemble el héroe, aunque le admire el mundo,
Si un crímen ha manchado su blason....
Mas tú, Rodriguez, vive glorioso,
Que en este suelo donde mártir fuiste
A tu alto nombre, a tu recuerdo triste
Un santuario ha erijido el corazon.

A UNA AMIGA.

SONETO.

No siempre es el amor el niño ciego
De pérfidas, malignas intenciones,
Que clava en los humanos corazones
Arpon ardiente con burlesco juego;

Si turba de las almas el sosiego,
Tambien crea hechiceras ilusiones;
I, sensible a sus propias impresiones,
Piadoso del amante escucha el ruego.

Tú lo sabes, Mercedes; tu hermosura
Encendió la pasion fiel i constante,
Que ha formado tu gloria i tu ventura;

Eres felíz esposa, madre amante,
I en tu inspirada faz i noble frente
La virtud imprimió sello esplendente.

A DON MANUEL URRÉJOLA,

EN SU PARTIDA PARA ESPAÑA.

SONETO.

No la antigua amistad mi musa inspira,
Urréjola; que solo en la premura,
Te conocí de la partida dura,
I espontánea por tí sonó mi lira.

Talvez un caminante al paso admira
De solitaria fuente la hermosura,
I al ver de su cristal la linfa pura
La bendice i dejándola suspira.

Así te contemplé en aquel momento,
En que un amigo caro ante mis ojos
Te ofreció entre emociones de contento.

Mas tú partes, llevando por despojos
De todos el amor, i su honda pena
Mi alma te envia de ternura llena.

EL ARROYUELO.

Agua que veloz vuelcas
Tus líquidos cristales,
Llévate entre tus ondas
Mis amargos pesares.
Huye, i al mar undoso
Corre a precipitarte;
Huye i jamas me traigas
La idea de mis males.
Agua, que, en tu inconstancia,
De la vida la imájen
Cada instante me ofreces,
Puedas tú consolarme.
I así como yo he visto
Tu cristal enturbiarse
I en lodo convertidas
Tus perlas mas brillantes;
Así como en mi pecho
Nacen las tempestades
I mis dichas mas puras
Se tornan presto en males;

Pueda yo en algun dia
Ver tu faz serenarse
I que en mi triste pecho
La dulce paz renace.
Cuando tu clara linfa
Con su frescura halague
Las revolantes auras
I las flores del valle;
Cuando el destino fiero
De mi camino aparte
Las punzantes espinas,
Los tétricos pesares;
Entónces sin cuidados
Vendré yo a contemplarte
I a gozar tus delicias
En la apacible tarde.
I, aspirando el aroma
De tu florida márjen,
Tu límpida corriente,
Tu cristal ondulante
Que por el prado forma
Graciosas espirales,
Admiraré gozosa
Con sonrisa süave,
I te llamaré hermoso,
Mas que los anchos mares,
Consuelo de los tristes,
Delicia de este valle.

A R.

Te ví, i voi a dejarte....
  Tu claro injenio,
Tus gracias, tu dulzura
  Olvidar debo.
¡Es pena amarga
Acertar con la dicha
  I no gozarla!

Mas el recuerdo grato
  De tu cariño
Guardo para consuelo
  Del pecho mio.
Niña preciosa,
¿Me borrarás mui presto
  De tu memoria?

AL SEÑOR DON

VENTURA BLANCO ENCALADA.

SONETO.

Bella como la aurora esplendorosa
I en el primer albor de la inocencia,
La que embeleso fué de tu existencia
Te arrebató la suerte rigurosa...

¿Dó están ahora aquella faz graciosa,
Ojos divinos i jentil presencia?
Solo una imájen muda, una apariencia
El pincel te dejó de tu hija hermosa...

Dió al mundo desdeñosa una mirada
Luisa, i dejando los mortuorios velos
Ocupó de los justos la morada.

Mensajera de paz i de consuelos,
Ella abre a la familia idolatrada
El magnífico alcázar de los cielos.

LA ANUNCIACION.

De rodillas la Vírjen María
I cubierta de cándido velo,
En su estancia elevaba hasta el cielo
Fervoroso i sentido clamor.

Ella piensa en el mundo infelice,
Que, aherrojado en gravosa cadena,
De la culpa primera la pena
Paga ciego en tinieblas de horror.

Exhalando suspiros ardientes
A Jehováh sus plegarias dirije
I, en la pena que el alma le aflije,
Esta voz de su labio salió:

—«Rasga, o cielo, la nube cargada,
I descienda el rocío fecundo,
Brote el lirio en el valle profundo,
Derramando balsámico olor.

«Venga el Justo, i el orbe oprimido
Rompa ya su prision ominosa,
I levante su frente radiosa
La virtud, so la lei del amor.

«Ese sello de antigua impureza,
Que del hombre amancilla la frente,
Borra, o Dios, con tu diestra potente,
Al influjo de un dulce perdon.»—

De improviso la estancia se llena
De una luz esplendente i divina,
I celeste vision peregrina
A la santa doncella turbó.

Vió de un ánjel la faz inspirada
Majestuosa brillar i serena,
En su mano la blanca azucena,
Puro emblema de gracia i candor.

—«¡Dios te salve, divina María!
Dice el ánjel, tú tienes la gracia
Del Señor, i, a su santa eficacia,
Serás madre del Dios Redentor.

«I hollarás con tu planta inocente
Del dragon infernal la malicia;
En tí el cielo tendrá su delicia
I la tierra su gloria i su honor.»—

Pudorosa la humilde doncella
Que de vírjen consiente blasones,
De Dios mismo rehusa los dones,
Fiel al voto que un dia ofreció;

Mas Gabriel le replica: —«No temas,
Del Señor la potencia esforzada
Te cubrió con su sombra sagrada,
Serás Vírjen, i Madre de Dios.»—

Un raudal de inefable consuelo
Rebosó de María en el alma,
Aura suave que mece la palma
I sus ramos flexibles rindió.

—«Sierva soi del Señor i consiento,
Cúmplase su mandato divino. . . »—
Dijo.—El orbe cambió su destino
I el Dios Hombre en su seno habitó.

Resonaron los orbes celestes
Con armónicas, nuevas canciones
I descienden del cielo lejiones
De los ánjeles puros de Dios.

Se estremecen las altas montañas,
Se conmueven los valles profundos,
La esperanza visita a los mundos,
Al mirar el prodijio de amor.

De los justos las almas perciben
Dulce calma, alegría divina,
A los limbos un astro ilumina
I el infierno retiembla de horror.

Del esclavo infeliz, del cautivo
Se alijera pesada cadena,
I de súbito al triste enajena
Suave llama de plácido ardor.

Saludemos al mundo felice
I clamemos con nueva alegría:
—¡Dios te salve, divina María,
Madre santa del Dios Salvador!

Toda el alma te damos gozosos
A tí, fuente de dulce consuelo:
Bendecidnos de lo alto del cielo,
¡Vírjen, Madre del Verbo de Dios!

A MI HERMANA

EN LA SENSIBLE MUERTE DE SU ESPOSO,

SONETO.

¿Dó está la dulce prenda a que te unia
De intenso amor indisoluble nudo,
I cómo un solo instante agostar pudo.
Tu dicha, tu esperanza i tu alegría?...

Así amorosa vid se meció un dia
Sobre un árbol frondoso, que el agudo
Acero derribó con golpe crudo,
Perdiendo ella el verdor i lozanía.

La virtud sin mancilla, la ternura
Eran las dotes que en tu esposo amado
Formar debieran siempre tu ventura;

I te fué azas temprano arrebatado,
Que la voz del dolor i la natura
No templó de la Parca el ceño airado!...

AL EMINENTE PATRIOTA

DON MARIANO EGAÑA.

SONETO.

Alzó Chile su faz descolorida,
Ajitando sus míseras cadenas,
I en las almas brotó de fuego llenas
La noble audacia a la virtud unida.

Egaña, tu alta mente así encendida
En patriótica llama, en las arenas
De Juan Fernandez sueña las escenas
Do vertió tu palabra luz i vida.

Calle la indiferencia que pretende
Oscurecer las glorias del pasado
I nombres olvidar que no comprende;

La Patria con amor los ha grabado,
I aun resuena dulcísima en su oido
La voz de su orador esclarecido.

HIMNO.

Dulce Beneficencia,
Hada hermosa del cielo,
Inspira tu consuelo,
Concede tu favor;
Descienda de la altura
Tu llama bienhechora,
Que férvida te implora
La voz del corazon.

Tú al desdichado enjugas
Por tus manos el llanto,
Alivias su quebranto,
Consuelas su aflixion;
A la inocencia acojes
Con maternal ternura,
I al mirar tu hermosura
Sonríese el dolor.

El alma en quien se agotan
Las fuentes de la vida
Se siente conmovida
Oyendo tu clamor;
I, cual planta, que al riego
Del arroyo florece,
Por tí rejuvenece,
El yerto corazon.

La infeliz, que, estraviada
Por senderos estraños,
Sucumbió a los amaños
Del vicio corruptor,
Hoi torna a las virtudes
Con valeroso aliento,
I tú le das fomento
I asilo bienhechor.

Talvez impuro sello
Ha grabado en su frente,
La jóven inocente,
Marchito su candor;
Pero tú la levantas
Con mano jenerosa,
Dando a su faz llorosa
Beso de paz i amor.

De tus internos goces
La plácida memoria
Es indeleble historia,
No pálida ilusion;

Resuenan en el alma
Tus recuerdos preciosos,
Cual ecos melodiosos
De un himno encantador.

Tú al mundo rejeneras,
Santa Beneficencia,
I eres mas que la ciencia
Aliento creador;
Para la dicha humana
Es frájil fundamento
La fuerza i el talento,
Sin tu alta inspiracion.

El pueblo que te implora,
Funda en tí la esperanza
De paz i bienandanza,
De venturosa union;
Derrámese tu encanto
Sobre la Patria amada,
I en su faz venerada
Refleja tu esplendor.

Grata Beneficencia,
Hada hermosa del cielo,
Dános tu almo consuelo,
Dános tu dulce amor;
I de virtud logremos
Inmarcesible palma,
Llena de luz el alma,
De gozo el corazon.

A SAN LUIS GONZAGA.

SONETO.

En la cumbre nació de la grandeza
I su esplendor dejó con alegría
Luis, cuyo nombre al mundo ser debia
Símbolo de humildad i de pureza.

De perfecion la senda con presteza
Recorrió i el amor le consumia
Tanto; que en sus fervores parecia
Tener de un serafin naturaleza.

Así el Dios que brotar hace las flores
De la desnuda tierra i las reviste
De tan variadas formas i colores,

Convierte en suave Eden el valle triste
Al alma en quien derrama sus favores:
¡I así, gran Luis, dichoso i santo fuiste!

A LA MEMORIA

De la jóven i virtuosa señora doña Adela Solar de Aldunate.

SONETO.

La yerta mano de la parca fiera,
Armada de dolencia i de tristura,
Signo fatal grabó en su frente pura,
Que el límite acortó de su carrera....

El dulce lazo, que en su edad primera
Tejieron el amor i la ventura,
Filial afecto, maternal ternura
Encantaron su hermosa primavera.

De tanta dicha el plácido contento
Emponzoñó algun dia la desgracia,
I santa se formó en el sufrimiento.

Hoi, de una fé sublime a la eficacia,
Roto ya de la vida el frájil velo,
De su lecho de muerte voló al cielo.

A UNA AMIGA

EN LA AUSENCIA DE SU ESPOSO.

Al oir, Mercedes bella,
Esa voz encantadora,
Al ver tu faz seductora
Que brilla cual blanca estrella,
Seguir quisieran tu huella,
Esclavos de tu hermosura,
Muchos; mas, tú, con cordura,
Les dices, que es disvarío
Inútil amor tardío,
I que seguirte es locura.

Sí, que un amable viajero
En las orillas del Sena
Por tí llora, por tí pena,
I es ya tu fiel compañero:
De su afecto verdadero
Te hace pintura espresiva
En cariñosa misiva,
Que tú riegas con tu llanto,
Midiendo el espacio en tanto
Que de su vista te priva.

Guarda, jóven inocente,
En tu noble corazon
De una primera pasion
La llama pura i ardiente.
¡Feliz la mujer que siente
En el albor de su vida
La dicha de ser querida
Del objeto a quien adora,
I que es la dulce señora
De una voluntad rendida!

Mas si quieres, niña hermosa,
Que la risa i los amores,
Como guirnaldas de flores
Ornen tu vida dichosa,
De la suerte veleidosa
Fija la varia inquietud,
Siempre amando la virtud,
Ya que propicia natura,
Ha colmado de ventura
Tu graciosa juventud.

A LA MISMA.

SONETO.

Guarda de tu beldad el aliciente,
Para el mortal feliz a quien adoras;
Guárdale las virtudes que atesoras
I en su ausencia suspira tiernamente.

Por la vuelta feliz ruego ferviente
Eleva al Ser Supremo a todas horas,
Miéntras con ilusiones seductoras
Una llama alimentas inocente.

Mas esa voz sonora, que en el cielo
Pudiera solo hallar dulzura tanta,
Suelta vibrante i pura sin recelo.

A la fiel amistad, Mercedes, canta,
Ya que Dios, para darnos el consuelo,
Puso raudal sonoro a tu garganta.

EPITAFIO.

Era jóven virtuosa,
Hija sensible, interesante esposa.
La maternal ternura
Ansió por colmo de su dicha pura,
Mas ¡o contraria suerte!
Miró cumplidos sus ardientes votos
I hundióse en el abismo de la muerte.

AL JENERAL ARJENTINO

DON JUAN LAVALLE,

EL DIA DE LA EXHUMACION DE SUS CENIZAS.

Una tumba se abre hoi ante mis ojos
Que Chile cobijaba silenciosa
I de los yertos, míseros despojos
Veo alzarse una sombra esplendorosa.

De libertad las auras trasandinas
Con animado soplo levantaron
Esa losa, i hazañas peregrinas
De Lavalle a la América mostraron.

Alzate del sepulcro, denodado
Héroe, que al ver tu Patria redimida,
El polvo que te cubre te es pesado
I de gloria recobras nueva vida.

Levántate, en tu Patria idolatrada:
Brilla de libertad el claro dia,
Rota está la cadena ensangrentada
Con que la envileció la tiranía.

Pero ¿dónde está el despota inhumano?
Dónde su vano orgullo i poderío?
Dónde está aquel, a quien con fuerte mano
Hasta la muerte desafió tu brío?

¿Dónde el que alzando enseña ignominiosa
Cubrió a Bonaria de dolor profundo
I proverbial su tiranía odiosa
Hizo su nombre por el ancho mundo?

Dónde el Rosas se oculta que algun dia,
Con insulto sacrílego e insano,
Para sí los honores pretendia
Con que honrar debe a Dios el ser humano...?

Despareció; no fué... cual humo leve
La disipó el aliento del Dios vivo,
Que a los tiranos en sus sólios mueve,
De los valientes al esfuerzo activo.

Prófugo vaga, i en lejana tierra
El ludibrio i la infamia en pos le siguen;
Al mirarle, el terror los ojos cierra
I sangrientos fantasmas le persiguen...

Pero tú vives, vivirás eterno
I en los anales de la Patria mia
Tu claro nombre, tu recuerdo tierno
Resonarán cual pura melodía.

Jóven imberbe, en Chacabuco, osado
Con el gran San Martin ya ta adestrabas
En conquistar la palma del soldado,
I en vencer los tiranos te gozabas:

En los campos de Maipo i Talcahuano,
En la tremenda lid ¡o prueba dura!
Sorprendido admiraba el veterano
Tu juvenil arrojo i tu bravura.

Por la discordia fiera nueva senda
Discurriste de gloria i de dolores
Hasta inmolar tu vida, dulce prenda
Que dió a la Patria claros esplendores.

I muerto ¡o Dios! tu polvo perseguido (34)
Reposo halló, modesta sepultura
En Chile, donde ignoto i escondido
Aguardó un nuevo dia de ventura.

Relijiosa afeccion, respeto santo,
Guardó este polvo con lealtad constante,
I tu esposa vertiendo acerbo llanto
Lo estrechó tierna contra el seno amante.

Dolor intenso, gratas bendiciones
Te consagra de Chile el patriotismo,
Que guardará entre dulces emociones
Recuerdos de tu trájico heroismo.

Al trasladarse la urna funeraria
De tu natal país al caro suelo,
A la futura suerte de Bonaria
Astro serás de plácido consuelo.

En tus reliquias vá prenda segura
De seductora paz i bienandanza;
¡Ai! de felicidad serena i pura
Déjanos ¡cara sombra! una esperanza!

Parte: te aguardan libertad i gloria
Del Plata allá en las límpidas arenas,
Miéntras se desvanece la ilusoria
Vision hermosa que columbro apénas...

Descansa en paz! De fama duradera
Monumento le ofrece el arjentino,
I en él refleja desde el alta esfera
El *Sol de Mayo* su esplendor divino.

EN UN ALBUM.

Flores secas del alma
  Son los recuerdos,
Que guardan el aroma
  De los afectos;
  I es la memoria
De las pasadas dichas
  Urna preciosa.

Por eso en este libro
  Dejarte quiero
De cariño acendrado
  Un pensamiento.
  Tú, dulce amiga,
Dáme solo una lágrima,
  O una sonrisa.

A E. ELÉSPURU,

EN SU REGRESO A LIMA.

SONETO.

Cual se mira en la bóveda azulada
Un astro nuevo, de esplendores lleno;
Cual de naciente rosa el puro seno
Exhala fresca brisa perfumada:

Tal pareció la hermosa engalanada
De hechizo encantador; en su sereno,
Halagüeño mirar dulce veneno
Bebe el alma, i aun goza atormentada.

Mas ella parte; la ilusion querida
Que creó su presencia desparece,
Bello i fugaz ensueño de la vida.

I miéntras el raudal de llanto crece
Que se vierte en la amarga despedida,
Tributo a la beldad mi musa ofrece.

EL DESENGAÑO.

Yo amé; yo fuí dichosa,
Cuando amaba i sentia,
Mas hoi el alma mia
Solo vive al dolor.
  El infortunio airado
Cual huracan violento
Apagó el sentimiento
Dulcísimo de amor.

  Hubo ¡ai Dios! un instante
De delicia i consuelo
En que descendió el cielo
Todo a mi corazon.
  Las dichas de la vida
Son flor que pronto muere
I eterno el dardo hiere
De una infeliz pasion.

Para tormento mio
De la pasada gloria
Impreso en la memoria
El recuerdo quedó;
I una dulce mirada,
Un delicioso acento
Dentro del alma siento
Que el tiempo no borró....

No mitigo mis penas,
Vertiendo acerbo llanto,
Alivio del quebranto,
Consuelo en la afliccion.
Las lágrimas se tornan
De los ojos al seno,
I su lento veneno
Corroe el corazon.

A LA UNION AMERICANA.

SONETO.

¡Union! sagrada Union! lazo divino
Que con firme lealtad i confianza
Tejen la libertad i la esperanza,
Para fijar de América el destino!

Cual sierpe que se enrosca al fuerte pino,
La ambicion europea hoi se abalanza
A cerrar con su orgullo i su pujanza
De tanta gloria el fúljido camino...

Mas dice la verdad con voz sonora
¡Al mundo de Colon:—«alza la frente,
Veo tu astro brillar en feliz hora;

«Unido serás libre, prepotente:
Obedece hoi al númen que te inflama
I al sacrificio i al deber te llama.»

AL SR. DON IGNACIO GOMEZ

Despues de haber leído su oda "A la vida del campo."

Para pintar las gracias de natura
I reflejar su encanto peregrino,
Virjilio te cedió el pincel divino,
Flora te dió colores i frescura.

Por tí veo brotar la linfa pura
De bulliciosa fuente, el alto pino,
El valle ameno, el cielo cristalino
I del repuesto bosque la espesura;

I la choza feliz, nido de amores,
Donde habita la paz dulce i süave
I esparce la virtud fragantes flores.

Tu tienes de la dicha el áurea llave,
Que de lo bello el noble sentimiento
Venero es de solaz i de contento.

EN LA MUERTE

DE MI YERNO DON WENCESLAO VIAL.

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.
SAN MATEO.

¡Pobre hijo mio! apénas declinaba
Tu amable juventud, i ya la muerte
Con su guadaña impía te segaba,
Como la arista inerte!

I de la dulce esposa las caricias
Dejaste, i a la prole idolatrada
Que hacia tu esperanza i tus delicias,
Sola i desconsolada.....

Despareciste..... Cuál cortado lirio
Sobre campo de espinas i de abrojos,
De compasion objeto i de martirio,
Te vieron ¡ai! mis ojos!

I ví luchar con jeneroso aliento,
Al oscilar la llama de tu vida,
Tu tierno corazon, con el tormento
De la última partida.

Pero tus crueles penas, tus dolores,
La humildad i la fé santificaron,
I, cual guirnalda de olorosas flores,
Tu frente coronaron.

Goza tu dicha; mas del alto cielo,
Merced a tu plegaria fervorosa,
Descienda blanda paz, grato consuelo
A tu doliente esposa.

La tierra dejaré que leve piso;
Tú, i mi ánjel bello que en el cielo mora (35)
Me mostrareis del grato paraiso,
Vision encantadora.

I tras de breves, tormentosos dias,
Vendrán del corazon las prendas caras
A gozar inefables alegrías
De Dios ante las aras,

Donde celeste amor, cual mar inmenso,
A las almas abisma, allá en la fuente
Del gozo puro, perennal, intenso,
Que no alcanza la mente....

AL CÉLEBRE PIANISTA

DON LUIS M. GOTSCHALK,

SONETO.

Al oir esa lluvia de armonía,
Llena de fuerza, vida i sentimiento,
Que resalta del dócil instrumento,
Al brillo de tu hermosa fantasía,

Prestijio encantador, dulce majía
Me absorbe, arrebatando el pensamiento
A otra rejion de plácido contento,
Sueño aéreo de asombro i poesía.

Te dió el rudo torrente su grandeza,
El jemido del aurora la ternura,
I el lago cristalino su pureza.

Tal fué el rico presente de natura,
Mas del jénio la vívida centella
Dios mismo te infundió radiante i bella.

A DOS AMABLES NIÑAS.

Rasga su broche encendido
La primer rosa de octubre
I entre esmeraldas descubre
Su peregrino color;
I del pimpollo lucido
Blanco perfume se exhala,
Si el céfiro, con el ala,
Mece, jugando, la flor.

Así encantadora brilla
La virjinal hemosura,
Así nace la ternura
En un jóven corazon;
Así inocente i sencilla,
Pensando en tiernos amores,
Ensueños encantadores
La aduermen con su ilusion.

Mas, abre la rosa bella;
Sorprendido el sol la mira,
I aunque amoroso suspira
La oprime con su esplendor;

I la vespertina estrella,
Al salir, la ve marchita,
Burlon el céfiro ajita
Sus hojas ya sin color.

En tanto otra flor modesta
Que resguardaba el follaje
Ostenta su rico traje
I su balsámico olor,
I es gloria de la floresta
I del viandante consuelo,
Que en ella aspira del cielo
Un deleite encantador.

***

Contemplad, niñas hermosas,
Vuestro retrato en las rosas,
I vivid apercibidas,
Porque de amor las heridas
Causan intenso dolor.

Cerrad a tiempo el oido
De la lisonja al rüido,
I distinguid las quimeras
De las faces verdaderas
Con que se muestra el amor.

Llenando vuestra alma pura,
El os dará la ventura,
Si en la virtud la buscais
I si aquel a quien amais
Paga fino vuestro ardor.

A UN AMIGO.

SONETO.

De mi cordial afecto una memoria
Me apresuro a dejarte, amigo amado;
Que el tiempo de cantar es limitado
I penosa la vida transitoria.

Yo creo en tu amistad: no es ilusoria
La fé que al corazon has inspirado;
I en los dulces ensueños del pasado
Escrita guardaré tu amable historia.

Vive siempre feliz, jóven querido;
Que afable la fortuna te sonria
I seas en sus dones preferido.

El fruto de precoz sabiduría,
A la virtud i al sentimiento unido,
Forme de tu existencia el claro dia.

AL SR. D. ANDRES BELLO

EN LA MUERTE DE SU HIJO DON JUAN.

SONETO.

No tocaré, Señor, la cruda herida,
Que ha llenado tus dias de amargura:
Raudales de consuelo i de dulzura
Verter quisiera en tu alma dolorida.

Alternan en la breve, humana vida
El gozo i el pesar... ¡o suerte dura!
¡No dá el alto saber calma segura
A un alma en sus afectos combatida.!

Mas veo ya tu jeneroso pecho,
Cual oro que el crisol ha depurado,
I a las tormentas avezado i hecho

Lanzarse a Dios con ánimo esforzado,
¡Al Dios, que bendiciendo tu quebranto,
Amoroso te enjuga el tierno llanto!

A E,

EL DIA DE SU COMPROMISO MATHIMONIAL.

Eres mas bella, porque has amado
I tus mejillas ha sonroseado
Casto pudor;
Así la rosa fresca i lozana
Al sol naciente de la mañana
Brilla en su albor.

Grata esperanza, hada halagüeña,
En tu camino con faz risueña
Te aparecíó;
Alzas los ojos, leda suspiras,
I, cual aroma, la dicha aspiras,
Que élla te dió.

Del fino amante lágrima tierna
Te ha revelado la llama interna
Del corazon;
I el alma sientes enternecida,
Al suave encanto dócil rendida
De la pasion.

Paga su afecto, su fiel ternura;
Tu beldad sea i tu fé pura
Premio a su ardor:
De la inocencia la blanca estrella
Brille en tu frente i mui mas bella
Te hará su amor.

AL DOCTOR

DON LORENZO SASSIE.

SONETO.

De la muerte el inmenso poderío
Sassí combate con divina ciencia,
I la luz apagar de su existencia
Ella intenta con ciego desvarío.

Convierte el corcel dócil en bravío
Bruto que le derriba; en su demencia
Hiérele furibunda, i la apariencia
Le deja apénas de un cadáver frio...

Alzáse en tanto universal lamento,
La gratitud piadosa por él llora,
Jime amor con profundo sentimiento;

Mas no bien la amistad al cielo implora
Torna el color al rostro macilento
I huye veloz la furia destructora.

A ANJELA CAAMAÑO,

JOVEN POETISA GUAYAQUILEÑA.

SONETO.

¡Linda poetisa, en cuya mente clara
La natura infundió llama divina,
Ornándote de gracia peregrina,
Cual si a tu gloria el jénio no bastara!

De tus estrofas la belleza rara
Encantada admiré, dulce Anjelina,
I el lauro que a tu frente se destina
Ya el porvenir risueño lo prepara.

Fecunda inspiracion, viva ternura,
Hai en las notas de esa voz sonora
Que exhalan de tu ser la esencia pura.

No escondas esa luz consoladora,
Déjanos ver de tu alma la hermosura,
¡Anjel, o maga siempre seductora!

A CARMEN CAAMAÑO,

HERMANA DE LA ANTERIOR.

Para tu álbum, bella niña,
Me pides un pensamiento,
Cual si mi débil talento
Fuera constante i feliz.

Mejor pudiera ofrecerte
Una muestra de afeccion,
Pues tiene mi corazon
Su cierto flaco por tí;

I no es tan fácil empeño,
Ni deja de darme susto,
Contestar el fino gusto
De la hija de Guayaquil.

¿Por qué no nací en la zona
Inspiradora i ardiente,
Donde fulgura la mente
Bajo un cielo de zafir?

¿Por qué allá en la verde orilla
De tu rio, entre las rosas
I las piñas olorosas
La luz primera no ví?

Así de Anjela tuviera
El pincel abrillantado,
Así un retrato acabado,
Cármen, hiciera de tí;

I en este libro grabara
Una memoria preciosa,
Que allá en tu Patria dichosa
Te hablára siempre de mí.

Pero dejemos ahora
Tan ilusoria quimera,
Que ya mi musa parlera
Algo te quiere decir.

No te he de llamar hermosa,
Ni hechicera, ni agraciada,
Que esta retáila cansada
Te hallarás harta de oir.

Pues quien tiene pocos años
I eso de que hablar no quiero
Siempre está oyendo el—«me muero,
Hermosa, solo por tí.

«I al ver tus ojos de estrella
I esa celestial sonrisa
Como perfumada brisa,
Te creo celeste hurí.

«I ¡ai! quién fuera el venturoso,
Que a ese noble corazon
Inspirára compasion!
Pero soi tan infeliz! . . . . . »—

Eso se dice a las bellas,
Ya tú lo habrás escuchado;
¡A cuántos habrás dejado
Largas noches sin dormir!

Pero yo que soi mujer
¡O mi Carmela querida!
I que el viaje de la vida
Mediado está para mí,

Te diré que ese lenguaje
Tan dulce i tan lisonjero
Suele ser falso i artero
I su veneno sutil.

Es de una jóven el alma
Pimpollo cerrado i bello,
Blanda cera, do su sello
La virtud debe imprimir.

I si el tierno corazon
Se abre al fin al sentimiento,
Sea puro el pensamiento,
Será la suerte feliz.

Mas ¿a qué vienen consejos?
¡Oh qué torpe necedad!
¿Tiene ella necesidad
De que yo la enseñe así?

Siendo, como bien lo alcanzo,
Su intelijencia i cordura
A la par de su hermosura
¿A qué tanto discurrir?

Perdona, dulce Carmela,
De mi cariño el exceso,
Recíbeme un blando beso
En tus lábios de rubí.

Mas, cuando a la Patria vuelvas
I a tu madre cariñosa
Abraces, sé venturosa
Pero acuérdate de mi;

I díle que yo bendigo
A sus hijas hechiceras
I saludo las riberas
Del undoso Guayaquil.

AL RETRATO DE MI MARIDO.

SONETO.

Arte sublime, divinal pintura,
¡Cuán feliz invencion del amor fuiste
Si al corazon proporcionar pudiste
Una ilusion tan hechicera i pura!

Tus prestijios engañan con dulzura
Las penas de la ausencia; i si resiste
El tierno pecho al desconsuelo triste
Es porque tú le templas su amargura.

Por tí puede un marfil inanimado
Exitarme las dulces emociones
Que sentí a vista de mi objeto amado.

Mas ¿por qué a mi cariño las facciones
Animar del retrato no le es dado
I oir de su boca tiernas espresiones?

A CELINA.

Al fin, Celina adorada,
Resuelta está i decretada
La partida;
I yo me quedo entretanto,
Derramando triste llanto
I aflijida.

¿Quién con la dulce armonía
Dará a mi alma la alegría
Deliciosa?
Quién en mis hijas amadas
Fijará tiernas miradas,
Cariñosa?

Ya no veré el rostro bello,
Vibrando puro destello
De hermosura,
Ni suavizará mi pena
De la voz de gracia llena
La dulzura.

¿Qué buscas en otro suelo
Con tanto fervor i anhelo?
Vida, amores? . . .
Aquí mi amistad te ofrece
Afecto que no perece
I amadores.

¿De ese mar que a todo instante
Mueve vaiven incesante
El ruído
Atormenta, niña amada,
La finura delicada
De tu oido?

Tórnate pues, niña mia,
Donde el corazon te guia:
Fuertes lazos
Forma con los que allí te aman,
Hermanos que ya reclaman
Tus abrazos.

Como ave que al blando nido
Convida el dulce jemido
Del esposo,
Vuela al padre que te adora
I te espera de hora en hora
Cariñoso.

I pues de mí te despides
A tus amigas no olvides;
Que algun dia
Te abrazaremos gozosa,
Brillando tu faz graciosa
De alegría.

AL 18 DE SETIEMBRE DE 1865.

SONETO.

Alza la Patria al cielo una mirada,
No lagrimosa i de dolores llena,
Sino radiante, impávida, serena,
En sus primeras glorias inspirada.

A sus héroes contempla i arrobada
Se goza en su virtud; de miedo ajena,
Huella con firme planta la cadena
Por tan sublime esfuerzo destrozada!

Mas, jira en torno los divinos ojos.....
¿I qué vé? nueva prole de valientes,
Que mil vidas le ofrecen por despojos.

Su faz despide rayos esplendentes,
I, de bélico ardor henchido el seno,
«¡Dulce es morir por tí!» clama el Chileno.

AL PIÉ DE LA CRUZ.

PLEGARIA

AL ILTMO. SR. D. JOSÉ HIPOLITO SALAS,

OBISPO DE CONCEPCION.

Dulce Jesus, al pié del árbol santo
De do pendiera la salud del mundo,
El alma llena de dolor profundo,
Raudal quiero verter de amargo llanto.

Quiero llorar: el corazon doliente
En el piélago instable de la vida,
Sufre punzante, lastimosa herida,
I a tus piés se deshace en llanto ardiente.

Quiero cerrar mis lagrimosos ojos
A la injusticia, a la impiedad, al crímen,
Conjurar los terrores, que me oprimen
I darte el alma toda por despojos.

Quiero llorar los míseros errores,
En que sumidos viven los humanos,
La ciega obsecacion de los tiranos
I de tus pueblos fieles los dolores. (36)

Lloraré la ilusion del vulgo necio,
Las burlas que a la luz del claro dia,
Te hace la turba maliciosa, impía,
Volviéndote la espalda con desprecio.

Siento rujir la tempestad airada,
Oigo de la blasfemia el grito horrendo,
Veo jirar en torno con estruendo
Multitud hácia el mal precipitada.

Prestijiosa ilusion su mente ofusca,
Vértigo del infierno la arrebata,
I cual torrente impuro se desata,
Hallando perdicion do dicha busca.

Mas ¡ai! yo estoi unida estrechamente
A tu Cruz santa, Salvador divino,
Que eres luz de verdad, vida i camino,
Donde reposa la ajitada mente;

Donde halla el corazon sublime aliento,
Vida, de amor i de esperanza llena,
Fé, que enaltece el alma, paz serena,
Centro a la aspiracion i al sentimiento.

¿Qué importa que el abismo se desate,
Escupiendo improperios a tu aureola,
Si pura i esplendente se enarbola
En el mundo la enseña del Rescate?

Si brilla en las alturas, dibujada
Su bella forma en el azul del cielo,
I es signo de victoria i de consuelo
A la hueste, que lidia en tí confiada?

Así se levantó sobre el Calvario
El dia del perdon i en tus dolores
Pira fué de suavísimos olores
I la gloria i honor de tu santuario.

Sí: pendiente te miro de ella, el dia
En que, estendidos los potentes brazos,
Uniste cielo i tierra en dulces lazos,
I el hombre rompió el yugo en que jemia.

Veo el rostro de célica belleza
Oscurecido, los divinos ojos
Templar del Padre excelso los enojos
I cambiar de su fallo la entereza:

I traspasada está la sien divina,
En burla i en escarnio de tu nombre,
¡Rei de la eternidad i Rei del hombre
Con la corona de punzante espina.....

Pero se entreabren, ai! los secos lábios
¿Qué van a proferir? ¿justicia imploran?
—«Padre, dice, perdónalos, ignoran
Lo que hacen, i al que hieren sus agravios!»—

I muere ¡oh Dios! el Salvador del mundo
I se cumplen las grandes profecías,
Contados del hebreo están los dias,
Húndese el fuerte armado en el profundo.

La Víctima los ánjeles del cielo
Contemplan con atónita mirada,
I del Profeta Rei la harpa enlutada
Vibra sonidos lúgubres de duelo.

Se estremece la tierra, se trastorna
Naturaleza toda, sin ejemplo
Oculta el sol su faz i el sacro templo
Rasga el místico velo que lo adorna.

I aquel trono de angustias, el madero,
En que el dulce Jesus exhala el alma,
Es de su triunfo la brillante palma
I de dicha i amor rico venero.

De la tierra la faz se purifica,
Todo lo atrae a sí el Crucificado,
Que, sobre la cruz santa levantado,
La humanidad restaura i santifica.

Sobre los cuatro vientos esparcida
Va la palabra santa, la luz nueva,
I del martirio a la sangrienta prueba,
La idolatría yace confundida.

Brota la Iglesia cual Eden fecundo
Virtudes nuevas que ignoraba el hombre,
Vence el Cristo potencias, i su nombre
Diez i ocho siglos há, reina en el mundo!

I el hombre es libre, que la lei divina
De toda esclavitud le ha redimido;
La sangre de Jesus le ha enaltecido,
Su cuna i su sepulcro se ilumina.....

Mas! qué veo? ¡o dolor! la raza impía
Nueva crucificcion emprende osada (37)
I de Jesus la aureola mancillada
Señala con satánica ironía!

El abismo con bárbaro alarido
Gritó—«Jesus no es Dios!»—¡blasfemia horrible!
La ciega humanidad ¡cosa increible!
Tan sacrílega voz ha repetido!

¡I le miran, le mofan, le escarnecen,
Meneando su cabeza desdeñosa,
I, alzando frente osada i alevosa,
En renegar del Cristo se envanecen!

Oigo esa voz maldicion, de hielo,
Que anonada la dicha i la esperanza,
Que estingue la virtud, i en lontananza
Señala un porvenir sin Dios ni cielo!

El error nuevas formas aparenta
I, seduciendo incautos corazones,
Al Cristo le disputa sus blasones
I su trono de luz volcar intenta.

¿I tú escuchas ¡Dios mio! la palabra,
Que de impostor te acusa i con dulzura
Esperas que la ingrata criatura
El corazon a tus bondades abra?

¿O aguardas para dar el fallo eterno
Llene la iniquidad fatal medida
I la soberbia por tu rayo herida
Te confiese ¡qué horror! en el infierno?....

Nó: perdona, Señor, sus liviandades,
Son ciegos que han errado su camino,
Llámalos al redil, Pastor divino,
Antes que baje el sol de tus piedades!

Antes que de tinieblas rodeados
Sin guía, ni fanal que les alumbre,
Desde su insano orgullo en la alta cumbre
Rueden al precipicio derrocados!

Rompe la oscura venda que a su vista
Pone el jénio del mal con diestro amaño,
Vean de su ilusion el desengaño
I al poder de tu amor nada resista!

I lloren, o Señor, sus estravíos,
Hallen en su dolor alno consuelo,
I, a vista de su alianza con el cielo,
El llanto enjugarán los ojos mios.....

...Mas, crece el huracan, los hondos mares
Se ajitan en revueltos torbellinos;
Nuevas creencias, ritos peregrinos,
Te disputan tu culto i tus altares.

I en pos de la verdad veo el engaño,
En pos de la virtud el torpe vicio,
Que, tal de la impiedad es el desquicio
I del corrupto siglo el rumbo estraño.

A tí, Dios, Creador de cielo i tierra,
Amable Redentor del mundo entero,
Con vil ingratitud i engaño artero
Se hace injusta, tenaz, impía guerra.

Piedad, ¡o Dios de amor! en la agonía
Amantes hijos tu favor reclaman!
Oye a los que te adoran i te aman,
Salva la grei, Señor, que en tí confia!

Oye al mártir, Pastor de tu manida,
Que, los brazos al cielo levantados,
Te ruega por los hijos estraviados
I por tu santa esposa perseguida!

Contempla, o Dios, mil corazones fieles,
Que sufren por tu causa aciaga pena,
Derraman triste llanto en larga vena
I apuran por tu amor amargas hieles!

Escucha de tus siervos el jemido,
Calma de la impiedad la furia horrenda,
Acepta de los justos pura ofrenda,
Salva a tu pueblo amado i escojido,

Que unido en torno de tu enseña santa,
Fijos sus tristes ojos en la altura,
De tí espera el auxilio en su amargura,
Combatiendo el error con firme planta!

Miéntras en fé divina enardecida,
El alma llena de mortal quebranto,
Con mi amor te consagro i con mi llanto
Este suspiro de mi inútil vida!

DULCE ES MORIR.

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil,
Como cándida flor de la pradera,
Que, para ornar el templo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano
De su tallo jentil.

Dulce es morir, cuando el espectro odioso
Del vicio despojado de su velo
Al alma llena de pavor i duelo
Del mundo en el umbral;
I ella, tornando el paso al delicioso
Centro de grata paz i de ventura,
A trocar el destierro se apresura
Por la gloria eternal

Dulce es morir, cuando la aguda pena
Estingue de alegría el sentimiento
I es la existencia el fatigoso aliento
De un interno sufrir;

Dicha es valor a Dios, el alma llena
De humilde sumision, i ante sus aras
Sacrificar las afecciones caras,
Su diestra bendecir.

Dulce es morir, cuando una mano amiga
Sostiene nuestra lánguida cabeza
I una voz inspirada en la belleza
Del divinal amor
Con peregrino acento nos prodiga
Palabras de dulcísima esperanza,
Mostrándonos en suave lontananza
Eden encantador.

Dulce es morir, cuando una fé sublime
Al hombre le revela su destino,
I de flores i palmas el camino
Le siembra de la cruz.
I al débil ser, que en este mundo jime
Agobiado de penas i dolores,
Trasforma de la muerte los horrores,
En apacible luz.

Dulce es morir, cuando al fijar los oos
De Jesus en la imájen dolorosa,
Resuena en los oidos la amorosa
Voz de grato perdon;
I de un amor ardiente los despojos
Da el alma, en dulce llanto sumerjida,
Bálsamo saludable, que la herida
Cura del corazon.

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos de serafin;
Díafana exalacion, que en la mañana,
Matizada con tinta de oro i rosa,
Se disuelve brillante i pavorosa
Del cielo en el confin.

Dulce es, en fin, morir, cuando nos llama
Dios a gozar de su descanso eterno,
Ya elija en su verjel pimpollo tierno
Ya descollante flor.
Sube así la virtud, cual áurea llama
Que despuró el crisol de la amargura,
I vuela la inocencia casta i pura
En su primer albor.

A LA MUERTE

DEL ILUSTRE SABIO DON ANDRES BELLO.

¿Por qué, cubierto de mortuorio velo,
Chile aparece en lágrimas bañado,
Cuál si a nueva cadena destinado
Se viera por la cólera del cielo?

¿Por qué, sellado el labio, se enternece
El corazon, i en desigual latido
Al escuchar en torno hondo jemido,
Comprimiendo el sollozo, se estremece?

¿Por qué del templo santo la anchurosa
Puerta se abre, al tañer de una campana,
I la sublime relijion se hermana
Con el dolor sobre una abierta fosa?

¿I sin rumbo ni guía el pensamiento,
Vagando en el vacío i desconsuelo,
Una sentida queja envía al cielo
En funeral i dolorido acento?

Sí, que en un dia de dolor profundo
Cegó la muerte inexorable i fiera,
Una reliquia que la gloria fuera,
De Chile, de la América, del mundo!

Murió Bello; veló la Omnipotencia
La lumbre de aquel astro esplendoroso;
Cubre la Patria su semblante hermoso,
Viudas están las musas i la ciencia!

Despareció el político eminente,
Del ínclito Bolívar el hermano,
Honor del continente americano,
Sábio Mentor de Chile independiente;

Aquel que con sus obras inmortales
Fijó de la justicia el sacro imperio,
Relegando a olvidado cementerio
De añejas leyes dejos inmorales.

Murió el que la inspirada fantasía
Rijió del vate en su atrevido vuelo
I vió lucir como estrellado cielo
Alumnos de la amable poesía:

Porque él tambien sintió el fuego divino
I en los acordes sones de su lira
Sensible i tierno el corazon suspira
I se goza en su injenio peregrino.

I ora admira la vena rica i pura,
Ora el lenguaje culto i elevado,
El sentimiento noble i delicado,
La viril espresion i la dulzura.

¡Oh juventud chilena! cuán dichosa
Fuiste en la posesion de tal tesoro,
Mas preciado que rica vena de oro,
O que piedra oriental esplendorosa!

El la clara belleza os revelaba
Del idioma de Leon i de Cervantes,
I con labores sérias e incesantes
La senda de la gloria os allanaba.

I cuando mesurado i elocuente
En plática süave discurria,
De sus modestos labios recojia,
Pura, brillante luz dócil la mente.

Todo lo que su injenio ha producido
Lleva de perfeccion grabado el sello,
I el foco del saber (38) vivo destello
Reflejó de su nombre esclarecido.

Era alma grande i bella que adunaba
La ciencia, la virtud, la fantasía,
A quien la gloria afable sonreia,
I con sus áureas alas cobijaba;

Espíritu analítico, certero
Que la síntesis de la ciencia humana
Abarcó, i a otra lumbre soberana
De una dicha mas alta vió el sendero.

Lumbrera fué de Chile peregrina,
Jenio de órden, de paz i de cultura;
De lo recto i lo justo la hermosura
Idealizó su inspiracion divina.

Mas ¿puedo yo medir su intelijencia?
Nó: júzguele el saber, júzguele el jenio,
Miéntras jira mi vista en el proscenio
De su grandiosa, vívida existencia:

Así contempla el cielo aquel que ignora
De los astros el jiro i movimiento,
Pero con elevado sentimiento
Se embelesa en su luz encantadora.

Admirar es el goce de las almas
Elevadas, sencillas, afectuosas;
I bien pueden ornar modestas rosas
La tumba que sombrean verdes palmas.

Noble virtud! tu delicioso encanto
Que desconoce un mundo seducido,
De la vida de Bello el norte ha sido
I su fiel corazon tu asilo santo.

Sobre el limpio cristal de su conciencia
Las corrientes del siglo resbalaron
I del comun escollo le desviaron
Su alta filosofía i su esperiencia.

La humanidad amó; sin el artero,
Exótico sistema, ni las frases
Que suelen del error dorar las faces,
Lo bueno le enseñó, lo verdadero.

Ilustrado, patriota, americano,
Amó la santa libertad, no aquella,
Que imprime de terror sangrienta huella,
Degrada i envilece al ser humano;

Sino la que en bellísima armonía
Une el sacro deber al buen derecho,
Que anima todo jeneroso pecho,
I señora del mundo, ser debia.

Del infortunio ajeno compasivo
Siempre le ví, benévolo, induljente,
Jamas el odio preocupó su mente,
Ni le ofendió su aliento corrosivo.

I si la adversidad con férrea mano
Conmovió de su pecho la entereza,
El opuso del sabio la firmeza
I la paciencia heróica del cristiano.

¡Dulce amistad! ¡Cuán gratas impresiones
Con el precioso aroma perfumadas
De la santa virtud están grabadas
Por Bello en infinitos corazones!

Yo sentí su poder; a su influencia
Se alzó mi voz i resonó mi canto, (39)
Eco de un gran dolor, voz de quebranto
Que escuchó con benévola induljencia.

¡Ai! cuántas horas de apacible calma
I de grato solaz pasé a tu lado,
Amable sábio, amigo venerado,
I cuán puro deleite gozó el alma!

Indelebles i plácidas memorias
Me son aquellas horas de contento,
Que acibaró el dolor en un momento
¡Horas fugaces! dichas ilusorias!

I aquel hogar modesto i silencioso,
De una feliz union precioso ejemplo,
Do culto recibió, como en su templo
El amoroso padre, el tierno esposo;

Do su sabio consejo interrogaba
En sus perplejidades el talento
I le halagaba el noble sentimiento,
De admiracion profunda que inspiraba.

Su persuasiva voz, aquel reposo
Que en su serena faz resplandecia,
Parece que en las almas ejercia
Un influjo feliz i poderoso.

Que es la vejez en su dulzura grave
De un sol de tarde el postrimer destello,
Perfume de un Eden cerrado i bello,
Nota final melódica i suave.....

***

Chile así en poseerlo se gozaba,
Así se deslizaba dulcemente
De su vida la límpida corriente,
Rica vena que el tiempo no agotaba.

Pero la hora sonó, oí una nueva,
Mi alma se cubre de sombrío luto,
Vuelo a pagarle mi último tributo
I ante sus restos mi dolor me lleva.

I ¿qué veo? estendido sobre el lecho
I en los pálidos brazos de la muerte,
Un cuerpo frio, inanimado, inerte....
El hombre, el sábio, el vate ¿qué se ha hecho?

De rodillas caí ¡crudo momento!
Orar quise con ánimo ferviente,
Espesa nube oscureció mi frente,
I forma no tomó mi pensamiento.

A vista de los míseros despojos
Sueño me pareció la vida humana
El brillo de la gloria sombra vana
I nuevo llanto se agolpó a mis ojos.

Mas de una voz interna la enerjía
Percibo, que me dice:—¿por qué lloras?
Breves son del vivir las tristes horas,
I de la eternidad inmenso el dia.

El alma humana encarcelada jime
En el círculo estrecho de la vida
De sombras i de espectros circuída
Miéntras no alcanza a la rejion sublime.

¡Oh! no le llores, nó; su intelijencia
Al dejar este valle de dolores
Se abisma en los inmensos esplendores
De la fuente eternal de toda ciencia.

Él buscó la verdad, allá en la altura
Penetra sus recónditos arcanos,
Compadece el error de los humanos
I se abisma de Dios en la hermosura;

Que la virtud su galardon alcanza,
En pos del gran misterio de la muerte;
No es el hombre juguete de la suerte,
Ni burla Dios del justo la esperanza.»—

De mi éxtasis fugaz rompióse el velo
I los ojos abrí: miré al anciano,
Respetuosa besé su yerta mano
I mi postrer adios subió hasta el cielo.

Pero al dejar la fúnebre morada
¿Cuál eco de dolor hiere mi oido?
Es la efusion de un pueblo agradecido
Que paga de su amor, deuda sagrada.

Es la Patria que lleva entre sus brazos
Al hijo de adopcion, que tanto amara
De la América toda prenda cara,
I con ella ligado en fuertes lazos.

El eco fiel de este dolor profundo
Salvará el ancho mar i la alta sierra,
Llegará a los confines de la tierra,
Que el sábio es de los siglos i del mundo!

En Chile será eterna tu memoria,
Bello, i tu mas precioso monumento
Será de su dolor el sentimiento,
Tú el númen tutelar de su alta gloria.

¡No! que a estranjero yugo no sucumba
De Chile el suelo virjinal i hermoso,
Onde libre su pendon glorioso
Sobre su ilustre, veneranda tumba! (40)

A UN NIÑO,

REGALANDOLE UN BUEN LIBRO.

Cuando de la razon las luces puras
Llenen tu intelijencia,
Penetra en la alta ciencia
De aquel Señor que reina en las alturas.

Guarda la bella flor de tu inocencia,
Mira el orgullo necio
Con un justo desprecio;
Sé veraz, obediente i relijioso,
I el cielo te hará sábio i venturoso.

TRIBUTO DE DOLOR

A LA MEMORIA DEL DOCTOR DON LORENZO SASSIE.

¡Que! ¿nó te cansas, ¡ai! ¡o muerte fiera!
De aniquilar con tu guadaña impía.
El mérito eminente,
El saber i la ciencia i las virtudes,
I, en tu saña inclemente,
Nos arrebatas hoi la cara prenda,
Que el corazon amaba
I Chile con orgullo
En su amoroso seno cobijaba?

Reciente, fresca está la abierta fosa
Que encierra las cenizas venerandas
Del hijo de Caracas, (41) i llorosa
La familia chilena i enlutada,
Hoi de nuevo quebranto
Poseida, derrama acerbo llanto.

Murió Sassíé, de duelo
Están los tiernos pechos que le aman,
Los míseros dolientes que le llaman
Con votos incesantes,
Los amigos constantes,
I la Patria entre palmas de victoria,
Con que sus nobles hijos les han ornado,
Pronuncia con dolor su nombre amado
I le une al sentimiento de su gloria.

La amistad, ese don que a los mortales
Se dió para consuelo de la vida
En su míseros males,
Hoi sufre aguda, dolorosa herida;
I el agradecimiento,
Precioso sentimiento
Que supo conquistar el jenio activo
Del mortal jeneroso i compasivo,
Que salud i consuelo
Cual nueva Providenca repartia,
Hoi en mísero duelo
Amarga queja envia al alto cielo!

Murió el que los secretos de Esculapio
Con talento divino
Poseyó, i el instinto peregrino
De su elevada profesion tenia.
¿Quién no pronuncia, sollozando, el nombre
De Sassí? ¿quién no encuentra en su memoria
Del sábio amigo algun recuerdo caro,
O algun ejemplo raro
De abnegacion profunda,
De tierna compasion, o pudoroso

Noble desinteres? Ah! que lo digan
En torno de su losa
La matrona virtuosa,
El pobre que le llora,
El amigo, el discípulo querido,
Chile, en fin, que le pierde en fatal hora.

¿I descenderé yo del hondo pecho
A pintar la amargura,
La sorpresa, el dolor, la incertidumbre,
Mi ciega resistencia,
Para aceptar el fallo de la suerte,
Contra toda evidencia,
I aun a la faz horrible de la muerte?
Es inútil tarea, empeño vano,
Que del funesto trance en el momento,
Todos los corazones
Con fuerza simultánea, irresistible
Se unieron en un mismo sentimiento!

¡Oh! cuán grata memoria
Guardo de su amistad i cuántas vece
Encontré en ella plácido consuelo!
Objeto fuí de su tenaz desvelo,
En dolencia crüel, i ¡cuál encanto
I solaz encontré en tu trato ameno,
De universal saber i de luz lleno!

Yo te he visto algun dia,
De juventud en el vigor lozano,
I del vivir en la sazon florida,
Cuando el Sena dejaste,

Sassí, i a nuestras playas abordaste.
Chile tu Patria fué, patria querida,
Que tu saber ornó con su presencia,
Do vertiste el tesoro de tu ciencia,
I el don le hiciste de tu hermosa vida.
Con fuerza duplicada.
Del patriótico amor el fuego santo,
Sintió tu corazon viril i puro;
Frances, tu noble pecho conservaba
Con orgullo, indeleble la memoria
De aquel suelo querido,
De tu primera edad precioso nido;
Pero a Chile ligado
Con vínculos estrechos de ternura,
Sus reveces sentias
En sus aciagos dias;
Eran tuyas sus dichas i su gloria,
I, a la voz de victoria (42)
Que desde el lecho percibió tu oido,
Tu ya oprimido pecho
Palpitó de placer enternecido.

Pero, todo acabó! fiera dolencia,
De su abnegada vida acerbo fruto,
Le hirió con rudo golpe,
Dando a la muerte un ópimo tributo.
Inútil fué la ciencia
I del tierno cariño los desvelos;
Sueño vano, engañoso,
La halagüeña esperanza;
Ni la plegaria ardiente,
Ni el jemido inocente,
Del cruel destino compasion alcanza:.....

I en un rápido instante,
Cual metéoro brillante,
Desparecíste, sí, i con faz llorosa,
Abierta miro la mortuoria fosa.

¡Cuán sentidos adioses
En ecos de elocuencia i de ternura
Sobre sus restos caros
Ofreció la amistad sincera i pura!
I cuán copioso lloro
Derramó el pueblo, en tan aciago dia
Al contemplar su bienhechor i amigo
Su vida, su tesoro,
En el silencio de la tumba fria.

Adios ¡amigo! adios! mis tristes ojos,
No te verán jamás en este valle
De miseria i dolor; mas el inmenso
Seno de Dios revélase a tu mente,
Océano de lumbre i de dulzura,
Donde descansa i vive
En gozo puro intenso,
El alma venturosa en cuyo oido
Resonó la verdad con voz potente,
Sábio feliz, el celestial sendero,
Percibiste del bien, i bendecido
Por la relijion santa,
Cual ofrenda preciosa,
I palma victoriosa,
La Caridad al cielo te levanta!

EL MEJOR RECUERDO. (43)

Al recorrer la série
De mis años mas bellos
Nada encontré que fuera
Tan dulce i halagüeño,
Ni en mi juventud tierna,
Ni en mis pueriles juegos,
Cual de la virtud santa
Que jerminó en el pecho
El indeleble i puro,
Consolador recuerdo.

De juventud las gracias
Pasáronse mui presto,
Las lisonjas i halagos
Pajas fueron al viento,
Cuidados reemplazaron
Los sensibles afectos
I en tristes realidades
Despues convirtieron
Las gratas ilusiones
Que se forjó el deseo.

Mas, si la piedad tierna
Palpitar hizo el pecho,
Si con dulces palabras
Al triste dí consuelo,
O al débil e ignorante
Luz de sano consejo
I oportuno socorro
Al pobre i al enfermo;
¡Estos, sí, fueron goces
Que no se llevó el tiempo!

Amargos sacrificios
Con ánimo sereno
Hice mas tarde en aras
De algun deber austero....
Mas nunca me robaron,
La dicha i el sosiego
Cual la ilusion efímera
De un goce pasajero
Que en pos de sí dejaba
Tenaz remordimiento.

¡Virtud! qué siga siempre
Pisando tus senderos,
Como en los dulces dias
De mi candor primero.
Sin tí, no brota flores
Este mundano yermo....
Oh! yo os bendigo amante
En lo íntimo del pecho
¡Del bien i la inocencia
Purísimos recuerdos!

A MI HIJA MATILDE. (44)

SONETO.

Ultimo resplandor del claro dia
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo i mi alegría,

De tu edad en la bella lozanía.
De gracias i virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo i la ternura mia.

Tú el solitario hogar con tu presencia
Adornas; mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

I miéntras mi plegaria sube al cielo
I en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

EL ESCÉPTICO MORIBUNDO. (45)

FRAGMENTO.

. . . . . .
Silencio pavoroso
Reina en la estancia solitaria i triste
A la par de magnífica i lujosa
Del opulento dueño . . . .
Una lámpara en alto suspendida
Refleja su luz débil
En el oro brillante
De los costosos muebles i en los cuadros,
Do brilla el elegante
Gusto i primor del arte mas preciado.
Un péndulo colgado
En el muro señala lentas horas,
I al través de finísima cortina,
Sobre almohadas de blanca muselina,
La lánguida cabeza
Del enfermo se inclina
Privada de esplendor i belleza.
De hinojos cabe el lecho
Se vé tambien una mujer, que orando
Férvida hiere su inocente pecho.

Aquel rico i dichoso, cuya suerte
Fuera objeto de envidia
Para la ambicion necia,
Hoi con su pena i su dolencia lidia
I los tesoros i el placer desprecia.

Ayer no mas el aura lisonjera
De la gloria felice lo halagaba
Cual dorada quimera;
Los dones del poder i la fortuna
Pródigos en su cuna se vertieron
Los años trascurrieron
De juventud ardiente i borrascosa
Que jamás corrijió la desventura;
I, soltando rienda a sus pasiones,
Víctima prematura
Es ya de sus mentidas ilusiones.

Agotado al rigor del sufrimiento
Flaquea su valor. El pensamiento
Recorre mil ideas incoherentes;
Lugares i personas diferentes
Pasan en confusion ante sus ojos,
I solicita en vano
Remedio a su penar. ¡Nada en lo humano
Encuentra de consuelo! . . . .
. . . .Sus ojos en el cielo
No osa fijar quien nunca imajinara
Hubiese en él un Dios que le mirara;
I, si es que nada teme, nada espera . . . .
Jime i se desespera
Teme morir, la amarga despedida
Le aflije del placer i de la vida!

—«Qué soledad! esclama, aun no me muero
I ya así me abandonan. . . . Mi heredero
Calculando estará de mis tesoros
El crecido valor. Talvez las horas
Cuenta de mi existir, i aun a la muerte
De perezosa acusa ¡infeliz suerte!

«Mas ¿qué es la muerte al fin?. . . . Breve pasaje
Del dolor a la nada, triste viaje
Mas necesario al fin, imprescindible . . .
Burla crüel i amarga del destino,
Que con risa infernal cierra el camino
A la dicha, la gloria i la esperanza. . . .
¡I tengo de morir! . . . La intelijencia
Como débil fanal siento apagarse,
Las fuerzas me abandonan. . . .
Oh! si talvez creyese en otra vida
Ménos infeliz fuera: mas perdida
Es ya toda esperanza. . . .
Mi alma otra fé no alcanza
Que la nada o la duda
I el porvenir cerrado oscurecido
Húndeme en el silencio del olvido!»—

Así esclamaba el triste i retorcia
Sus miembros fatigados,
Estraviada su mente se perdia
En funesto delirio;
Una idea le asalta, otra le deja
Torna a exhalar desesperada queja
I cambia, mas no cesa su martirio!

***

—«Veo el sepulcro abierto: llegó mi hora,
La muerte presa suya me reclama. . . .
La nada o el infierno. . . . ¿quién me llama?. . . .
No lo sé discernir!
«—Oh! qué cáos de horrores me rodea!
No hallo a mi padecer tregua ni calma;
Si al triste cuerpo sobrevive el alma,
¡Terrible porvenir!

«Eternidad! . . . . ¡vacío inconcebible!
Eternidad! palabra sin sentido!
¿Por qué vienes a herir mi torpe oido
Con hórrido fragor?
«I. . . ¿por qué helado tiemblo al pronunciarte?
Quién te inventó para tormento fiero
De este ser deleznable, pasajero
Condenado al dolor?

«Peregrino estraviado que se pierde
En espantoso i árido desierto,
O náufrago infelice que del puerto
Llevó la tempestad;
«Así camino yo en delirio insano,
Perdidas mis brillantes ilusiones,
Por ignorado mar a las rejiones
De la honda eternidad.

«Dónde está aquella vida deleitosa?
Dó la plácida luz que me alumbraba?
Dó la dulce amistad, que me adulaba?
Dó la gloria falaz?

«Dó se fué la esperanza seductora
De la belleza, juventud i vida?
I aquel gozar sin tasa ni medida?
Dónde el ánimo audaz? . . .

«Todo despareció, cual humo leve,
O nube que disipa el raudo viento;
I fueron solo engaño el pensamiento,
La dicha i el placer;
I yo muero, me estingo para siempre,
Como una débil vacilante lumbre;
Pronto será mi cuerpo podredumbre
I la nada mi ser!

«¿La nada he dicho? No! . . . que la rechaza
Esta ánsia de gozar que el alma siente!
Quiero vivir; grabada está en mi frente
Celeste irradiacion!
«Ah! no puede estinguirse la centella
Que me anima ¡a tan necias opiniones
Responde con vibrantes conmociones
La voz del corazon!

«Mas, si no me aniquilo ¿cuál sendero
Se abre a mi porvenir? La duda impía,
La duda que juzgué sabiduría
Hoi se burla de mí!
«I en pos de la embriaguez en que he vivido
Mecido en la ilusion falaz i artera,
Me muestra la verdad su faz austera
Que ántes no conocí. . . .

«Pero, nó!... todo es farsa, todo sueño....
Venid a mi redor, caros amigos,
De mi felicidad fieles testigos,
Mis manos estrechad!
«Apuremos los goces de la vida,
Llenadme el ancha, perfumada copa,
I en ocio muelle i alegría loca
Por el placer brindad!

«Veo la clara fuente, los jardines
De la grata mansion de mis placeres,
El banquete servido, las mujeres
De rostro encantador....
«Venid a levantar el hondo peso
Que grava el corazon, venid, hermosas,
Coronados de mirtos i de rosas
Brindemos al amor!

«Oigo mil voluptuosas armonías
Me halaga de las auras blando beso,
Del delicioso vals al embeleso
Quiero alegre danzar.
«Venid a sostenerme, amigos caros;
Bellas, poned las manos en mi frente,
Templadme este volcan de lava ardiente,
Voi el lecho a dejar.

«Pero vuestras guirnaldas se marchitan,
El fuego las abrasa, las consume,
I el hálito que exhalan no es perfume,
Es humo, fetidez....

«Veo caras diformes, espantosas
I, en vez de las profusas cabelleras,
Blancas i descarnadas calaveras,
Espanto, lobreguez!

«Oh! ¡qué burlas, qué risas, qué algazara
I destemplados gritos. . . .! ¿qué os he hecho?
Por qué danzais en torno de mi lecho?
Qué me quereis? decid.
«Apartaos, imájenes funestas,
No me tendais los brazos, retiraos,
Habitad del infierno el hondo cáos
Id, visiones, huid!

« . . . .Se van. . . .se van. . . i pavorosa noche
De frio i de tinieblas me rodea;
Me deja al fin esa infernal ralea,
Así respiraré.
«Pero siento cavar mi sepultura,
Oigo el lúgubre canto de la muerte,
Del infierno o la nada ¡infeliz suerte!
La víctima seré!»

. . . . . .
. . . . . .

NOTAS.

PÁJINA 2.—*Nota* (1).

Las oscilaciones políticas de mi país han sido causa de que yo jamás haya pensado en reimprimir este *Canto*. Estamos mui léjos del tiempo en que la historia pronuncie su fallo imparcial sobre don Diego Portales, que aun en el dia tiene admiradores entusiastas i apasionados detractores. Ajena de toda cuestion política, yo no quiero pertenecer ni a unos ni a otros; pero, como hija de ilustres patriotas, no puede serme indiferente el juicio que mis contemporáneos formen por esta produccion acerca de mi modo de pensar, i esta es la razon porque me anticipo a esponer lijeramente mis ideas sobre este hombre célebre, a fin de justificar la pureza de mis intenciones en los elojios que le he prodigado.

Yo he creido siempre, que, dotado Portales por la naturaleza de talentos superiores i una enerjía poco comun, tenia vocacion a mandar; que, elevado sobre las ramas de un partido poderoso i dominado por una situacion extraordinaria, se vió en la necesidad de tomar providencias fuertes, que le concitaron muchos ódios; pero, que mas adelante desplegó con una incesante laboriosidad grandes miras patrióticas i el mas jeneroso desprendimiento de todo interés personal. Que, empeñado Chile en la cuestion del Perú, se mostró vivamente interesado en una empresa, que al honor de la patria importaba tanto llevar a cabo i conducir a un glorioso desenlace: i, en fin, que, apesar de hallarse revestido de influjo ilimitado, supo respetar la vida de los hombres, aun de sus mayores enemigos; sin hablar de otras preciosas garantias conservadas en tiempo de su gobierno.

Estos antecedentes, unidos al carácter alevoso i trájico de su muerte, escitaron por él una vehemente simpatía, que, suspendiendo toda animosidad i antiguo resentimiento, obligó al pueblo chileno a derramar sobre su sepulcro sincero i amargo llanto. Yo me sentí conmovida hasta lo íntimo del alma; i, con todo, no he creido ser otra cosa en aquellos dias que intérprete fiel del sentimiento jeneral. Mi *Canto* halló eco en todas partes; i, para mí, tiene algo de mui estraordinario que una simple mujer, poetisa improvisada al parecer solo para aquel momento, sin relaciones de ninguna clase con Portales, se alzase entonando su elojio. La espontaneidad de este hecho, unida a la consideracion de mi carácter personal, le dan cierta semejanza con aquellos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los lábios de la inocencia i que tanto peso tienen en la balanza de la justicia.—Agosto 25 de 1846.—*El Autor.*

PÁJINA 6.—*Nota* (2).

Esta alusion se dirije al coronel don Eujenio Necochea, quién, habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta su muerte.—*El Autor.*

PÁJINA 8.—*Nota* (3).

(1) El pueblo de Valparaiso se adelantó a recibir los cadáveres de Portales, Zaldívar i Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales, despues de embalsamado, fué conducido con gran pompa a Santiago, donde se le hicieron honores estraordinarios.—*El Autor.*

PÁJINA 15.—*Nota* (4).

Este soneto es contestacion a unos versos franceses dirijidos al autor por Mr. Belmont que entónces redactaba *El Minero.* En esos versos, felicitando a la poetisa que habia cantado la muerte de Portales, le prodigaba entre otros epítelos el de Safo a que alude el rasgo final del soneto.—*El Editor.*

PÁJINA 21.—*Nota* (5).

Alusion a la guerra entre el Perú i Chile.—*El Autor.*

PÁJINA 31.—*Canto a la Patria.*

El Canto a la Patria fué escrito para celebrar la primera distribucion de premios de la *Sociedad de Instruccion Primaria* que se habia recien fundado en Santiago.

Celebróse el acto con la mayor solemnidad en el local hoi conocido con el nombre de Casino de la Filarmónica; i el malogrado escritor i poeta don José Antonio Torres leyó este *Canto* ante una numerosa concurrencia que lo acojió con estrepitosos aplausos.—*El Editor.*

PÁJINA 36.—*Nota* (7).

En la Capilla erijida en Santiago para perpetuar la memoria de Pedro Valdivia, fundador de la ciudad, existe un magnífico retrato del conquistador obsequiado por doña Isabel II de España, quién quiso contribuir con este regalo a hermosear ese sencillo monumento.—*El Autor.*

PÁJINA 37.—*Nota* (8).

El ex-jesuita don Juan Ignacio Molina, que escribió en italiano la historia de Chile. A este sábio naturalista ha levantado el pueblo de Santiago una estátua de bronce, primer monumento de su clase, fundido en el país, i acaso en Sud-América.—*El Autor.*

PAJINA 42.—*Nota* (9.)

La *Sociedad de Instruccion Primaria* bautizó una de sus escuelas con el nombre de *Luisa Recabárren* en memoria de los servicios que esta digna señora prestó a la causa de la independencia nacional. La señora Recabárren, madre del autor, hubo de soportar duras pruebas durante el triste período, que en nuestra historia se llama *la reconquista.* Su esposo el doctor don José Gaspar Marin tuvo que espatriarse, i ella se vió cargada con el peso de una numerosa familia; objeto de persecuciones de parte de las autoridades españolas, tuvo la suficiente entereza para confiar en su causa i no desmayar, ni ante el rigor de los enemigos ni ante las pruebas de la pobreza

que la visitó como a muchas otras familias patriotas. La batalla de Chacabuco halló a la señora Recabárren prisionera en uno de los monasterios de Santiago.—*El Editor.*

PÁJINA 49.—*Nota* (10).

En esta i las dos estancias siguientes el Autor elojia los patrióticos propósitos que en su principio abrigaba la *Sociedad de Instruccion Primaria.*

Esta Sociedad ha dado mas tarde a una de sus escuelas el nombre de *Mercedes Marin.—El Editor.*

PÁJINA 51.—*Nota* (11).

Amenazaba a Chile en la época en que se escribieron estos versos una terrible revolucion, que estalló meses mas tarde.—*El Autor.*

PÁJINA 61.—*Nota* (11).

Se escribió esta composicion con motivo de un *bazar* de Beneficencia, organizado por la señora doña Antonia Salas, en el que se vendian a beneficio de los pobres preciosos trabajos de mano hechos con este objeto por las señoritas de Santiago.—*El Autor.*

PÁJINA.—64 *Nota* (12).

Las Hermanas de Caridad, entónces recien establecidas en Chile.—*El Autor.*

PÁJINA 122.—*Nota* (13).

Pocos hombres pudiera hallarse mas dignos que José Romero de ser presentados como modelo a la imitacion de pueblo.

Nacido en humilde esfera, fué protejido en su infancia por el señor don Agustin Vial Santelices, cuya familia lo profesó hasta su muerte la estimacion a que se hacia acreedor por sus relevantes virtudes.

José Romero sirvió con valor en las campañas de la independencia, i ha-

biendo comenzado su carrera de tambor, tenia al morir un grado entre los oficiales de nuestro ejército, i ostentaba sobre su pecho mas de una medalla ganada en los campos del honor por acciones distinguidas.

Pero ántes que todo, fué Romero el hombre de la caridad. No podia ver una miseria sin aliviarla, cada desvalido hallaba en él un hermano.

Visitaba continuamente las prisiones para examinar el alimento que se daba a los detenidos, solia pedir limosnas para ellos, i les prodigaba, a mas de estos auxilios, los no ménos preciosos del consuelo i del consejo.

Mas de treinta son los reos que, merced a sus empeños, libró del último suplicio. A muchos acompañó hasta el patíbulo, confortándoles con cristiana caridad en tan amargo trance.

Queriendo honrar la memoria de este benefactor de la humanidad, los artesanos de Santiago celebraron por el reposo de su alma unas magníficas exequias en el templo de San Agustin, i los promotores de esta manifestacion solicitaron de la señora Marin escribiera algunos versos en honor del finado.

Inspirada ella, como siempre, en los sentimientos de caridad i patriotismo que formaban la esencia de su alma, escribió este largo canto en una sola noche.

Las circunstancias en que se dió a luz eran demasiado tristes para el país, i la poetisa exhaló en estos versos toda la amargura de su alma, herida en lo mas hondo por las desgracias de la patria.

La circunstancia de parecerse algo el final de esta pieza al del *Canto fúnebre a la memoria de don Diego Portales* le habin hecho pensar en variarlo, o suprimir toda la composicion, caso de hacer una edicion de sus *poesías*. El Editor no ha creido del caso esa supresion i lo incluye en este libro.—*El Editor.*

PÁJINA 132.—*Nota* (14).

La publicacion de este soneto, hecha dos años despues de compuesto, dió motivo a una polémica en la que se le achacó al autor el propósito de querer reavivar odios apénas sofocados. Nada estaba mas léjos de su mente que semejante intencion; no se la habria atribuido quien conociera a fondo su carácter.

El autor quiso vindicarse i lo hizo en el siguiente:

SONETO.

Hai instantes de horror en que la mente
Exhala su penar cual ronco trueno
Que ruje de las nubes en el seno
I las desata en líquido torrente:

Por la patria verter llanto doliente
Propio es de un corazon de su amor lleno,
Si ella apura la copa del veneno
O amancilla el baldon su réjia frente.

Anatema al *rencor* i al *egoismo*,
Union, olvido, paz, solaz i gloria,
Solo anhela el sincero patriotismo;

Mas no mueren los hechos de la historia,
I de reprobacion el alto grito
Contiene en sus desbordes al delito.—*El Editor.*

PÁJINA 133.—*Nota (15).*

Escribióse este soneto con ocasion de haber el autor obtenido el indulto de cuatro reos que iban a ser fusilados a consecuencia de un motin militar que estalló en el Cuartel de Artilleria de Santiago.

Hé aquí como un diario de la época refiere este suceso, cuyo recuerdo guardaba el autor de estos versos como uno de los mas gratos de su vída:—«La noticia del próximo fusilamiento de cuatro hombres en capilla, del sacrificio de cuatro vidas mas de las que ha perdído la sociedad en las contiendas civiles, movió el juéves último a la respetable señora Marin de Solar a ir a ver a varias matronas distinguidas e influyentes de esta capital i escitarlas a obtener a todo trance el perdon de aquellos cuatro infelices que iban a ser inmolados en aras de la rigorosa ordenanza militar. Sus palabras que serian elocuentes, porque eran inspiradas por la misma caridad que la habia sujerido tan jenerosa empresa, encontraron una entusiasta acojida en aquellas señoras.

Al punto se dirijieron a casa de los señores Consejeros de Estado, i despues de las tiernas entrevistas que debió haber, accedieron los señores Consejeros a ir en la noche del misma dia juéves a palacio, con el propósito de acordar el perdon de los desgraciados reos. No se reunió esa noche el Consejo, pero se acordó mandar suspender entre tanto la ejecucion de la pena capital.

Al dia siguiente se reunió el Consejo a las dos de la tarde, i pocos momentos despues la jenerosa protectora de los infortunados reos, recibió un billete concebido en estos téminos:

«Acaban de cumplirse sus deseos, los deseos del Presidente de la Repú-

blica, los de los Consejeros de Estado, i los de las respetables señoras que con Ud. han intercedido por el perdon de los reos en capilla. Soi de Ud. S. S *Manuel García.—(El Mercurio).*

Cree el editor, que este soneto, fué dedicado al señor don José Joaquin Perez, que entre los Consejeros de Estado tomó el mayor empeño porque se realizase este acto de clemencia.—*El Editor.*

PÁJINA 136.—*Nota* (16).

En el *duo* del primer acto, Adalguisa descubriendo a Norma el estado de su corazon, le refiere tan detenidamente ciertas demostraciones de afecto dadas por su amante, que Norma no puede dejar de reconocer por las mismas que ella recibió en otro tiempo de Polion, i esta amarga idea la hace prorrumpir en la esclamacion ¡*O rimembranza*! a la que la señora Pantanelli daba una entonacion tan penetrante como patética.—*El Autor.*

PÁJINA 137.—*Nota* (17).

Alude a la próxima partida de la señora Pantanelli.—*El Autor.*

PÁJINA 139.—*Nota* (18).

Doña Teresa Rossi, compañera de la señora Pantanelli.—.*El Autor.*

PÁJINA 147.—*Nota* (19).

A consecuencia del indulto de los reos de que se hace mencion en la nota número 15, la elegante poetisa de Valparaiso doña Rosario Orrego de Uribe dirijió al autor de estas poesías el siguiente soneto:

Tu nombre oí: mi corazon ardiente
Osó aspirar al lauro del poeta:
¡No al blanco lirio iguala la violeta!
Loca ambicion de espíritu impaciente.

Ora, mas libre de ilusion la mente,
No por brillar ante tu sol se inquieta,
Ni por llegar a la elevada meta
Donde alcanzó tu inspiracion potente.

Hoi no admiro ya en tí la gran señora,
La poetisa de gloriosa fama;
Admiro al ánjel que piedad implora,

A quien su madre el desdichado llama,
I que al cerrarse la entreabierta huesa,
Arrebata al patíbulo su presa.

La señora Orrego de Uribe firmaba en aquella época sus versos con el seudónimo de *Una madre*, que todavía suele usar alguna que otra vez. Entónces ignoraba el público su verdadero nombre i a esta circunstancia alude el autor en el presente soneto con que correspondió a la interesante poetisa porteña.—*El Editor.*

PÁJINA 153.—*Nota* (20).

La *Casa de María*, el mas simpático de nuestros establecimientos de beneficencia, es un asilo de niñas desamparadas, donde las acojidas reciben por algunos años educacion i sustento. Fué fundada por el señor Presbítero don Blas Cañas, cuyo nombre quedará ligado para siempre a tan bella institucion.

Inauguróse solemnemente en diciembre de 1858; i la señora Marin leyó en este acto el *Canto a la caridad*, en presencia del Iltmo. señor Arzobispo i lo mas escojido de nuestra sociedad.—*El Editor.*

PÁJINA 158.—*Nota* (21).

Nuestros lectores nos dispensarán la aglomeracion de tantos nombres. Cada uno de ellos representa un personaje célebre o alguna institucion benéfica, i muchos reunen ámbos caractéres.—*El Autor.*

PÁJINA 159.—*Nota* (22).

San Francisco Javier, el célebre Apóstol de las Indias que evanjelizó el Japon, deseó ardientemente pasar a la China, no solo para llevar allí la fé, sino tambien para obtener la corona del martirio. Despues de su muerte lograron los jesuitas entrar en la China i el tratado últimamente celebrado entre esta potencia i la Inglaterra nos ha sujerido la alusion que hemos hecho en el canto. El tratado se rompió despues; pero el poeta tiene fé en Dios i espera.—*El Autor.*

PÁJINA 160.—*Nota* (23).

Este personaje histórico es el mismo que Chateaubriand ha introducido en su *Atala.—El Autor.*

PÁJINA 162.—*Nota* (24).

El jesuita Valdivia fué mui distinguido en la época de la conquista por sus virtudes i talento, i se interesó vivamente en la Corte de España por la estincion de las encomiendas, a causa del mal trato que recibian los indios.—*El Autor.*

PÁJINA 163.—*Nota* (25).

No podemos ménos de recordar el nombre de la señora doña Paula Jara; i nombrariamos otras que existen (1) si no temieramos sonrojar su modestia.—*El Autor.*

PÁJINA 166.—*Nota* (26).

El señor don Alejandro Cicarelli, quien cedió, para edificar la *Casa de María*, una espaciosa quinta de su propiedad que representaba para él sus aho-

(1) Sin duda esta alusion se refiere a la señora doña Antonia Salas de Errázuriz.—*El Editor.*

rros de artista. Este virtuoso pintor napolitano dió a los pobres casi todo cuanto poseia i hoi goza en un modesto retiro la satisfacion que le produce el noble empleo de sus riquezas en beneficio de las huérfanas que lo miran como su padre. Tan noble rasgo de desprendimiento fué dignamente secundado por la esposa del señor Cicarelli doña Rosa Vilche. En la *Casa de María* hai una inscripcion que recuerda la caridad de este matrimonio cristiano.—*El Editor.*

PÁJINA 167.—*Nota (27).*

Se sabe que el virtuoso i ejemplar presbítero Balmaceda cedió en vida su pingüe patrimonio en beneficio de los pobres.—*El Autor.*

PÁJINA 167.—*Nota (28).*

El señor Arzobispo Vicuña, tio abuelo del señor Cañas, fundador de la *Casa de María.—El Editor.*

PÁJINA 168.—*Nota (29).*

Cuando se escribieron estos versos, la *Casa de María* estaba bajo la proteccion de una sociedad de señoras piadosas. Hoi corre bajo la direccion de una órden de relijiosas canónicamente establecida por el actual Pontífice.—*El Editor.*

PÁJINA 169.—*Nota (30).*

El Iltmo, i Rmo. Arzobispo de Santiago don Rafael Valentin Valdivieso.—*El Editor.*

PÁJINA 171.—*Nota (31).*

Cantóse este himno en la inauguracion de la *Casa de María*, por las alumnas del establecimiento.—*El Editor.*

PÁJINA 88.—*Nota* (32).

La declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María Santísima fué célebrada en Santiago con una pompa que no ha tenido igual mas tarde. Las autoridades eclesiásticas i cíviles se unieron en estos solemnes cultos, con ocasion de los cuales escribió el autor este *Canto.—El Editor.*

PÁJINA 194.—*Nota* (33).

La guerra de Oriente estaba entónces en su mayor fuerza.—*El Autor.*

PÁJINA 223.—*Nota* (34).

Rosas persiguió, en efecto, el cadáver de Lavalle que sus compañeros de armas llevaron en su fuga, logrando sacarlo hasta Bolivia de donde sus huesos fueron trasportados a Chile por uno de sus fieles veteranos que les dió sepultura en Valparaiso. Mansilla se apellidaba este hombre, modelo de lealtad, quien permaneció hasta su muerte en el suelo donde yacian los restos de su ilustre jeneral.—*El Autor.*

PÁJINA 232.—*Nota* (35).

Mi hija Maria Mercedes, muerta a la edad de seis años.—*El Autor.*

PÁJINA 250.—*Nota* (36).

Italia, Polonia i Nueva Cranada.—*El Autor.*

PÁJINA 253.—*Nota* (37).

La obra impía de Ernesto Renan.—*El Autor.*

PAJINA 262.—*Nota* (38.)

La Universidad.—*El Autor.*

PÁJINA 264.—*Nota* (39).

Mi *Canto fúnebre a la memoria de don Diego Portales* se publicó a instancias del señor Bello.—*El Autor.*

PÁJINA 267.—*Nota* (40).

Alusion a la inícua guerra que por entónces trajo a Chile la monarquía Española.—*El Autor.*

PÁJINA 269.—*Nota* (41).

El señor don Andrés Bello, muerto poco tiempo ántes que el Doctor Sassie. —*El Autor.*

PÁJINA 272.—*Nota* (42).

El Doctor Sassie alcanzó a saber el triunfo de la patriótica revolucion de Arequipa que echó por tierra en el Perú el gobierno del jeneral Pezet, tan contrario a los intereses de América.—*El Autor.*

PÁJINA 274.—*Nota* (43).

Estos versos, los mas antiguos del autor que se insertan en la coleccion, pertenecen a la época de su primera juventud i son por tanto uno de sus primeros ensayos.—*El Editor.*

PÁJINA 276.—*Nota* (44).

Versos dictados el dia ántes de morir el autor.—*El Editor.*

PÁJINA 277.—*Nota* (45).

Dejó el autor a su muerte una leyenda inconclusa, que por encargo suyo terminó el editor de este libro, dándola despues a luz con el título de *Escepticismo i Fé.* A dicha obra pertenece el fragmento a que se refiere esta nota.—*El Editor.*

APÉNDICE.

Terminada la publicacion de las Poesías de la señora doña Mercedes Marin de Solar, el Editor ha creido conveniente reproducir en seguida algunos de los lisonjeros juicios que sus obras han merecido de parte de distinguidos literatos.

Por no abultar el volúmen no incluye en el presente *Apéndice* la bella *Biografía* de la poetisa que dió a luz poco despues de su muerte el elegante escritor don Miguel Luis Amunátegui, la que, sin duda, merecia un lugar de preferencia en estas pájinas.

Con los juicios literarios de que se ha hecho mencion, se insertan ademas las bellas composiciones que escribieron en la muerte del autor tres distinguidos poetas americanos los señores Real de Azúa, Narvaes, i Gomez.

MARIN DE SOLAR MERCEDES.

(DE LA AMÉRICA POÉTICA).

La señora doña M. M. de Solar, cuyas poesías tenemos la fortuna de insertar en esta coleccion, es hija de la capital de Chile, en cuya sociedad se distingue tanto por sus talentos como por su modestia i virtudes.

A su aplicacion, únicamente, debe la facilidad con que sabe espresar sus pensamientos en clara i elegante prosa i en armoniosos versos; pues como ella misma nos lo ha manifestado, «nacida con la revolucion de su país, solo alcanzó en los primeros años de su vida, aquella mezquina educacion que se daba entónces a las personas de su sexo»».

Esta señora ha resuelto, a nuestro entender, un problema difícil, mostrando prácticamente cual debe ser el uso que de un espíritu cultivado deba hacer la mujer en el estado actual de nuestras sociedades. Ella estudia para educar por sí misma la tierna intelijencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, i para poder recomendar con elocuencia, a la juventud de su sexo, las ventajas de la ilustracion, del saber i de la virtud.

Presidiendo una vez el acto de reparticion de premios en un liceo de Señoritas, les dirijió estas palabras, que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio:—«La historia, la literatura, las bellas artes, os ofrecen sus inmensos tesoros: a todo puede elevarse vuestra intelijencia, que no cede en viveza i penetracion a la del hombre. De todo podeis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, i sin contradecir el destino que les ha deparado la Providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambicion peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro, i que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas i cubierto de precipicios: no obstante, su vida que en gran parte forma la consagracion al deber i una modesta sumision a las conveniencias sociales, puede aun estar llena de encantos si la sensibilidad i las luces, reunidas en proporcion, forman los elementos de su carácter . . .La solemnidad de este acto os dejará las mas puras e indelebles impresiones. Vosotros lo recordareis con gusto cuando mas adelantadas en la vida conozcais el precio de la inocencia i del reposo; porque los goces de la virtud no se borran jamás, i su memoria, como la de la infancia, esparce una suave i encantadora luz, aun en los confines del sepulcro.»

No son comunes modelos como el que presenta esta señora: los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos i el ejercicio que ha hecho de ellos, es una leccion que pueden aprovechar otras personas, particularmente hoi, cuando el monopolio del saber ya no le es permitido al hombre, i cuando la educacion del bello sexo entra en un camino mas luminoso i mas ámplio.

Por esta razon de utílidad no trepidamos en copiar aquí parte de una carta que la señora Marin ha escrito recientemente, sin intencion de que viera la luz i en la cual esplica, cómo se sintió llevada a cultivar las letras, i cual es el fruto que recoje de esta dulce tarea. Dice así. «Ajena toda la vida de pretensiones al saber, solo he escrito cuando alguna fuerte emocion o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en la mano.....Desde mui temprano me hicieron entender mis padres, que, cualquiera que fuese la instruccion que llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma, conocí cuan acertado era a este respecto su modo de pensar, i exajerándolo, talvez en demasía, juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno estraño, acaso ridículo, i que un cultivo esmerado de la intelijencia exjia, de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal.....El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer libros útiles para la educacion de mis hijos....Mis versos son como un lujo de mi vida privada, i no pocas veces han contribuido a librarme de alguna fuerte i dolorosa impresion.»—

Discretas i elegantes palabras! Nó muestran por si solas, mas que una biografía minuciosa, la sensata moralidad i el finísimo tacto social de quien las ha escrito?

JUAN MARIA GUTIERREZ.

LA NOVIA I LA CARTA.

(JUICIO DEL CRÍTICO FRANCES MAX RADIGUET).

(Traduccion)

Esperamos que el movimiento actual remate en una era verdaderamente fecunda; débense citar algunos de los escritores, cuyas inspiraciones, disper-

sas sin órden en los periódicos de Santiago o Valparaiso, merecen se les recoja i salve del olvido. Chile no solo cuenta con poetas, sino tambien con literatos. La cortesía nos ordena citar en primera línea, entre estos representantes de una literatura naciente, a la señora doña Mercedes Marin. Una leyenda en verso que ha publicado, *La Novia i la Carta*, corresponde a los ensayos del propio jénero que aparecieron en Francia en medio de la efervescencia poética anterior a 1830, i en la que el elemento clásico no se borraba aun sin pasar ante las exijencias del romanticismo. El argumento de la leyenda, es la lucha entre el amor i el deber en el corazon de una mujer casada. Se juzgará del calor jeneral del poema por el siguiente pasaje, en que el autor canta la virtud espirante:

Mas tú cedes, ¡ai Dios! i un sí terrible
Se escapa de tu lábio
Descolorido i trémulo cual rosa,
Que en tarde borrascosa
Ajita el huracan. La faz turbada
Tornas en rededor, como buscando
Inútil proteccion; las rutilantes
Pupilas apagadas se estravian
I miradas de espanto solo envian,
Como la luz siniestra del relámpago
Que amedrenta i aterra
Presajiando mil males a la tierra.

Hai en el autor de la *Novia* cualidades i defectos que pocas veces andan unidos. Su leyenda algunas veces llena de gracia i naturalidad, cae otras en efectos vulgares; es una relacion comenzada como un poema i que concluye como un melodrama.»

RECTIFICACION

AL JUICIO ANTERIOR.

SS. EE. de *El Pais:*

Desagradable es por cierto para mí la idea de ocupar al público, aun por un momento, con un asunto puramente personal, i de bien poca importan-

cia; pero como creo tener algunas razones para hacerlo, reclamo su indulgencia i no dudo que me la concederá.

En el folletin publicado en el número 16 del *País*, he visto mi nombre citado con motivo de una leyenda que publicó el *Crepúsculo* en 1843, i que ha tenido la bondad de recordar el señor Max Radiguet, en la reseña que hace de la literatura chilena de aquel tiempo. Confieso que siempre me seria grato su recuerdo, aun cuando solo hubiera sido para criticarme; pero tengo que rectificar dos errores del literato, que solo puedo atribuir a falta de atencion, o a una lectura demasiado rápida i poco reflexiva. El señor Radiguet dice que «el asunto de la *Novia i la Carta* es la lucha entre el amor i el deber en «el corazon de una mujer casada.... Se juzgará, dice, el color jeneral del «poema, por el siguiente pasaje, en que el autor canta la virtud espirante:»

Mas tú cedes ¡ai Dios! i un sí terrible
Se escapa de tu lábio
Descolorido i trémulo cual rosa
Que en tarde borrascosa
Ajita el huracan. La faz turbada
Tornas en rededor como buscando
Inútil proteccion; las rutilantes
Pupilas apagadas se estravian
I miradas de espanto solo envian,
Como la luz siniestra del relámpago,
Que amedrenta i aterra,
Presajiando mil males a la tierra,

El autor de la crítica no me ha comprendido. La novia a quien iban dirijidas estas palabras en la carta de su amante, era una jóven, soltera aun, i que, violentada por su padre a contraer un matrimonio contra su voluntad, recibe la carta un momento despues de haber empeñado su fé i recibido la bendicion nupcial. Las fogosas espresiones que se citan, las escribe el amante cuando aun no se habia verificado el funesto enlace, de modo que el *sí terrible* de que se hace mérito no es la voz de la *virtud espirante*, como ha creido el señor Radiguet, sino la aceptacion de un esposo aborrecido i el sacrificio doloroso de un amor puro i casto a la voz del deber i a la voluntad inexorable de un padre desnaturalizado. El amante lo ve todo en su imajinacion i reproduce su pluma el cuadro que tiene delante de los ojos.....Nó, yo no habria empleado jamás estos colores para juntar un sentimiento bastardo, i, a decir verdad, esa clase de argumentos nunca ha sido de mi gusto.

El señor Radiguet añade que mi leyenda es «una relacion comenzada como un poema i concluida como un melodrama.» El crítico no la leyó toda sin duda, pues, a ser así, habria visto, que mi obra concluye como principió, es

decir, terminando la relacion del poema, con una série de quintillas que dejan perfectamente cerrado el argumento i que princípian así:

Hundió en el sepulcro frio
A Delina su dolor,
Que no pudo el albedrío
Resistir al poderío
De la elocuencia de amor.

Delina muere, en efecto, a causa de la funesta carta del que ama i en las otras quintillas se da razon de la suerte del malhadado amante, de los padres, i aun del desairado novio. No sé cómo el literato frances se ha equivocado en mi contra tan groseramente; pero hai un prolóquio antiguo que nos asegura que tambien *dormitó Homero*. De todos modos me es grato el que haya quien se ocupede nuestra literatura. ¡Ojalá este noble i delicado gusto recobre sus derechos en Chile!

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

CANTO A LA CARIDAD.

COMPOSICION POÉTICA DE LA DISTINGUIDA SEÑORA DOÑA MERCEDES MARIN DE SOLAR.

(DE «EL CATÓLICO» DE LIMA.)

Tonemos el gusto de reproducir en nuestras columnas la hermosa composicion poética, que tomamos del *Correo de Ultramar*, i que puede considerarse como uno de los laureles que adornan la frente de su recomendable autora. Difícil nos seria espresar todos los sentimientos que hemos esperimentado al leer esa brillante composicion, en que a la delicadeza del sentimiento se unen la fluidez mas grata, la erudicion histórica i la cadencia majestuosa, que va poco a poco elevando el espíritu a la altura en que debe encontrarse para participar de la inspiracion del autor.

Considerándonos poco aptos para hacer un análisis detenido de la composicion, tenemos que apreciarla principalmente bajo otro aspecto—el de su influencia social:—la poesía está llamada a desempeñar un gran papel en la obra de la rejeneracion relijiosa del siglo XIX. Con efecto: entre los elementos humanos con que puede contarse para tan grande empresa, no hai duda que la poesía relijiosa influye sobremanera en despertar el sentimiento que nos lle-

va a Dios, i que está como adormecido por el materialismo i la corrupcion de costumbres de la época. I en esta obra de rejeneracion campean las mujeres, porque ellas tienen un tesoro de sentimiento bastante poderoso para tocar las fibras del corazon. Las mujeres, que en todos los siglos han escrito con sus hechos pájinas brillantísimas en las historias; las mujeres, que han formado a los Padres de la Iglesia i que han puesto la cruz en la corona de los reyes bárbaros. Por eso la Providencia divina no se descuida en suscitar siempre dignas matronas que empleen sus talentos en servicio de la noble causa de la relijion; así, Carolina Coronado i Jertrúdis Gomez de Avellaneda en España, Silveria Espinosa de Rendon en Bogotá i la actual poetisa de Chile parece que combinaran sus esfuerzos para tejer una corona que debe ceñir la frente augusta de la relijion cristiana. Ojalá que nuestras dignas i hábiles matronas consagrasen sus talentos al mismo objeto, ya que el cielo las ha dotado con tanta liberalidad!

Nosotros, como periodistas católicos, no podemos ménos que congratularnos por tan felices acontecimientos, i saludar en nombre de la relijion, que nos gloriamos de profesar, a la ilustre poetisa de Chile para quien impetramos las bendiciones del Altísimo. Ojalá que sus cantos se reproduzcan en todo el orbe católico i que su ejemplo sea fecundo para honra i gloria de Dios i edificacion de los fieles!

AL PIE DE LA CRUZ.

PLEGARIA.

(DE LAS REVISTAS DE «EL INDEPENDIENTE.»)

La señora doña Mercedes Marin de Solar, la célebre poetisa chilena, la única mujer-literato que podemos presentar (si concurso hubiera para la literatura femenil en América), acaba de publicar una *plegaria* en verso dirijida al Ilustrísimo obispo de la Concepcion; i por cierto que jamás la rica vena de la poetisa americana ha podido correr mas sentimental e inspirada.— Uncion, calor divino, éxtasis cristiano, poesía celeste, ternura, todo aquello, en fin, que se necesita para un cuadro semejante, está contenido en esa bella pieza literaria, en que rebosan no solo la fantasía sino la dulzura i la delicadeza de los grandes poetas del cristianismo.

La Oda tan celebrada de Marchena a *Cristo Crucificado* i otras composiciones de esta especie, nos parecen pálidas comparadas con esta nueva muestra del talento poético de la señora Marin; i al decir esto ni nos mueve

el móvil rastrero de la adulacion ni ningun otro aliciente que pueda hacernos flaquear en nuestros juicios.

Ah! para pintar las delicias de la fé, el pasmo de la creencia, los arrobos de la esperanza, se necesita tener en el harpa las cuerdas de David, i aun así, dudamos que las manos de un hombre pudiesen sacar sonidos tan anjélicos i suaves.

Cuando se oye a la prosa, la voz de la poesía es un bálsamo que cura el desencanto que aquella produce. Benditas las almas que piensan para ennoblecer el sentimiento! Benditas las que lloran por el estravío del vicio! Benditas las que toman sobre sus hombros la tarea de pedir perdon a Dios por los que lo desconocen!

Si la señora Marin, como lo hemos dicho ya tantas veces, hiciese el sacrificio de darnos una coleccion de sus poesías, seriamos los primeros en felicitarla; i apesar de esto no haríamos sino mui poca cosa en pró de quien merece tanto loor de las musas.

Ya que la Universidad promueve reuniones populares, que quiere que asistan mujeres a sus sesiones ¿por qué no da el diploma de *literato* a la mujer única que poseemos i que podemos presentar como una joya ante la América entera?

La Academia Francesa pensó hacer miembro corresponsal a Jorje Sand; ¿qué tenia entónces que la nuestra quisiese hacer este honor, o mejor, honrarse con tener en su seno a la madre i esposa modelo, a la única señora que entre nosotros ha cultivado las letras? Hágalo i le perdonamos las injusticias que diariamente comete. Pero qué lo ha de hacer; el ilustre filósofo don Ventura Marin solo ha podido merecerle esta honra cuando no la necesita.

I bien, lectores, leed la plegaria, i vereis que tengo razon.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

A JOSÉ ROMERO, EL DIA DE SUS EXÉQUIAS.

CARTA DIRIJIDA AL AUTOR POR EL SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO TORRES, REDACTOR DE «EL MERCURIO.»

Mayo 7 *de* 1858.

Mi intelijente amíga: Me tomo la libertad de dirijiros públicamente esta carta porque todos los homenajes que se tributen al talento, al patriotismo i a las virtudes deben ser públicos.

La muerte de ese pobre José Romero ha sido una pérdida positiva i

sensible para nuestro pueblo, en el cual habia alcanzado, por sus nobles acciones i jenerosos esfuerzos, una popularidad bien rara. El patriotismo i el amor a la humanidad me han inspirado siempre, i, reconociendo que en Romero se encontraban ámbos reunidos, para celebrar sus exequias quise tambien unir los ecos de mi lira a los sentidos adioses de la multitud.

Ya habia tomado la pluma cuando llegó a mis manos vuestra magnífica composicion consagrada al mismo asunto. Mis versos entónces se convirtieron en esta carta, que será a la vez un tributo de admiracion a vuestro talento i al buen uso que habeis hecho siempre de él, i un homenaje a la vida de ese hombre del pueblo, que, lleno siempre de buen humor, llevó la esperanza, el consuelo, la salvacion a tantos miserables i desgraciados, que lo bendijeron i que guardarán por largo tiempo su memoria.

Vuestro canto fúnebre es la flor mas bella arrojada al sepulcro de ese hombre filantrópico i su mejor título para ante la posteridad. En él nos contais sus virtudes; i sus hechos se desprenden de vuestra armoniosa lira en versos fáciles i sentidos. Habeis envuelto las nobles acciones de ese humilde amigo del pueblo en los ricos perfumes de la poesía.

Decís al principio de vuestro canto:

I ¿aun debo yo cantar? El sacrificio
Lo exije la virtud, no el humo vago
De vanidad i adulacion rastrera;
En la hora postrimera
Del que modelo fué de patriotismo,
De humanidad i honor, el egoismo
Ceda a la admiracion i la justicia

Si, señora, debiais cantar porque el asunto era digno de vos, i cantasteis. El poeta ha venido a la tierra a reparar las injusticias de los hombres, para disipar con su aliento ese *humo vago de la vanidad i de la adulacion rastrera*, i restablecer sobre sus tronos todas las virtudes; cantasteis porque la inspiracion se apoderó de vuestra alma, i un noble sentimiento templó las cuerdas de vuestra lira; porque sois patriota, i un hombre lleno de abnegacion i patriotismo habia bajado al sepulcro: porque «José Romero, como ha dicho mui bien un diario, fué un tipo aparte en esta tierra de Chile.....Vivió para todos ménos para él mismo. Vivió para los desgraciados mas que para los que viven felices entre sus compatriotas. Fué, sin embargo, el amigo de todos los ricos i de todos los poderosos, i murió sin herencia i sin honores.»

Las gracias, el talento i el jénio reclaman las alabanzas del poeta; pero tambien los bienhechores de la humanidad son dueños de sus cantos.

Ese popular plebeyo que jamás conoció otro partido que el de la desgra-

cia, cuyas ambiciones solo sembraron en sus compatriotas la gratitud i el consuelo, a quien en las cárceles, i en los ranchos, i en los lugares del infortunio se le encontraba siempre alegre i solícito servidor, ha dejado a su muerte un ejemplo digno de imitarse: su vida entera.

En los desgraciados tiempos que alcanzamos, señora, cuando se desdeñan los méritos i se olvidan las virtudes por ensalzar vidas manchadas i de triste celebridad, debemos empeñarnos en construir un pedestal brillante i de eterna duracion a esas nobles figuras que aparecen de cuando en cuando para ser el orgullo de los pueblos; debemos anteponer con resolucion i enerjía la fidelidad que inspiran los sentimientos puros, a esa otra fidelidad al vicio i al crímen inventada por los hombres.

Haceis relaciones en vuestro canto a un hecho tristísimo que viene a amargar los últimos momentos de Romero i que indignó a toda la República; i haceis relacion de él en versos tan tiernos i tan llenos, que no puedo ménos de trascribirlos en vuestro elojio.

Decís:

Crisol de la virtud es la desgracia;
Mas ¡ai del que a los buenos ejercita,
Con criminal audacia
Saciando impone su insolente gusto;
Que venganza el delito al cielo grita,
I si el hombre perdona, Dios es justo!
El sensible Romero
Atormentado fué, i al fin postrero
De su avanzada vida
Una profunda herida
Su pecho laceró; baldon injusto,
Ultraje inmerecido
Cayó en el nombre de la casa ilustre
Do vió la luz primera:
Oyólo referir: sin verter llanto
Muda dejó caer sobre la almohada
Su cabeza abrumada
Por el dolor, la indignacion i espanto....
¿Qué pensó ¡o Dios! en el supremo instante?
No lo sé, nó; mi pluma no es bastante
A pintar su afliccion leal i profunda
Minó hiel corrosiva
Su noble corazon....Sordos rumores
Circundaron su lecho de dolores
Sus ansias redoblando;

I en un aciago dia
Rompiéndose su frájil estructura
Su alma abandonó el mundo
I su cuerpo ocupó la sepultura.

. . . . . .

. . . . . .

Habeis consolado, señora, perfectamente la sombra de Romero i habeis anatematizado como merece un hecho, que para nuestra mayor pena i confusion, no tiene ejemplo en nuestra historia.

Vuestro canto fúnebre, una de las flores mas bellas de nuestra naciente literatura, vivirá para siempre en la mente del pueblo porque él es la historia de uno de sus hijos mas queridos, i la espresion dulce i tierna de un alma llena de inspiracion i de civismo.

Que ya se principie entre nosotros a hacer justicia siquiera a los que mueren, cantando con imparcialidad los sucesos desgraciados o felices que llenaron sus dias, i desterrándose para siempre la calumnia infame i la adulacion rastrera!

Vuestro apasionado amigo.

José A. Torres.

RESPUESTA A LA CARTA ANTERIOR.

Mayo 9 *de* 1858.

Mui señor mio i buen amigo: Con indecible satisfaccion he leido la elocuente i lisonjera carta que por el *Mercurio* de ayer ha tenido Ud. la bondad de dirijirme, i que ciertamente me habria envanecido, si no tuviese tan bien formada la conciencia de mi poco valor.

En efecto, estoi intimamente persuadida de que el buen suceso de mi *Canto a Romero* lo debo todo al mérito de este hombre escepcional, i a las simpatías que sus virtudes le habian ganado de antemano en todas las clases de la sociedad, i que Ud. jóven, entusiasta, patriota i poeta, ha debido sentir en toda su plenitud. No obstante, confesaré francamente que me complace infinito haber sido en esta ocasion el eco de esa voz imponente i sagrada, que se ha levantado sobre el sepulcro del hombre del pueblo para honrar su memoria, i que me es igualmente grato coincidir con Ud. i con la jeneralidad de mis compatriotas en el amor a la justicia i el respeto que se debe a la virtud.

Lo que siento es que Ud. no haya llevado a efecto sus deseos de escribir

algo en verso sobre Romero, privándonos así de una nueva produccion (mui bella sin duda) de su bien templada lira.

Reitero a Ud. mi gratitud i me suscribo su atenta servidora i amiga.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

(DE LAS 4 BELLAS ARTES)

Entre los fundadores de la literatura nacional ocupa un lugar distinguido la señora, con cuyo nombre encabezamos este artículo. Doña Mercedes Marin de Solar en Chile, como doña Jertrúdis Gomez de Avellaneda en Cuba, como doña Silveria Espinosa de Rendon en Nueva Granada, es uno de los nombres mas populares i mas queridos.

Por su sexo i por su carácter bondadoso i severo ha alcanzado lo que rara vez alcanzan los poetas en nuestros países americanos, mantenerse alejada de los círculos de partido, de los odios políticos i de las rivalidades que naturalmente se despiertan en estos casos. Buena madre de familia, distinguida matrona en nuestra sociedad, tuvo bastante modestia i buen sentido para no invadir, apesar de que su talento parecia darle derecho a ello, para no invadir, decimos, el campo que la naturaleza i la costumbre reservan a los hombres. Jamás tomó cartas en eso que impropiamente llamamos política i que no es mas que un semillero de intrigas i de pequeñeces: si alguna vez alzó la voz en medio de las tormentas populares fué para elevar un himno mas alto que nuestros odios, para llorar las desgracias de la patria o para rogar a Dios por la paz de sus compatriotas. ¡Hermosa mision que tan bien supo comprender, mision de bondad que supo llenar con su corazon de mujer i con su inspiracion de poeta!

Nacer con el don del jénio, brillar en el mundo por la virtud i el talento, hallar sembrado de flores i aplausos el camino de la vida, merecer siempre el homenaje de respeto de sus compatriotas i ser para ellos una gloria nacional; i, por último, morir en brazos de hijos amantes, en el seno de una familia querida i de una creencia sublime: ¡oh! eso es ser feliz sobre la tierra! A eso es a cuanto puede aspirar en el mundo una alma elevada i sabiamente ambiciosa!

I tal fué la carrera que corrió doña Mercedes Marin de Solar.

Como estas líneas que escribimos no tienen la pretension de ser una bio-

grafía, ni ménos una estirada crítica literaria, permítannos los lectores que, para darles una idea exacta de nuestra poetisa, los llevemos algunos años atras i les narremos de la manera como la conocimos i como aprendimos a comprender su bellísimo carácter. Es este un recuerdo de infancia, i lo guardamos i lo acariciamos como una de las mas gratas impresiones de nuestros primeros años.

En el verano del año 50 fué invitado el que estas líneas escribe por un amigo de colejio, que es hoi un brillante poeta, a pasar algunos dias de campo en la hacienda de sus padres. Aceptado el convite, en una hermosa mañana, luego que llegamos, fuí presentado por mi amigo a su familia i a su señora madre.

La noble matrona, cuando entramos a su aposento, estaba sentada al lado de una pequeña mesa leyendo un libro, cuyas hermosas i tiernas pájinas aprendí a comprender yo mismo mas tarde, la *Imitacion de Cristo.*—Al ruido de nuestros pasos levantó ella la cabeza i alzó sus grandes ojos pardos hácia nosotros: pocas veces he visto una frente mas bien formada, ni una mirada mas pura i mas bondadosa. No representaba mas de cincuenta años, su estatura era pequeña, i su conjunto todo tan simpático, tan agradable, que era imposible verla una sola vez sin cobrarle un afecto profundo. Su voz era tan insinuante i tan dulce, su palabra tan elocuente i tan suave, sus apreciaciones tan exactas i desapasionadas, que parecia esa mujer destinada a rendir el corazon de cuantos se le acercaran. A lo ménos, tal fué en aquella época la impresion que nos produjo la señora doña Mercedes Marin de Solar. Creo que a todos los que han conocido a esta distinguida poetisa chilena les ha pasado lo que a mí: que nunca han olvidado el momento en que por primera vez se le acercaron.

Pasé algunos dias en tan grata compañía i la ví siempre la misma, siempre jovial, modesta, i cariñosa: parecia que por el cielo de esa alma no cruzaba jamás una nube, que no podia haber una sombra en el cristal de esa conciencia. ¡Cómo nos agradaba estar cerca de ella i oir su voz en esas largas veladas de estío! Qué hermoso era verla rodeada de su familia, querida i respetada por todos, i siempre con una palabra, con una frase lisonjera para cada uno! Al lado de esa mujer no existia el dolor, no era posible el fastidio!

Desde aquellos agradables dias de campo siempre conservé con cariño su amistad, i, apesar de los años, jamás ha variado un punto desde entónces la idea que me formé de su carácter i de su talento.

Mas tarde, hombre ya, el estudio de sus obras me hizo formar un juicio mas cabal de la poetisa, imprimiendo en mi alma un respeto mas profundo por la mujer.

Recuerdo con cierta gratitud aquella modestia singular que la distinguia i que la llevaba al estremo de pedirnos a nosotros mismos, niños entónces, el

juicio que formábamos de algunas de sus composiciones. Nunca he visto tanta modestia unida a tanta intelijencia! I si se le hacia alguna observacion no la desatendia i se mostraba tan dócil, que muchas veces fuimos testigos de dejar lo bueno suyo por tomar talvez lo mediano ajeno: tanto desconfiaba de su propio juicio!

Ahora, al recorrer sus poesías, brotan involuntariamente las lágrimas a nuestros ojos; en cada una de ellas hallamos tanta verdad, tan delicados sentimientos, que olvidamos a la poetisa para recordar solamente a la noble anciana que conocimos en sus últimos años. I es este justamente el mérito de sus producciones; no hai en ellas nada de falso, nada de oropel, nada de esa pompa hueca que aturde los oidos sin dejar nada en el corazon. La verdadera poesía no busca palabras, no trabaja por hallar ideas; vienen sin esfuerzo, i las palabras brotan oportunamente para darle forma.

Por eso sin reparo le hemos dado desde el prineipio el nombre de *poetisa* a doña Mercedes Marin: i cómo no serlo la autora de la sentida plegaria «Al pié de la Cruz?» ¿I cómo no serlo la autora de las siguientes estrofas?

«Dulce es morir, cuando en la edad primera
Con la aureola feliz de la inocencia
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil,
Como la hermosa flor de la pradera,
Que, para ornar el tiempo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano,
De tu tallo jentil

. . . . . .

«Dulce es morir, cuando una mano amiga
Sostiene nuestra lánguida cabeza
I una voz inspirada en la belleza
Del divinal amor,
Con peregrino acento nos prodiga
Palabras de dulcísima esperanza,
Mostrándonos en suave lontananza
Eden encantador.

. . . . . .

Tambien es hermosa la introducion a su canto fúnebre en «la muerte de don Diego Portales.»

Este crímen atroz, perpetrado por el brazo de un miserable asesino, no

pudo ménos de arrancar a nuestra poetisa esos acentos sublimes que han hecho de esa produccion una de las mejores obras de la literatura chilena. Puede juzgarse de su entonacion por sus primeros versos:

Despierta, musa mia,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiracion benigna pide al cielo;
I desde esta mansion de luto i llanto
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crímen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo i horror será del mundo.»

Fué tanta la aceptacion que mereció esta obra en aquella época que toda la prensa, talvez sin escepcion alguna, la cubrió de elojios i en todo el país no hubo casi persona medianamente educada que no aprendiese de memoria muchas de sus estrofas. Entónces fué cuando el nombre de la poetisa chilena se hizo verdaderamente popular. El pueblo aplaudió con entusiasmo a la poetisa i lloró con sus versos amargamente la memoria de ilustre ciudadano que ellos lloraban. Hacia justicia así al mérito de la poesía i al inmenso golpe que la Pátria habia recibido con la muerte del primero de sus hombres públicos.

Poetisa de inspiracion, doña Mercedes Marin siempre ha tenido armonías en todos los grandes acontecimientos de nuestra historia; poetisa de sentimiento, siempre para toda desgracia de la Patria, de la amistad, de la familia, ha abierto su corazon en hermosísimos versos para dar algun consuelo o alguna esperanza.

Si alguna de sus hijas se aleja de su lado, si alguno de sus amigos llora la muerte de un ser querido, si un hombre honrado sufre, o deja de existir, su lira está pronta, i sus acordes melancólicos arrancan un lamento que siempre es el eco del pueblo, del amigo, de la madre, i, en fin, de todo corazon que tiene sentimiento!

Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas:

«Piedad ¡o Dios de amor! en la agonía
Amantes hijos tu favor reclaman!
Oye a los que te adoran i te aman,
Salva la grei, Señor, que en tí confía!

Oye al mártir, Pastor de tu manida,
Que, los brazos al cielo levantados,
Te ruega por los hijos estraviados
I por tu santa Esposa perseguida!

Contempla, o Dios! mil corazones fieles
Que sufren por tu causa aciaga pena,
Derraman triste llanto en larga vena
I apuran por tu amor amargas hieles!

Escucha de tus siervos el jemido,
Calma de la impiedad la furia horrenda,
Acepta de los justos pura afrenda,
Salva a tu pueblo amado i escojido;

Que unido en torno de su enseña santa,
Fijos sus tristes ojos en la altura,
De tí espera el auxilio en su amargura
Combatiendo al error con firme planta,

Miéntras en fé divina enardecida,
El alma llena de mortal quebranto,
Con mi amor te consagro i con mi llanto
Este suspiro de mi inútil vida!

. . . . . .

No queremos dar termino a este artículo sin decir dos palabras sobre la leyenda «Escepticismo i Fé» que dejó empezada doña Mercedes Marin, i que poco despues de su muerte dió a la prensa Enrique del Solar. Aunque la mayor parte de los versos de la leyenda son de la pluma de este jóven i distinguido poeta, el plan es orijinal i solo de nuestra poetisa.

Poner en parangon en un mismo cuadro aquellas dos ideas opuestas, retratar con vivo colorido un alma desgarrada hasta en los últimos moméntos por el gusano de la duda, describir la agonía penosa del que solo ha vivido sobre la tierra para el deleite, i no para el bien, i todo esto en magníficos versos, en el lenguaje de la verdadera poesía: hé ahí lo que es esta hermosa leyenda.

Permítasenos citar algunos fragmentos de la última parte en que se describe la muerte del incrédulo, i que resumen en sí solos el argumento de todo el poema.

Despues de sufrir las fatigas de una larga agonía,

I con desabrido ceño
Su cabeza ya pesada
Desplomó sobre la almohada
Con mal simulado sueño

Ya su faz se descolora:
Una lágrima a correr
Empieza ¡como al nacer,
Al morir el hombre llora!

Frio i copioso sudor
Sobre su espaciosa frente
Corre, i perturban su mente
Las angustias del terror.

. . . . . .

—«¡Perdon, esclama, Dios mio!
Piedad, Salvador del mundo
—¡Piedad!» dijo el moribundo
Con lábio convulso i frio!

I tras un rápido instante
De justicia o de piedad.
Lo oprimió la eternidad
Con su sello de diamante . . . . . .

. . . . . .

¿I hubo una fiesta en cielo
Por una alma arrepentida?
¿Cubrió su faz afijida
El ánjel con denso velo?

Grande es de Dios la bondad
I es iman de su clemencia
El ruego de la inocencia,
La voz de la caridad!

Mas al que ateo vivió
Talvez su error no le escuda
I el que hizo un Dios de la duda
Duda en pos de sí dejó!

Por no alargarnos demasiado renunciamos a citar algunos de los hermosos versos que abundan en esta leyenda. Pero no queremos dejar pasar esta ocasion sin dar lugar en nuestro artículo a algunas líneas que sobre esta misma leyenda de la poetisa chilena escribió el distinguido periodista don Zorobabel Rodiguez.

«Ya es tiempo de que los que pulsan la lira cristiana se persuadan de que la mision del poeta no es cantar para cantar; ni para producir sensaciones tan agradables como efímeras; ya es tiempo de abandonar a los maestros de la duda, de los vicios i de los sarcasmos estériles.

«Mui otra i mui mas grande es hoi la tarea de los que saben manejar una pluma cristiana. Tócales en suerte buscar las bellezas del mundo moral, para mostrar las ventajas que llevan a la del mundo de la materia; mostrar a la humanidad con repetidos ejemplos su noble destino i su oríjen celeste, levantar con la fé, la frentes de los que dudan, con el amor de lo infinito, de lo puro, los corazones de los que sufren el tedio de los goces sensuales; con la caridad, el alma toda de los que solo saben aborrecer o despreciar a sus semejantes.

La señora Marin de Solar comprendió estos deberes, que Dios le habia impuesto, dotándola de tan raras i tan aventajadas dotes, i no solo supo comprenderlos, supo tambien cumplirlos.

Esto constituirá la principal i mas envidiable gloria de la poetisa.

Desgraciadamente, doña Mercedes Marin, si vivió lo bastante para su gloria, no vivió lo bastante para el cariño de sus amigos. En diciembre de 1866 dejó de existir a los sesenta i cuatro años de edad. Murió en medio de la paz que inspira el recuerdo de una vida consagrada a la virtud i en brazos de una relijion sublime que lleva el último consuelo al moribundo.

Entónces se le pudo aplicar, como lo observa su hijo, Enrique del Solar, en una sentida carta en que cuenta los últimos momentos de nuestra poetisa aquella sublime estrofa:

«Dulce es morir, cuando una fé sublime
Al alma le revela su destino,
I de flores i palmas el camino
Le siembra de la cruz:
I al débil ser que en este mundo jíme,
Agobiado de penas i dolores,
Trasforma de la muerte los horrores
En apacible luz.»

Pocas horas ántes de morir templó por última vez su lira i conpuso los siguientes versos:

A MI HIJA MATILDE.

SONETO.

(SE HALLA IMPRESO EN LA PÁJINA 276.)

Así cuentan las leyendas que muere el cisne, exhalando su última armonía! Así, tan tranquilo, tan solemne, muere el sol en una hermosa tarde de verano i nos envia su último rayo, como postrer consuelo de su pérdida!

De ella se puede decir lo que ella misma escribió en otra ocasion sobre el sepulcro de un ilustre prelado de la iglesia chilena.

«Cumplióse aquí la lei de la natura
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura;
Mas si rauda se eleva hácia la gloria
El alma eterna, refulJente i pura,
¿Dónde está de la Muerte la victoria?

Hoi el nombre de doña Mercedes Marin de Solar es un título de gloria para la literatura chilena.

Sus versos durarán en la memoria de nuestros conciudadanos miéntras se hable en Chile la lengua de Calderon i de Cervantes.

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

PRÓLOGO

PUESTO POR DON ZOROBABEL RODRIGUEZ A LA LEYENDA «ESCEPTICISMO I FÉ.»

La benevolencia de un amigo querido ha puesto en nuestras manos esta leyenda i encomendado a una pluma, mas habituada a la política que a las letras, la tarea tan honrosa como delicada de presentarla a los lectores del *Independiente.*

Por fortuna no hemos participado jamás de las ideas de aquella escuela que reduce la crítica a una enumeracion prolija i árida de defectos de forma. Creemos que, valiéndonos de las palabras de un gran literato, «la crítica verbal i negativa que se detiene en la superficie, en las palabras, en el estilo,

sin penetrar en el sentido íntimo; que busca el gusto mas que el jénio, los pormenores mas que el conjunto, la carencia de defectos i la observacion de las reglas, mas que las bellezas; debe ceder el campo a la crítica filosófica que no se ocupa tanto en examinar los pasos del arte, como en remontarse a su oríjen i a las raices que tiene en el corazon humano.» La verdadera crítica «no puede reducirse a las minuciosidades, celebrar la exactitud, venerar las medianías, cuyo mérito consiste en no haber cometido pecados, sino que se insinúa en el espíritu del autor i de su época..... estudia al autor en todas sus relaciones, vive con él i con el mundo que le rodea..... Aquellas áridas clasificaciones del mundo antiguo, aquellos comentarios en los cuales el autor era hecho trozos, como Acteon por sus perros..... en que se pierden el libre sentimiento i la pura impresion primitiva, están hoi abandonadas al vulgo literario.» (1)

Conviene reproducir estas ideas tan elevadas como exactas, aquí donde no pocas veces una crítica, tan mezquina como pretensiosa, ha hecho entender a la tímida juventud que es temerario intento tomar una pluma sin repetir ántes de memoria i una a una mil reglas en que ningun escritor piensa cuando escribe. Conviene repetir que la crítica es algo mas que contar por medio de los dedos las sílabas de cada verso i ver si se han aplicado con cuidadoso esmero las reglas de la métrica, algo mas que subrayar aquí una palabra tachada de galicana por el señor Baralt, otra por anticuada, acullá una tercera porque no espresa con toda exactitud la idea segun el Diccionario de Sinónimos. Nó, esa no es la útil i verdadera crítica. Ella es incapaz de distinguir siquiera la diferencia que hai entre el jénio i las medianías. Bajo su cartabon Homero seria pigmeo i Lucano un jigante: a sus ojos Voltaire tenia razon cuando aludiendo a Shakespeare se vanagloriaba de «honrar a este bárbaro histrion recojiendo algunas perlas de su basurero.»

Tal es la idea que tenemos de la útil i verdadera crítica: esa es la única fecunda i que corresponde a la nocion cristiana del arte. Aquí nos encontramos con otra palabra que conviene definir claramente ántes de pasar adelante.

En efecto, ¿cómo juzgaríamos con acierto una obra del arte sin tener ántes una idea precisa de lo que esta palabra significa? ¿Cómo medir el valor de un trabajo literario sin saber ántes la medida que vamos a aplicarle, el objeto que debe proponerse, la lei inmutable a que debe sujetarse el artista?

Procuremos, pues, dejar esta luz en la playa ántes de hacernos a la vela. Ella nos indicará con precision el puerto cuando nos lo hagan perder de vista la variedad de las formas o las desigualdades del estilo. Proceder de otro

(1) C. Cantú.

modo es esponerse a cometer grandes injusticias i a caer en lastimosas contradicciones.

¿Qué es pues el arte? Un gran orador que es al mismo tiempo un inspirado artista, ha dicho: «El arte es la espresion de la belleza ideal bajo una forma creada.» (2)

Esta definicion, como se ve, revela en el arte dos puntos esenciales: lo *bello* como objeto inmediato, la *creacion* como obra, dos cosas que mostrándolo en toda su grandeza lo refieren, a su principio i centro, al verbo increado, centro sustancial de toda belleza ideal i modelo divino de toda creacion humana.

Pero si el arte tiene por objeto inmediato lo bello, esto no es ni debe ser su objeto final.

La fórmula: *el arte por el arte*, tan preconizada por algunos filósofos, cantada en versos tan hermosos por algunos poetas es, estética i filosóficamente considerada, un verdadero absurdo.

«Nada existe en la creacion que exista por sí o para sí. Acaso el sol es para el sol? Acaso el rio es para el rio? Acaso la flor es para la flor? El hombre mismo por ventura es solo para el hombre.....?

Entónces ¿por qué el arte seria para el arte? El arte, como todo lo demas, es para un fin superior a sí mismo. Su cielo como el cielo de la naturaleza tiene por fin último cantar la gloria de Dios. I aun ántes de tocar a este fin supremo, el arte tiene un fin mas cercano, tiene un ministerio social ante la humanidad. Este ministerio es perfeccionar la vida humana, acercándola a su ideal, que es Dios mismo.»

Perdónennos nuestros lectores si no nos sentimos con fuerzas suficientes para resistir a la tentacion de citar aun un párrafo mas de este admirable maestro.

«Sí, elevar a los hombres atrayéndolos hácia las alturas, imprimir a la humanidad, por un movimiento de abajo a arriba, una direccion ascendente i una marcha progresiva, artistas que me escuchais, no lo olvideis jamás, he ahí vuestra vocacion sublime, vuestra ocupacion verdaderamente real. La humanidad, para la cual trabajais, cualquiera que sea su grandeza i progreso, tiene siempre necesidad de que la eleven, porque su educacion nunca concluye. A vosotros toca tomar una jenerosa parte de este glorioso ministerio: a vosotros toca ser con muchos otros, los brillantes educadores de esta humanidad que tiene la vocacion de subir siempre i no bajar jamás: a vosotros en fin, arrastrar a las jeneraciones que os admiran en el sentido de su verdadero destino.» (3)

(2) P. Félix, conferencias, 1867.
(3) Id.

Nos ha parecido oportuno sentar con claridad las ideas que conceptuamos verdaderas en materia de crítica i de arte, porque así los lectores se darán mas fácilmente cuenta de nuestros juicios, que descansarán sobre una base conocida de todos.

A la falta de ideas fijas sobre estos puntos debe atribuirse la vaguedad, la incoherencia i hasta la superficialidad de los juicios sobre trabajos literarios que está acostumbrado a leer el público de Chile.

Tal método en el presente caso, ademas de falso, seria poco respetuoso. A la venerable matrona que ha tenido la gloria de abrir al bello sexo de Chile nuevas sendas para hacer el bien i ganar honra i gloria, es preciso juzgarla a la luz de elevados principios. I aun cuando nuestra tarea se limita a apreciar una sola de sus numerosas producciones, veremos bien pronto que esta leyenda, como todo lo escrito por su pluma, lleva el sello de su alma de artista.

¿Cuál es en efecto el pensamiento que sirve de base a la leyenda? No otro que *el de poner* de manifiesto la superioridad del hombre de fé sobre el hombre de duda.

La autora ha tomado a estos dos seres en un momento decisivo, en el momento de la muerte; nos ha pintado, en fáciles i hermosos versos, la angustia del incrédulo i la confianza del creyente.

Véase, pues, al artista cumpliendo hábilmente su noble mision: la de elevar al hombre, a la humanidad. Véase como el cristianismo da a sus hijos el verdadero sentimiento artístico, como imprime a todas las concepciones un sello de grandeza que subsiste independientemente de los defectos o de las bellezas de la forma.

Dejemos sino aparte toda consideracion relijiosa i colocándonos en el punto de vista de lo grande i lo bello comparemos estas dos situaciones.

El artista se acerca a un lecho de dolor, i allegándose al moribundo incrédulo, le pregunta: ¿Sabes a dónde vas? El enfermo se incorpora apénas i señalando la tierra con el dedo, contesta como el Glaudrax de *Sibila:* allí! Acércase, empero, a otro hombre que tambien se halla en los umbrales de la eternidad, los mismos dolores lo atormentan, pero en su frente no arde la desesperacion, brilla la esperanza: le pregunta como al incrédulo: ¿Sabes a dónde vas? i tambien como el incrédulo se incorpora en el lecho i tiende una mano; pero esa mano señala el cielo i sus lábios murmuran con la enerjía de la fé: allá!

Supongamos que éste último sea víctima de una alucinacion i que aquel esté en la verdad. ¿Cuál de las dos soluciones de ese terrible enigma es mas consoladora, cuál ennoblece mas al hombre, cuál es mas bella, mas poética, mas digna de ser cantada por el poeta, esculpida i perpetuada en los monumentos del arte?

I sin embargo hai una escuela literaria a que pertenecen autores conocidos de todos, ensalzados por muchos, que ha tomado a pechos sostener que la nada vale mas que el ser, que la duda es mas noble que la fé, que la cortesana desvergonzada es un tipo mas digno del arte que la mujer virtuosa. ¿Quién no conoce alguna de esas obras, en que se desarrolla la teoría de lo feo, en que se presentan como tipos dignos de imitarse algun jorobado, alguna dama de las Camelias? ¿Quién ignora que el campo preferido por ciertos poetas i novelistas, es el de las tabernas i el de todo lo mas bajo i despreciable que puede existir en las rejiones del espíritu i en las rejiones de la materia?

Para otros el tipo de la belleza está en dudar de todo, en burlarse de todo. Manfredo i Fausto, son sin embargo dos eminentes personajes que se desesperan haciéndose preguntas, que todo niño resuelve fácilmente con su catecismo en la mano. La grandeza del maestro ingles está, como ha dicho Veuillot, *en darse al mundo en espectáculo de escándalo.* La del aleman está en la divinizacion de la duda, es decír, en ostentar ante un mundo cristiano los harapos de la ignorancia pagana.

Tales maestros cuentan en América numerosos prosélitos, que pierden su tiempo i sus esfuerzos escribiendo obras que nacen para morir al dia siguiente. La corriente sin embargo tiene tal fuerza, la enfermedad es tan contajiosa, que, no sabriamos como tributar merecidos elojios a los que tienen el valor de tomar otro camino. I ese valor lo ha tenido en un grado eminente la señora Marin del Solar en esta leyenda i en todos los escritos de su fácil i elegante pluma.

Este valor, que seria digno de aplausos en un hombre, lo es mucho mas en una señora. ¿Quién no sabe cuan de poco tono es para la jeneralidad de los poetas i literatos la piedad, la fé enérjica i el espiritualismo católico? Quién no sabe que la moda reina despóticamente sobre el bello sexo, i que lo que está hoi de moda es la impiedad, la duda i los placeres de los sentidos?

Cúbenle, pues, a la distinguida poetisa, de quien nos venimos ocupando, dos puras i merecidas glorias. La de haber abierto el sendero de las letras al bello sexo de Chile i la de haber tenido el valor i el tino de elejir el único verdadero i digno de un católico.

Si hai algo en verdad que eleve i ennoblezca a la mujer, si hai algo que dé a sus naturales atractivos un realce casi sobrehumano, es una fé ardiente i una piedad sencilla i acendrada. Nada nos ha parecido siempre tan chocante como una libre pensadora.

Por eso es que hacemos votos porque las señoras que tienen aficion a las letras, sepan imitar a la ilustre poetisa, cuya es la leyenda de que nos ocupamos.

Ya es tiempo de que los que pulsan la lira cristiana se persuadan de que

la mision del poeta no es cantar para cantar, ni para producir sensaciones tan agradables como efímeras: ya es tiempo de abandonar a los maestros de la duda, de los vicios i de los sarcasmos estériles.

Mui otra i mui mas grande es hoi la tarea de los que saben manejar una pluma cristiana. Tócales en suerte buscar las bellezas del mundo moral, para mostrar las ventajas que llevan a las del mundo de la materia; mostrar a la humanidad con repetidos ejemplos su noble destino i su orijen celeste: levantar con la fé, la frente de los que dudan; con el amor de lo infinito, de lo puro, los corazones de los que sufren el tedio de los goces sensuales; con la caridad el alma toda de los que solo saben aborrecer, o despreciar a sus semejantes.

La señora Marin del Solar comprendió estos deberes, que Dios le habia impuesto, dotándola de tan raras i aventajadas dotes, i no solo supo comprenderlos, supo tambien cumplirlos.

Esto constituirá la principal i mas envidiable gloria de la poetisa.

La presente leyenda no es sino un brillante de los muchos que forman su corona; pero él no estaba aun engastado como debia. Su digno hijo, heredero de sus ideas i de sus dotes poéticas, se apresuró a cumplir un encargo sagrado, dando en parte cuerpo al pensamiento de su señora madre i ordenando las varias estrofas sueltas que dejó al morir, como ricos materiales para el edificio que meditaba.

Dado nuestro juicio sobre la idea matriz de la leyenda, fáltanos solo esponer su argumento i distinguir lo que en este trabajo sea obra de la madre i del hijo.

Para estos dos objetos, preferimos dejar la palabra al mismo señor don Enrique Solar.

—«Alfredo era huérfano, su madre habia sido un modelo de virtudes, pero no alcanzó a legarle tan precioso tesoro. Jóven, rico, adulado por los parásitos que siempre rodean a los poderosos, no conoció otra lei que sus caprichos, i buscando su felicidad en los deleites, pasaba su vida entre festines i ocos amoríos. El tedio no tarda en apoderarse de su al ma, i lo sorprende en medio de la alegría de un banquete licencioso. Aquel corazon que habia agotado las fuertes emociones del desenfreno concibe el vacío que se encierra en los goces, i comprende que hai algo mas allá, para satisfacer el anhelo de una alma noble i amante que conserva todavía algunos de esos jérmenes jenerosos que por fortuna no se pierden tan fácilmente.

«Busca el amor de una mujer pura; pero errando el camino, solo recibe una noble repulsa. La melancolía invade su alma, i en vez de pedir consuelos a la fé de sus primeros años, duda de Dios i acusa a la Providencia.

«Alfredo no piensa en los goces del hogar, ni en la santa felicidad que dan

el amor de la esposa i el cumplimiento del deber; vive solitario i concentrado en sí mismo, i muere de la misma manera.

«El cuadro de sus últimos momentos es sombrío. Aquel jóven, lega sus bienes a un heredero que lo deja espirar en el abandono. La indiferencia cerca el lecho del que no quiso en vida conquistar un afecto firme i duradero.

«Pero entre estas sombras se proyecta un rayo de luz. Aquella virtuosa jóven, cuyo amor solicitó en vano, viene a hacerle oir en aquellos instantes palabras de verdad i de consuelo. Lucía, huyendo de las seducciones de Alfredo, habia vestido el hábito de las anjélicas hijas de San Vicente de Paul, i en su mision de hermana de caridad, visita al moribundo, tratando de fortalecerlo en la última prueba i de excitar en su alma el sentimiento de la fé perdida.

«¿El escéptico se convence? Convencido, resiste a la verdad? Eso es lo que no ha querido decir la que concibió el pensamiente de la leyenda.

«Hai un misterio profundo en los últimos momentos de la vida. La filosofía se inclina delante de lo que no alcanza a comprender, i el poeta, teme descorrer el velo sombrío que oculta los arcanos eternos.

«Es ridícula, soberanamente ridícula, la conversion de don Juan Tenorio, tal como nos la presenta Zorrilla en su célebre drama. No negamos la bondad de Dios; es inmensa e inagotable, pero la vida de muchos hombres proyecta oscuras tinieblas sobre sus últimos momentos.

«La hermana Lucía implora con suprema angustia la piedad divina para Alfredo cercano a espirar:

«Perdon, esclama, Dios mio!
«Piedad, Salvador del mundo!
—«Piedad!. . . .» dijo el moribundo
Con lábio convulso i frio.

«Esta esclamacion en los lábios del infortunado escéptico no aparece claramente definida. ¿Fué acaso un ¡ai! de arrepentimiento? Como decíamos ántes, la poetisa no ha querido resolver este problema.

«Pocas veces hai buena fé en la duda, hija por lo jeneral de la depravacion del alma. Este es el pensamiento del final de la leyenda, que he querido ante todo respetar por creerlo natural i lójico.

«¿I hubo una fiesta en el cielo
Por una alma arrepentida?
Cubrió su faz aflijida
El ánjel con negro velo?

«Grande es de Dios la bondad
I es jman de su clemencia
El ruego de la inocencia,
La voz de la caridad;

«Mas al que ateo vivió
Talvez su error no le escuda,
I el que hizo un Dios de la duda . . .
Duda en pos de sí dejó.»

«Respecto a mi trabajo, poco tengo que decir. Esta leyenda no fué hija de la contraccion de su autor. Se compuso en noches de insomnio, escribiéndose estrofas sueltas con el objeto de incorporarlas en un todo que la poetisa no alcanzó a arreglar. Así se notará que solo el principio i escenas finales son obra suya.

«Conociendo apénas el argumento, he tratado de llenar los vacíos del orijinal, ántes que mis recuerdos se evaporasen algun tanto, impidiéndome ser el intérprete fiel del pensamiento primitivo.

«Ignoro si lo he conseguido; pero, confio en que, si bien he quedado atras en el vigor i colorido del estilo, en la fácil versificacion, i sobre todo en la intencion filosófica que se nota en muchas estrofas del final, lo que es la idea primordial de la composicion no ha padecido por mi culpa variacion alguna.

«La publicacion de esta *leyenda* es ademas un deber sagrado para mí. Tres dias ántes de espirar, mi madre me recomendó darle término para entregarla a la prensa. Por esta razon no he querido aguardar a la publicacion de sus obras en prosa i verso, cuyo arreglo, por motivos independientes de mi voluntad, no he podido terminar aun.

«Ojalá que este corto trabajo sirva moralmente de algo! Es hijo de una alma todo fé, i como tal se presenta al público.»—

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

FRAGMENTO

DE UNA CORRESPONDENCIA LITERARIA DIRIJIDA A LA «AMÉRICA ILUSTRADA.»

(NÚMERO DEL 10 DE AGOSTO DE 1873.)

Méjico 18 *de julio de* 1873.

En el curso de este mes, Méjico ha presenciado dos fiestas literarias con-

sagradas a celebrar, la una a la eminente poetisa cubana doña Jertrúdis Gomez de Avellaneda, i la otra a Nicolas Copérnico.

La que llamó mas la atencion, por las peripecias que tuvieron lugar en ella, fué la primera, celebrada por el Liceo Hidalgo.

Despues de leerse los discursos i las poesías enumeradadas en el programa, i de las cuales fueron estrepitosamente aplaudidas las de los señores Acuña i Rosas, el señor Altamirano propuso que se celebrara una velada en honor de Juan Clemente Zenea el 25 de agosto, aniversario de su muerte, i otra para honrar a la conocida poetisa sud-americana Mercedes Marin del Solar.

Esto dió motivo a una brillante discusion en la que los señores Segura i Pimentel, partidarios acérrimos de la literatura española, fueron reputados por los señores Ramirez i Altamirano. Para comprender el interes que tendria una discusion semejante, preciso es recordar que los escritores mejicanos estan divididos en dos bandos, uno que proclama la creacion de una literatura nacional i una independencia absoluta de las tradiciones de España, i otro que proclama como el mejor modelo la escuela llamada española. Esta lucha ha sido perfectamente esplicada en dos folletos del señor Altamirano intitulados *Carta a una poetisa* i *La Poesía en* 1870, que vieron la luz pública en *El Federalista* i en *El Domingo*. . . . . .
. . . . . .

AL SEÑOR DON J. M. DEL SOLAR,

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Claudite jam, Parcae, nimium reserata sepulcra;
claudite . . . . . .
. . . . . Est quaedam flere voluptas

(OVID.)

Epoca es de temer; por peste, o guerra,
Por hambre, o desnudez do quiera el susto
Cubre hoi la faz de la anchurosa tierra.
Bajo diverso nombre
El dolor se empederne contra el hombre:
Cuando se pinta de arrebol la aurora,

Con el semblante adusto
Halla a todo mortal; i cuando al dia,
Ornada de crespon, la noche fria
Por Ocaso despide,
Halla a todo mortal que o teme o llora.

Tiempos aciagos hai, amigo mio,
Si es que fausto hubo alguno; tal lo ordena
El gran Regulador, i así decide
Hacer a todas superior tu pena.
Debes llorar en hora en que, velada
La casta luna por cendal umbrío,
Al buho pavoroso
Deje estender su vuelo misterioso;
O bien en la alborada,
A tiempo que se viste
De azul i grana el placentero dia,
I con trinos suaves
Lo saludan las aves.
Llora, a par de lo mucho que perdiste;
Da así solaz i endulza tu quebranto,
Que yo lloro tambien: en este canto
Alegre poesía
No hallarás , sí exequial melancolía,
Semejante al del cisne, quien su muerte,
Cuando cercana está, dicen que advierte
Con triste endecha de copioso llanto.

Muerte! dije; implacable
De la escena del mundo ella separa
La existencia mas cara
Como la mas odiosa;
Da con su hoz el golpe irreparable;
Inopinadamente
Aglomera en la fosa
Cuanto derriba ansiosa,
I, bien que henchida, de atestar no cesa
De mies sangrienta su insondable huesa;
Simpática piedad por nadie siente;
De quien hiere terrible no se cura;
No hai edad que se exima,

Ni gloria, ni poder que al fin no jima;
Tan desapasionada,
Como fria i tenaz reduce a nada
El timbre, la virtud i la hermosura:
Poderosas naciones
Arrebató en su afan, i, sucediendo
Otras jeneraciones,
Las fué en la sima funeraria hundiendo.
Es su estrago en el mundo de manera,
Desde que el hombre por la culpa fuera
Condenado a morir, que no se advierte,
Trayendo a la memoria
De los siglos la historia,
Mas que espacios, abismo, cáos de muerte.

I ella tambien nos hiere, i nos obliga
A tí a perder tu esposa, a mí un amiga
Modelo de ámbos títulos, modelo
De madres por su amor, prudencia i celo;
Que para hacer el bien humilde, oculta,
Jamás tuvo desidia;
Que en el trato social, sencilla i culta,
Ni tuvo ni inspiró jamás envidia:
Su modestia fué tanta
Que de sí nunca se ocupó, no obstante
Que supo instruirse i meditar bastante,
I que ya la virtud, ya hechos gloriosos,
Supo ensalzar en versos primorosos;
Con un candor que encanta
Supo admitir la prez que se le hacia,
Lo que no supo, no, fué , . . . que sabia.

Pero ella feneció! fenezca el canto,
Que el laúd se resiente del quebranto:
Viene el alma a probar tal sentimiento
Que no deja escribir, hablar no deja;
Es forzoso exhalar la última queja,
I deponer al punto el instrumento

GABRIEL REAL DE AZÚA,
(Arjentino.)

AL SEÑOR DON ENRIQUE DEL SOLAR,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU SEÑORA MADRE DOÑA MERCEDES MARIN DEL SOLAR.

Abnnit spes.
(TIBULO.)

¿Por qué *al dolor* (1) las nueve de Helicona
Hoi cantan en tan dulce poesía?
¿Por qué la melancólica elejía
Polimnia, grave i elocuente, entona?

Es cierto ¡sí! la muerte no perdona
Ni jénio ni virtud; con saña impía
Corta la voz, apaga la armonía
De que el orgullo terrenal blasona.

«Ha muerto!» esclama con doliente queja
Chile, i Colombia con amargo acento
Responde: «Ha muerto la chilena abeja!» (2)

Puro, inmortal, de toda culpa exento
Su espíritu divino el suelo deja.
Loor a la virtud! gloria al talento!

Bogotá, marzo de 1867.

J. S. DE NARVÁEZ,
(Colombiano)

(1) El primer canto de la señora Solar fué una elejía a la muerte del ministro chileno don Diego Portales.

(2) Sabido es que a Xenofonte se le llamó la abeja ática, por la pureza i elegancia con que se espresaba en griego. Yo he creido oportuno llamar abeja chilena a la distinguida poetisa, por la suavidad i dulzura de sus versos.

A LA MUERTE

DE LA ILUSTRE POETISA DE CHILE
DOÑA MERCEDES MARIN DEL SOLAR.

Conobil'io che a pianger qui rimasi.
Yo que la conocí, quedé a llorarla.

(PETRARCA.)

Cuando al abrir sus párpados al soplo de la vida,
El tiempo entrelazaba con rosas del eden
De sus futuros años la guirnalda florida,
Que destinada estaba a coronar su sien:

Aquella enjuta mano, si bien de afecto avara,
Las flores escojia con solícito amor,
I aunque a veces el llanto sus pétalos bañara,
Del cielo era su aroma, inmortal su color.

Ella creció, i el númen de amor i poesía
Doraba los ensueños de su instinto nubil,
El cáliz de la vida colmaba de ambrosía,
Sus desiertos tornaba en florido pensil:

Querub que en aéreas alas trasmite al pensamiento
Un eco desprendido del plectro celestial,
Que el universo éntero evoca al sentimiento
I hace olvidar la tierra al mísero mortal!

Cual de árbol se refiere, que en vez de alzar erguido,
A impulso de la sávia que su ser fecundó,
Sus ramas hácia el cielo, las vuelve agradecido
En el lejano oriente al suelo en que nació;

Así las cuerdas de oro de su lira vibraron
Al nombre de la patria. Sin lisonja falaz,
Sus glorias, sus bellezas, sus héroes ensalzaron,
Tan grandes en la guerra, cual grandes en la paz.

La inspiracion, el estro, que con su majia crea
Un mundo mas poético de encanto i de placer,
Un mundo mas brillante que el mundo que rodea
Con sus opacas sombras el sublunario ser,

Abrasaba su pecho en jenerosa pira,
I entusiasmo impartia, ternura i juventud
A los sentidos cantos de esa enlutada lira,
Que hoi señala al viajero un fúnebre atahud.

Ya no verán sus hijos la vívida sonrisa
Que, despues de alumbrar su temprana niñez,
Cual barca les hacia, que impele blanda brisa,
Remontar de los años la corriente otra vez:

Ni a esa encantada márjen convertirán los ojos,
Para evocar recuerdos de dicha i de ilusion;
Porque ¡ai! sobre sus ondas hoi flotan los despojos
De doliente naufrajio que llora el corazon.

¡Oh, cuán breve es la vida! cuán fujitiva la hora
De los goces que vuelan. . . .que a no volver se van!
¡Una sola mirada de lo que el alma adora
Es talvez cuanto queda a nuestro ardiente afan!

Yo, que alcancé la tuya, Chilena, hoi a las flores
Que depondrá en tu huesa el mundo de Colon
Quiero añadir la mia, si mústia i sin colores,
Flor de apartada zona, de amor i admiracion.

IGNACIO GOMEZ.
(Guatemalteco,)

Lóndres, marzo de 1867.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

JUL 18 1921

AUG 8 1921

DUE SEP 29 1921

JUN 23 1928